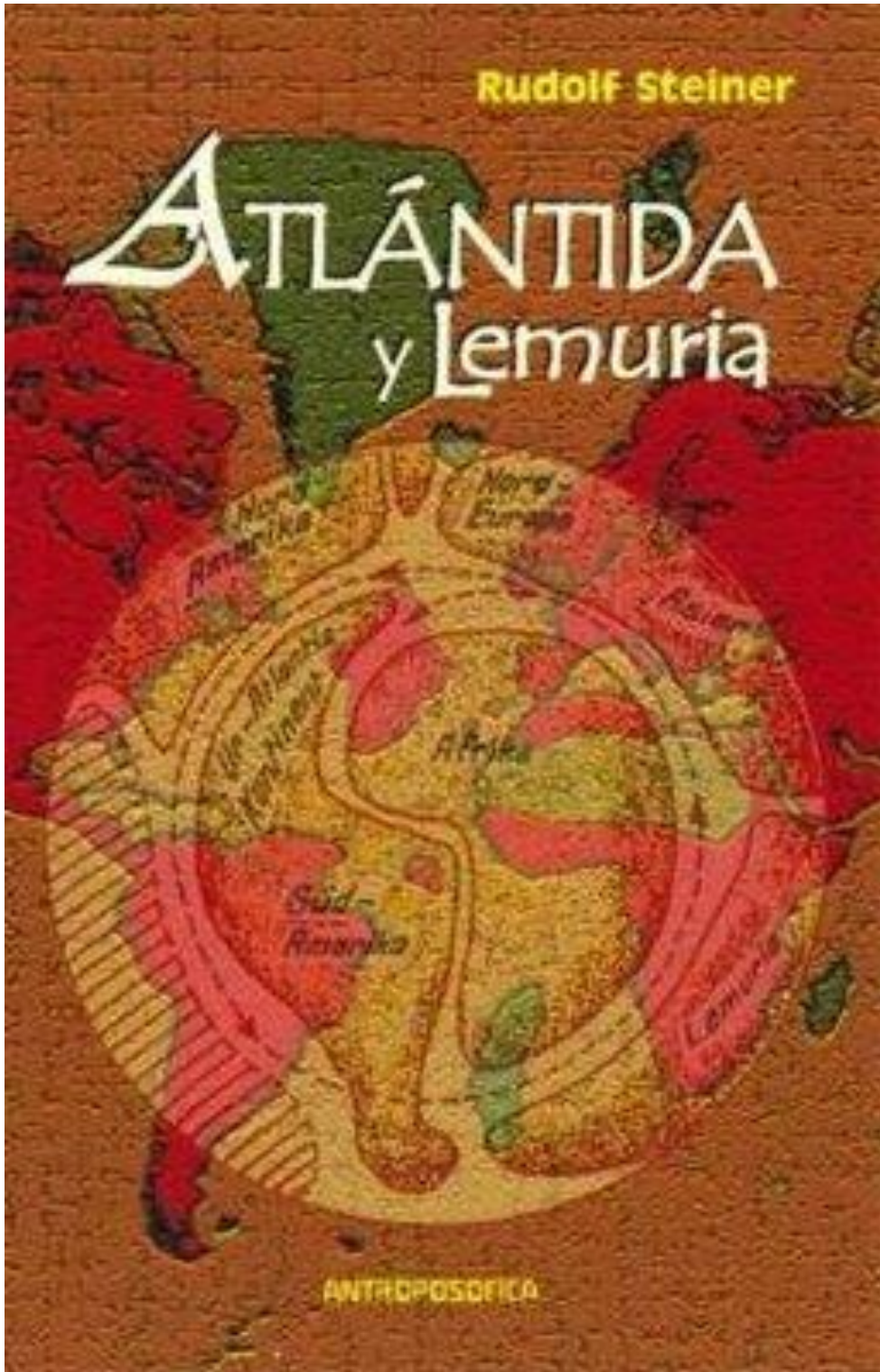


Rudolf Steiner

ATLÁNTIDA y Lemuria



ANTHROPOSOFICA

INDICE

I. La Civilización Contemporánea a la Luz de la Ciencia Espiritual...3	3
II. De la Crónica del Akasha.....10	10
III. Nuestros Antepasados los Atlantes13	13
IV. Transición de la Cuarta a la Quinta Raza Raíz23	23
V. La Raza Lémur.....30	30
VI. La Separación de los Sexos.....40	40
VII. Los Últimos Períodos Antes de la División de los Sexos.....48	48
VIII. Las Épocas Hiperbórea y Polar.....55	55
IX. Comienzo de la Tierra Actual63	63
X. La Salida de la Luna68	68
XI. Algunos Comentarios Necesarios.....74	74
XII. Sobre el Origen de la Tierra.....81	81
XIII. La Tierra y su Futuro.....86	86
XIV. La Vida de Saturno.....91	91
XV. La Vida del Sol ".....97	97
XVI. La Vida de la Luna.....104	104
XVII. La Vida de la Tierra 112	112
XVIII. El Hombre Cuatripartito en la Tierra.....121	121
XIX. Preguntas y Respuestas.....132	132
XX. Prejuicios Procedentes de la Llamada Ciencia135	135

CAPITULO I

LA CIVILIZACIÓN CONTEMPORÁNEA A LA LUZ DE LA CIENCIA ESPIRITUAL

Quien observe el curso del desarrollo científico en las últimas décadas no duda de que se está reparando un profundo cambio. Hoy, cuando un científico habla de los llamados enigmas de la existencia, suena muy distinto de cuando se hablaba un poco antes.

A mitades del siglo XIX algunos de los espíritus más atrevidos vieron en el materialismo científico el único credo posible para quien estuviera familiarizado con los entonces recientes resultados de la investigación. En aquel entonces, era común decir: "Los pensamientos se relacionan con el cerebro del mismo modo como la vesícula con el hígado". Eso lo decía, por ejemplo, Karl Vogt, que en "La Fe del Carbonero y la Ciencia" (Kóhlerglauben und Wissenschaft) y en otros escritos declaró que todo lo que generara actividad espiritual estaba sobrepasado y que la vida anímica procedía del mecanismo del sistema nervioso y del cerebro, del mismo modo como el físico explica que el movimiento de las manecillas procede del mecanismo del reloj. Era la época en que la obra de Ludwig Buechner, "Kraft und Stoff" (Fuerza y Materia) se convirtió en una especie de evangelio entre los amplios círculos cultos.

Podríamos decir que las mentes libre pensantes llegaron a esas convicción es por la poderosa impresión que causaron en aquella época los éxitos de la ciencia. Poco antes, el microscopio había mostrado que la síntesis de los seres vivos estaba hecha de sus partes más diminutas, las células. La geología, ciencia de la formación de la Tierra, había llegado a explicar la evolución de los planetas con las mismas leyes vigentes hoy todavía. El darwinismo prometía explicar el origen del hombre de un modo completamente natural y comenzó su victorioso curso por el mundo cultural con tanto éxito que, para muchos, pareció haber acabado con toda "fe antigua". Pero hace poco, todo eso empezó a cambiar. Es cierto que todavía podemos encontrar a rezagados que se aferran a dichas opiniones en hombres como Ladenburg, en el Congreso de Científicos en 1903, que proclaman el evangelio materialista; pero, frente a ellos se hallan otros que llegaron a hablar de modo distinto con la más madura reflexión sobre las cuestiones científicas. Acaba de aparecer una obra con el título "Naturwissenschaft und Weltanschauung" (Ciencia y Concepción del Mundo), escrita por Max Verworn, un fisiólogo de la escuela de Haeckel, donde podemos leer lo siguiente:

"En realidad, si tuviéramos el más completo conocimiento de los procesos fisiológicos que tienen lugar en las células y fibras de la corteza cerebral relacionadas con los procesos psíquicos, si fuéramos incluso capaces de observar el mecanismo del cerebro del mismo modo

como podemos mirar el funcionamiento de un reloj, sólo encontraríamos átomos en movimiento. Ningún ser humano podría ver o percibir con sus sentidos cómo surgen las sensaciones e ideas en ese mecanismo. Los resultados que la concepción materialista ha obtenido en su intento de reducir los procesos mentales a los movimientos de los átomos, ilustra claramente su eficiencia. Desde que existe, la concepción materialista no ha logrado explicar la sensación más simple con los movimientos de los átomos.

Así ha sido y lo será en el futuro. ¿Cómo sería concebible que las cosas que no son perceptibles a los sentidos, como son los procesos psíquicos, puedan explicarse por la mera disgregación de cuerpos mayores en sus partes más pequeñas? En último término, el átomo sigue siendo un cuerpo y ningún movimiento de átomos será capaz de establecer el puente entre el mundo material y la psique.

Por fructífero que sea el punto de vista materialista, como hipótesis de trabajo no dejará de ser, en el futuro, tan inútil como lo es como base de una concepción del mundo, y estoy hablando sólo de los éxitos de la química estructural. Lo que sucede es que en ese aspecto es demasiado estrecho. El materialismo filosófico ya cumplió su misión histórica. Ese intento de llegar a una concepción científica del mundo fracasó para siempre".

Así es como, a principios del siglo XX, habla un científico sobre la concepción que a mediados del siglo XIX se había proclamado como el nuevo evangelio, reclamado por los avances de la ciencia.

Los años cincuenta, sesenta y setenta del siglo XIX podemos llamarlos los años del clímax del materialismo.

La explicación de los fenómenos anímicos y espirituales en base a procesos puramente mecánicos ejerció una influencia fascinadora en esa época. Los materialistas podían decirse que habían ganado una victoria sobre los defensores de una concepción espiritual del mundo.

También, los que no habían partido de estudios científicos engrosaron sus filas. Mientras Büchner, Vogt, Moleschott y otros todavía obraban con bases puramente científicas; en "La Antigua y la Nueva Fe" (Alten und neuen Glauben) 1872, David Friedrich Strauss intento lograr las bases para el nueva credo de sus ideas teológicas y filosóficas. Unas décadas antes ya había intervenido en la vida intelectual con su "Vida de Jesús" causando gran sensación. Parecía estar dotado de toda la cultura teológica y filosófica de su época. Lo que ahora decía era simplemente que la explicación materialista de los fenómenos del universo, incluido el hombre, había de crear la base de un nuevo evangelio, de una nueva comprensión y formación moral de la existencia. El que el hombre descendiera de antepasados puramente animales estaba a punto de convertirse en un nuevo dogma y a los ojos de los filósofos científicos, toda defensa del origen espiritual-anímico de nuestra especie se resumía

en una anticuada superstición propia de la infancia de la humanidad, de la que no valía la pena ocuparse más.

Los historiadores de la cultura, vinieron en ayuda de los que se habían basado en la ciencia. Las costumbres e ideas de las tribus salvajes fueron objeto de estudio. Los restos de culturas primitivas, como huesos de animales prehistóricos y las huellas de plantas extinguidas iban a testimoniar el hecho de que, cuando apareció el hombre en la Tierra, sólo se distinguía en grado de los animales superiores, y que anímica y espiritualmente se había elevado a su actual altura desde el nivel de puro y simple animalismo. Había llegado un momento en que todo en este edificio materialista parecía ser correcto. Bajo una especie de coacción, que las ideas de entonces ejercían sobre ellos, hombres considerados fervientemente materialistas habían escrito: "El estudio asiduo de la ciencia me ha llevado al punto de aceptarlo todo con calma, sobrellevar pacientemente lo inevitable y por lo demás, a intentar ayudar en la labor de reducir poco a poco la miseria de la humanidad. Los consuelos fantasiosos que la mente crédula busca en fórmulas maravillosas puedo dejarlos atrás con facilidad, porque mi imaginación recibe el más bello estímulo con la literatura y el arte. Cuando sigo el argumento de una gran obra teatral, o cuando, guiado por los científicos, viajo a otros astros, o por paisajes prehistóricos, cuando admiro la majestuosidad de la naturaleza en las cimas montañosas o cuando venero el arte del hombre en sonidos y colores, ¿no tengo ya suficiente para sentirme extasiado? ¿Necesito, pues, todavía algo que contradiga la razón? El temor a la muerte que atormenta a tantos devotos, me es completamente desconocido. Ya sé que no sobreviviré cuando se pudra mi cuerpo, igual como sé que no viví antes de nacer. Las agonías del purgatorio y del infierno no existen para mí. Adonde vuelvo es al reino ilimitado de la naturaleza, que abraza amorosamente a todos sus hijos. Mi vida no fue en vano, porque hice buen uso de las fuerzas que poseía. Me voy de la Tierra convencido firmemente de que todo se irá haciendo mejor y más bello". (Van Glauben zum Wissen. Ein lehrreicher Entwicklungsgang getreu nach dem Leben, geschildert van Kuno Freidank - De la Fe al Conocimiento. Un instructivo proceso evolutivo fiel a la vida, por Kuno Freidank).

Muchos de los que todavía están sujetos a las coercitivas ideas que actuaron sobre los representantes de la concepción materialista del mundo en la época mencionada, siguen pensando así aún hoy en día. Pero los que intentaron mantenerse en las alturas del pensamiento científico han llegado a otras ideas. La primera respuesta al materialismo científico, hecha por un eminente científico en el Congreso de Científicos en Leipzig (1872) se hizo famosa. Du Bois Reymond hizo su charla sobre el "Ignorabimus". El intentó demostrar que ese materialismo científico sólo podía averiguar los movimientos de las

minúsculas partículas materiales, y exigió que al hacer eso debía estar satisfecho. Pero al mismo tiempo recalcó que, al hacerla, no contribuía en ,nada a explicar los procesos anímicos y espirituales. Se puede tomar la actitud que se quiera, frente a esas afirmaciones de Du Bois Reymond, pero una cosa es cierta:

Representan un rechazo a la interpretación materialista del mundo, mostrando que, como científico, se podía perder confianza en esa interpretación.

La interpretación materialista del mundo había entrado en la fase en la que se declaraba inadecuada en lo que respecta a la vida anímica. Admitía su ignorancia (agnosticismo).

Es cierto que declaraba su intención de mantenerse "científico" y de no recurrir a otras fuentes de conocimiento, pero por otra parte no quería ascender con sus propios medios a una concepción superior del mundo. Recientemente Raúl Francé, un científico, mostró la inadecuación de los resultados científicos para llegar a una concepción superior del mundo. Esa es una tarea de la que quisiéramos volver a hablar más adelante.

Cada vez han aumentado más los hechos que muestran la imposibilidad de intentar elaborar una ciencia del alma, investigando los fenómenos materiales. La ciencia se vio obligada a estudiar ciertos fenómenos "anormales" de la vida del alma, como son la hipnosis, la sugestión, el sonambulismo, etc. Se evidenció que, frente a dichos fenómenos, la visión materialista es del todo

inadecuada para cualquier verdadero pensador. Los hechos que se descubrieron, no eran nuevos. Eran fenómenos que ya habían sido estudiados en tiempos anteriores y hasta principios del siglo XIX, pero que en la época del apogeo materialista se los había apartado a un lado como inconvenientes.

A este hecho se agregó algo más. Cada vez se hizo más evidente cuán débil era la base sobre la que habían edificado los científicos, incluso en sus explicaciones del origen de las especies animales y del hombre. Durante un período, las ideas de la "adaptación" y de la "lucha por la existencia", había ejercido una atracción al explicar el origen de las especies. Se descubrió que, al seguirlas, se habían estado siguiendo espejismos. Se formó así una escuela encabezada por Weismann que negaba que las características que un organismo había *adquirido* por la adaptación al medio pudiesen ser transmitidas por herencia, que de esa manera se produjera una *formación* de los organismos.

y por tanto se atribuyó a la "lucha por la existencia" y se hablaba de la "omnipotencia de la selección natural".

En contraste a ello, se presentaron los que, apoyándose en hechos incuestionables, declararon que la "lucha por la existencia", se había mencionado en casos en los que nunca llegó a existir. Quisieron demostrar que nada se podía explicar por ello, hablando de una

"impotencia de la selección natural". Y en los últimos años de Vries, pudo mostrar experimentalmente que los cambios, de un período de vida al otro, pueden suceder *en saltos*, por mutación.

Con ello, lo que los darwinistas consideraban un firme dogma de fe, a saber, que las formas animales y vegetales sólo cambian gradualmente, empezó a tambalearse.

Cada vez más empezó a desaparecer el terreno bajo los pies, en el que se había estado construyendo durante décadas. Aun antes, otros científicos comprendieron que habían tenido que abandonar ese terreno; así por ejemplo, W.H. Rolph, que murió joven, en 1884 declaró en un libro "Problemas Biológicos con un Intento de Desarrollar una Etica Racional", que: "Sólo introduciendo la insaciabilidad se hace aceptable el principio darwiniano de la lucha por la vida. Porque sólo entonces tenemos una explicación del hecho de que, allí donde pueda, una criatura adquiera más de lo que necesita para mantener el status qua, que crezca con exceso cuando se le da ocasión...

Mientras que para los darwinistas no existe lucha por la existencia si la vida de una criatura no se ve amenazada; para mí, la lucha es omnipresente. Es primordialmente una lucha por la vida, por el aumento de la vida, no una lucha por la supervivencia."

Es natural que, ante esos hechos, los juiciosos admitan que: "El universo mental materialista no es adecuado para la construcción de una concepción del mundo. Si nos basamos en él, no podemos decir nada sobre los fenómenos anímicos y espirituales". Hoy día ya hay muchos científicos que intentan erigir una estructura del mundo por sí mismos, basados en ideas muy distintas.

Recordemos, por ejemplo, la obra del botánico Reincke, "Die Welt als Tat" (El Mundo como Acto). No obstante, se hace evidente que esos científicos no han sido instruidos impunemente en las ideas puramente materialistas.

Lo que dicen desde su nuevo enfoque, idealista, es pobre, sólo puede satisfacerlos durante un tiempo, pero no satisface a quienes miran más profundamente en los enigmas del mundo. Esos científicos no se deciden a acercarse a los métodos que proceden de la verdadera contemplación del espíritu y del alma. Tienen horror al "misticismo", a la "gnosis" o a la "teosofía". Eso es claro, por ejemplo, en la obra de Verworn antes citada, donde dice: "Existe un fermento en la ciencia. Cosas que parecían claras y transparentes a todo el mundo, se han hecho hoy nebulosas. Símbolos e ideas largamente probadas, con quien todo el mundo trataba y operaba sin titubeos, han empezado a tambalearse y se vuelven sospechosas.

Conceptos fundamentales como los de la materia, parecen verse zarandeados y el terreno más firme empieza a deslizarse bajo los pasos del científico. Sólo algunos problemas se sostienen con la firmeza de

una roca, problemas frente a los cuales todo intento científico de solucionarlos se estrellaba. Frente a ese conocimiento, todo pesimista se echa resignadamente en brazos del misticismo, que ha sido siempre el último refugio del intelecto atormentado que no había encontrado salida. El hombre reflexivo busca nuevos símbolos y procura crear nuevas bases para seguir construyendo".

Podemos ver, que por sus hábitos de conceptualización, el pensador científico actual, no está en posición de pensar en el "misticismo" sin considerarlo confusión y vaguedad intelectual. ¡Ya qué conceptos de la vida anímica tal pensador puede alcanzar! Al final de la obra antes citada, leemos: "El hombre prehistórico se formó la idea de la separación del cuerpo y del alma al encontrarse con la muerte. El alma se separaba del cuerpo y seguía llevando una existencia independiente de éste. Como no hallaba descanso, volvía como fantasma hasta que se la apaciguara por las ceremonias fúnebres. El hombre estaba aterrorizado por el temor y la superstición. Los restos de esas ideas han llegado hasta nuestra época. El temor a la muerte, es decir, de lo que sucede después, es algo muy extendido hoy en día. Pero ¡cuán distinto se presenta todo esto desde el punto de vista del psicomonismo!

Dado que las experiencias psíquicas del individuo sólo tienen lugar cuando existen ciertos vínculos regulares, cesan de existir cuando dichas conexiones son trastornadas de alguna manera, como sucede muchas veces al día.

Con los cambios corpóreos que se producen a la muerte, esas conexiones se extinguen. Y por tanto no puede permanecer ningún pensamiento ni sentimiento del *individuo*.

El alma *individual* está muerta. No obstante, las sensaciones, los pensamientos y sentimientos continúan viviendo, en otros individuos, más allá del individuo transitorio (que ha muerto), allí donde existan los mismos complejos y condiciones. Se transmiten de individuo a individuo, de generación a generación, de pueblo a pueblo. Tejen en el eterno telar del alma. Actúan en la historia del espíritu humano. Por eso, todos ¡sobrevivimos a la muerte como eslabones en la gran cadena del desarrollo espiritual."

Sin embargo, ¿es eso distinto de la supervivencia de la ola en las otras que ella ha generado, desapareciendo ella misma? ¿Sobrevive uno realmente cuando continúa existiendo sólo en los efectos que ha producido? ¿No sobrevivimos de este modo de la misma manera como lo hacen los demás fenómenos, incluso los físicos? Podemos ver que la concepción materialista del mundo tenía que minar sus propios fundamentos, pero no puede establecer nuevos. Sólo una verdadera comprensión del misticismo, de la teosofía y de la gnosis le permitirá hacerla.

El químico Ostwald habló hace varios años, en el Congreso de Científicos en Luebeck, de la "superación del materialismo", y con dicho propósito fundó un nuevo periódico que trataba de la filosofía de la naturaleza. La ciencia natural está preparada para recibir los frutos de una concepción superior del mundo. Toda resistencia no conducirá a nada, al final habrá de tener en cuenta las necesidades del anhelante alma humana.

CAPITULO II

DE LA CRÓNICA DEL AKASHA

Prefacio

Con la historia ordinaria, el hombre sólo puede aprender una parte de lo que la humanidad vivió en la prehistoria. Los documentos históricos echan luz tan sólo a unos cuantos milenios. Lo que la arqueología, paleontología y geología pueden enseñarnos es muy limitado. Y aún más, todo lo que se ha edificado en la evidencia externa es muy poco de fiar. Consideremos tan sólo cómo ha variado la imagen de cualquier suceso o pueblo no muy lejano, cuando se han descubierto nuevas evidencias históricas.

Comparemos las descripciones de una misma cosa dadas por diferentes historiadores y comprenderemos en seguida el terreno inseguro que pisan en estos campos. Todo lo que pertenece al mundo externo sensorial está sujeto al tiempo, y el tiempo también destruye lo que se formó en el tiempo. Por otro lado, la historia externa depende de lo que se ha preservado en el tiempo.

Nadie puede decir que se haya preservado lo esencial si se conforma con la evidencia externa.

Todo lo que nace en el tiempo tiene su origen en lo eterno; pero lo eterno no es accesible a la percepción sensoria.

Sin embargo existen caminos para que el hombre perciba lo eterno. El puede desarrollar fuerzas que duermen en él para reconocer lo eterno. En los ensayos "Cómo se alcanza el Conocimiento de los Mundos Superiores?" me refiero a ese desarrollo. Los presentes capítulos mostrarán también que, a un cierto nivel superior de sus capacidades cognoscitivas, el hombre puede penetrar en los orígenes eternos de las cosas que se desvanecen en el tiempo.

Si el hombre no se limita tan sólo a la evidencia externa del pasado, el hombre logra ampliar con esos ejercicios su poder de conocer. Y entonces, en los acontecimientos puede *ver* aquella parte que se sustrae a los sentidos, aquella parte que el tiempo no puede destruir. De la historia transitoria penetra en la historia imperecedera.

Es un hecho que la historia está escrita en caracteres distintos de los de la historia común. En la gnosis y en la teosofía se la conoce como "Crónica del Akasha". De ella sólo podemos dar una vaga idea en nuestro lenguaje, porque éste corresponde al mundo de los sentidos, y todo lo que él describe toma de inmediato un carácter afín al mundo sensorio. Para el lego, incapaz de aceptar la realidad de un mundo espiritual autónomo, el iniciado aparece como un simple visionario, para no decir algo peor.

Quien ha adquirido la capacidad para percibir en el mundo espiritual, descubre los sucesos pasados en su carácter eterno. No se le presentan como el testimonio muerto de la historia, se le aparecen, más bien, en plena *vida*. En cierto sentido, lo que sucedió una vez, se desarrolla ante sus propios ojos.

Los que han aprendido a leer ese escrito viviente, pueden volver la vista hacia un pasado mucho más remoto del que nos representa la historia externa, y, en base a la percepción espiritual directa, pueden también describir con mucha mayor fidelidad las cosas de que nos habla la historia. Para evitar todo posible malentendido, hay que decir que la percepción espiritual no es infalible, también puede errar, puede ver de una manera inexacta, oblicua, errónea. Nadie es libre del error en este campo, por elevada que sea su posición. Por eso, no habríamos de extrañarnos que las comunicaciones que emanan de esas fuentes espirituales no siempre se correspondan. No obstante, la confiabilidad de la observación es ahí mucho mayor que en el mundo sensorio exterior. Lo que varios iniciados puedan relatar sobre la historia y la prehistoria coincidirá siempre *en lo esencial*. Esa historia y prehistoria, de hecho, existe en todas las escuelas de Misterios, donde, durante milenios, la concordancia ha-sido tan completa que la conformidad que existe entre los historiadores externos de un mismo siglo no es nada, comparada con ella. Los iniciados describen *esencialmente* las mismas cosas en toda época y en todo lugar.

Después de esta introducción vamos a dar algunos capítulos de la Crónica del Akasha.

Primero describiremos los acontecimientos que tuvieron lugar en el llamado continente Atlante, que se hallaba entre Europa y América. Esa zona de la Tierra fue una vez tierra firme, hoyes la base del fondo del océano Atlántico. Platón nos habla del último resto de esa tierra, la isla Poseidón, que se hallaba al Oeste de Europa y África. En la historia de la Atlántida y la Lemuria, de W. Scott Elliott*, el lector puede descubrir que el fondo del océano Atlántico fue una vez un continente que durante cerca de un millón de años fue el escenario de una civilización absolutamente distinta a las civilizaciones modernas, y también verán el hecho de que los últimos restos de ese continente se hundieron en el décimo milenio antes de Cristo.

* De las páginas 19 y 20. "En cuanto a dichas descripciones, en su conferencia del 28 de Mayo de 1907 en Munich, nos dice Rudolf Steiner: " ...Pueden producirse muchos errores si de la Crónica del Akasha sólo se perciben las imágenes astrales y no las propias del mundo espiritual. Pueden así confundirse una segunda serie de acontecimientos (que en época muy posterior,

En el presente libro se pretende dar una información que suplemente lo que dijo Scott Elliott. Si él describe más los sucesos externos entre nuestros antepasados atlantes, nuestro objetivo es registrar algunos detalles sobre su carácter anímico y la naturaleza interna de las condiciones en que vivieron. Por tanto, el lector ha de retroceder, en la imaginación, a un período mínimo de diez mil años atrás y que duró muchos milenios. Pero lo que aquí se describe no sólo sucedió en el continente hoy cubierto por las aguas del océano Atlántico, sino también en las regiones vecinas de lo que hoy es Asia, Africa, Europa y América. Lo que en esas regiones tuvo lugar más tarde se derivó de aquella civilización precedente.

Hoy, todavía me veo obligado a guardar silencio sobre las fuentes de la información que aquí se suministra.

Quien sepa algo sobre dichas fuentes comprenderá el por qué. Sin embargo, pueden pasar cosas que pronto hagan posible el romper ese silencio. El volumen y tipo de conocimiento oculto en la ciencia del espíritu, puede ser comunicado gradualmente, según sea la actitud de nuestros contemporáneos.

Seguidamente mostraremos el primero de los escritos que aquí pueden darse antes de que se propagara el Cristianismo, tuvieron lugar en Europa Central y del Norte y que reproducían, de forma distinta, sucesos que habían tenido lugar en la Atlántida pre-diluviana) con los sucesos que realmente pasaron en la Atlántida. Eso acontece con las descripciones de Scott-Elliott sobre el continente atlante, exactas en cuanto a las imágenes astrales, pero erróneas si se las compara a los datos de la verdadera Crónica Akáshica, presentes en el Mundo Espiritual. Sabiendo esto, se pueden controlar sus indicaciones ..."
(Teosofía de la Rosacruz. 4a. Conf. GA. 99.) (N. del T.).

CAPITULO III

NUESTROS ANTEPASADOS LOS ATLANTES

Nuestros antecesores los atlantes, diferían del hombre actual mucho más de lo que podrían imaginarse aquellos cuyo conocimiento se circunscribe del todo, al mundo de los sentidos. Esa diferencia no radicaba sólo en la apariencia externa, sino también en las facultades espirituales.

El conocimiento que ellos tenían, sus artes técnicas, toda su cultura, era distinta de lo que hoy podemos observar. Si retrocedemos a los primeros períodos de la humanidad atlante, nos encontramos con una capacidad mental muy distinta a la nuestra. La razón lógica, el poder de asociación aritmética sobre el que descansa todo lo que hoy se produce, no existían entre los primeros atlantes.

Por otro lado, poseían una memoria altamente desarrollada, memoria que era una de sus facultades más prominentes. El atlante, por ejemplo, no realizaba sus cálculos como lo hacemos nosotros, aprendiendo reglas que luego se aplicaban. La "tabla de multiplicar" era algo totalmente desconocido en tiempos atlantes. Nadie imprimía en su intelecto el que tres por cuatro fueran doce, pues si alguien debía hacer ese cálculo, lo conseguía recordando situaciones idénticas o similares. Lo que hacía era recordar cómo había sido en ocasiones anteriores. No olvidemos, que cada vez que se desarrolla una nueva facultad en un organismo, otra facultad se debilita y pierde agudeza. El hombre actual es superior al atlante en lo relativo al raciocinio, a la habilidad combinatoria; pero, por otro lado la memoria se ha deteriorado.

Hoy en día, el hombre piensa en conceptos, pero el atlante pensaba en imágenes. Cuando le aparecía una imagen en el alma, recordaba numerosas imágenes similares que ya había experimentado; y orientaba su juicio en consecuencia. Por ello, toda enseñanza en la época era de un carácter totalmente distinto al de períodos posteriores.

No se pretendía suministrarle leyes al niño para que agudizara su razón; lo que se hacía era presentarle la vida en vívidas imágenes, para que pudiera recordar el máximo posible al tener que actuar en determinadas condiciones.

Cuando el niño había crecido y se enfrentaba con la vida, ante toda situación que en ella debía manejar, podía recordar algo semejante en lo que se le había presentado en el curso de su educación. Y le iba mejor cuanto más similar fuera la nueva situación a la que ya había visto, tanto mejor le resultaba su actividad. En condiciones totalmente nuevas, el atlante debía depender de la experimentación, mientras que en este aspecto el hombre moderno lo tiene todo más fácil porque está

equipado de leyes y puede aplicarlas sencillamente en las situaciones nuevas que se le presenten.

El sistema educativo atlante dotaba a toda la vida de uniformidad; durante largos períodos, las cosas se hacían siempre de la misma manera. La memoria fiel, no permitía que se desarrollara nada remotamente parecido a la celeridad de nuestro actual progreso. Uno se limitaba a hacer lo que siempre había "visto" antes. No se inventaba, se recordaba. El atlante no era una autoridad que hubiera aprendido muchas cosas, sino alguien que había vivenciado mucho y por ello podía recordar muchas cosas. En la época atlante, a uno le hubiera sido imposible decidir sobre un hecho importante antes de alcanzar cierta edad. Por eso, se confiaba sólo en la persona que pudiera recordar su larga experiencia.

Pero esto no sucedía con los iniciados y sus escuelas, porque *ellos* están *por delante* del nivel evolutivo de su época. Para ser admitido en las escuelas iniciáticas, el factor decisivo no es la edad, sino que el solicitante haya adquirido en sus anteriores encarnaciones las facultades para recibir la sabiduría superior. La confianza que se tenía en los iniciados y sus representantes en la época atlante, no se basaba en la riqueza de su experiencia personal, sino en la antigüedad de su sabiduría. En el caso del iniciado, la personalidad cesa de tener importancia y se pone totalmente al servicio de la sabiduría *eterna*. Por ello, los rasgos característicos de un período particular no se le pueden aplicar a él.

Mientras el poder de pensar lógicamente estaba ausente entre los atlantes (en particular los más antiguos), poseían, en su memoria altamente desarrollada, algo que daba un carácter especial a todo lo que hacían.

Pero con la naturaleza de todo poder humano se relacionan siempre otros. La memoria, por ejemplo, está más cercana al fundamento natural del hombre que la razón, y vinculados a ella estaban desarrollados otros poderes más cercanos aún a los de los seres naturales subordinados, de lo que lo están los poderes humanos contemporáneos.

Por eso, los atlantes podían controlar lo que llamamos la *fuera vital*. Igual como hoy se extrae la energía térmica del carbón y se la transforma en poder motor para nuestros medios de locomoción, los atlantes sabían cómo poner la energía germinal de los organismos al servicio de su tecnología. Podemos hacernos una idea de ello si nos imaginamos lo siguiente:

Imaginemos el núcleo de una semilla. En ella se oculta una energía g, latente, la energía que provoca que el tallo brote de la simiente. La naturaleza puede despertar esa energía que reposa en la semilla. El hombre moderno no puede hacerlo a su voluntad, ha de enterrar la

semilla y dejar que ese despertar lo provoquen las fuerzas naturales. El atlante, sin embargo, podía actuar de otro modo, porque sabía cómo convertir la energía de un grupo de semillas en poder técnico, tal como el hombre moderno puede transformar la energía térmica de una cantidad de carbón en dicho poder. En el período atlante se cultivaban plantas no sólo para usos alimentarios, sino también para disponer de las energías en ellas latentes, para el comercio y la industria. Del mismo modo que tenemos mecanismos para transformar la energía latente del carbón en fuerza motriz para nuestras locomotoras, los atlantes poseían mecanismos en los que, por decirlo así, quemaban las semillas vegetales y en los que la fuerza vital se transformaba en poder técnicamente utilizable. Los vehículos de los atlantes, que flotaban a una corta distancia por encima del terreno, eran movidos con esa energía. Esos vehículos se desplazaban a una altura inferior a la de las cordilleras montañosas del período atlante y tenían mecanismos de navegación que les permitían elevarse por encima de dichas cordilleras. Hemos de tener en cuenta que, a medida que ha ido pasando el tiempo, las condiciones de nuestra Tierra han variado muchísimo. Hoy en día, los citados vehículos atlantes serían totalmente inútiles. Su utilidad se apoyaba en la *mucho mayor densidad* de la atmósfera aérea que rodeaba entonces la Tierra. No nos importa aquí que con las actuales creencias científicas sea difícil imaginar esa extrema densidad del aire. Por su propia naturaleza, la ciencia y el pensar lógico no son los adecuados para decidir si algo es posible o imposible. Su única función es explicar lo que ha sido averiguado por la experiencia y la observación. La mencionada densidad del aire es tan cierta para la experiencia oculta como cualquier otro hecho que hoy nos suministren los sentidos. Pero es igualmente cierto el hecho, quizás más o menos inexplicable para la física y química contemporáneas, de que en aquella remota época el agua en toda la Tierra era mucho más tenue. Por su ligereza, el agua podía ser dirigida por la energía germinal utilizada por los atlantes para usos técnicos hoy imposibles. Como resultado de la mayor densidad del agua, se ha hecho imposible moverla y dirigirla de los modos tan ingeniosos que una vez se desplegaron. De este hecho debiéramos hacernos la imagen clara de que la civilización del período atlante fue radicalmente distinta de la nuestra. También podrá comprenderse que la naturaleza física del atlante era muy distinta del hombre actual. El atlante ingería agua que podía ser utilizada por la fuerza vital de su propio cuerpo de un modo muy distinto al que hoy es posible en el cuerpo físico actual. A consecuencia de ello, el atlante podía usar voluntariamente sus poderes físicos de una manera totalmente distinta a la del hombre actual. Poseía medios para incrementar sus propios poderes físicos en su interior, cuando los

necesitaba para lo que estaba haciendo. Con el fin de hacernos una idea precisa de los atlantes, hemos de saber que su concepción de la fatiga y del agotamiento de fuerzas era totalmente diferente a la del hombre actual.

El poblado atlante, como puede haberse deducido, no se parecía en nada a una ciudad moderna. En una población así, todo se hallaba todavía en unión con la naturaleza.

Una vaga *imagen* de ello nos haremos si decimos que en los primeros períodos atlantes, hasta más o menos la mitad de la tercera sub-raza, sus poblaciones parecían más bien jardines, donde las casas estaban construidas, con ramas de árboles ingeniosamente entrelazadas. Lo que la labor de manos humanas creaba entonces, surgía de la naturaleza misma y el hombre se sentía plenamente vinculado a la naturaleza. Por esa razón, su sentido social era también muy distinto al actual. Después de todo, la naturaleza es común a todos los hombres. Lo que el atlante edificaba con base en la naturaleza lo consideraba propiedad común igual como al hombre actual le parece de lo más natural que sea su propiedad privada lo que su inteligencia e ingeniosidad han creado para él.

Quien se familiarice con la idea de que los atlantes poseían los poderes espirituales y físicos descritos, comprenderá también que, en épocas aún anteriores, la humanidad presentaba una imagen que sólo en algunos puntos aislados está acostumbrada a ver hoy en día. No sólo los hombres han cambiado enormemente en el transcurso del tiempo, sino también la naturaleza circundante.

Las formas vegetales y animales han variado, toda la naturaleza de la Tierra ha pasado por transformaciones.

Regiones de la Tierra antaño habitadas fueron destruidas, mientras que han aparecido otras nuevas.

Los antecesores de los atlantes vivían en una región que ha desaparecido, la mayor parte de la cual radicaba al sur del Asia actual. En los escritos ocultos se los llama lemures. Tras pasar por diversos estados evolutivos la mayor parte de ellos declinaran, convirtiéndose en hombres disminuidos cuyos descendientes habitan aún hoy ciertas partes de la Tierra, formando lo que hemos llamado tribus salvajes. Sólo una pequeña parte de la humanidad lemuriana fue capaz de desarrollo ulterior y de esa parte se formaron los atlantes.

Posteriormente, sucedió algo similar. La mayor parte de la población atlante fue entrando en declive y de una minúscula porción descendieron los llamados arios, que incluyen toda la actual humanidad civilizada.

Según la nomenclatura de la ciencia espiritual, los lemures, atlantes y arios son razas-raíz de la humanidad. Si nos imaginamos que a los lemures les precedieron otras dos razas raíz y que dos más sucederán en el futuro a los arios, nos encontraremos con un total de

siete. La una surge de la otra precisamente del modo que hemos descrito para los Lemures, Atlantes y Arios. Cada raza-raíz posee características físicas y espirituales totalmente distintas a la que le precede. Si los Atlantes, por ejemplo, tenían una memoria particularmente desarrollada y todo lo que con ella se relaciona; actualmente, la tarea de los Arios es desarrollar la facultad del pensamiento y todo lo vinculado con él.

En cada raza-raíz han de pasar también varias etapas, y son siempre siete. Al principio del período en que comienza una raza-raíz, sus características principales están en una condición muy juvenil, poco a poco van madurando hasta entrar finalmente en declive. La población de una raza-raíz, por tanto, se divide en siete subrazas, si bien no hemos de imaginar que una sub-raza desaparezca de golpe cuando se desarrolla la nueva.

Cada una de ellas puede mantenerse aún por mucho tiempo mientras otras se desarrollan paralelamente.

La primera sub-raza de los Atlantes se desarrolló partiendo de una parte muy avanzada de los Lemures, con un alto potencial evolutivo. La facultad de la memoria apareció sólo en sus rudimentos entre los Lemures y tan sólo en el último período de su desarrollo. Hemos de imaginarnos que si el Lemur podía hacerse representaciones de lo que experimentaba, no podía retenerlas, pues inmediatamente olvidaba lo que se había representado.

Sin embargo, el hecho de que viviera en una determinada cultura, con herramientas, construcción de edificios, etc., se lo debía no a sus *propias* capacidades representativas, sino a una fuerza *espiritual* en su interior que se le manifestaba de forma instintiva. Pero no hemos de imaginarnos que fuera el instinto actual de los animales, sino algo muy distinto.

Los escritos teosóficos le dan el nombre de Rmoahals a la primera sub-raza de los Atlantes. La memoria de esa raza se orientaba fundamentalmente hacia vívidas impresiones sensorias. Los colores que el ojo había visto, los sonidos que el oído había captado, dejaban una honda huella en el alma. Ello se expresaba en el hecho de que los Rmoahals desarrollaron sentimientos que sus antepasados Lemures desconocían. Por ejemplo, el apego a lo que se ha experimentado en el pasado, formaba parte de esos sentimientos.

Con el desarrollo de la memoria, iba ligado el del lenguaje. En la medida que el hombre no retuviera lo pasado, no podía producirse ninguna comunicación verbal de lo que se había vivido. A raíz de que en el último período Lemuriano habían aparecido los primeros rudimentos de la memoria, también fue posible, en esa época, que naciera la facultad de dar nombres a lo que se había visto y oído. Sólo quienes poseían la facultad de recordar podían utilizar el nombre que se le ha

dado a cada cosa. El período atlante, por tanto, vio nacer y desarrollarse el lenguaje. Gracias a él se estableció un vínculo entre el alma humana y los objetos afuera del hombre. El generaba una palabra de lenguaje en su propio interior y esa palabra se correspondía con los objetos del mundo externo.

Así se estableció también una nueva unión entre los hombres, por la comunicación verbal. Es cierto que todo esto se manifestaba de un modo aún muy juvenil entre los Rmoahals, pero ello los distinguía profundamente de sus predecesores lemures.

Los poderes anímicos de esos primeros atlantes tenían algo de las fuerzas naturales. Eran hombres mucho más vinculados a los seres naturales de su entorno de lo que lo estarían luego sus sucesores. Sus poderes anímicos estaban más conectados con las fuerzas de la naturaleza de lo que lo están los del hombre moderno. Por eso, la palabra hablada que ellos pronunciaban se asemejaba a un poder de la naturaleza, pues no sólo nombraban las cosas, sino que en sus palabras existía un poder que se ejercía sobre ellas y sobre sus semejantes. La palabra de los Rmoahals no sólo tenía significado, sino también poder. El poder mágico de las palabras fue algo mucho más verídico para aquellos hombres, que para nosotros actualmente. Cuando un Rmoahal pronunciaba una palabra, esa palabra desarrollaba un poder semejante al del objeto designado. A consecuencia de ello, las palabras tenían un poder curativo, podían acelerar el crecimiento de las plantas, atemperar la furia de los animales y ejercer funciones semejantes. Todo ello fue debilitándose entre las posteriores sub-razas atlantes. Podría decirse que la original plenitud de ese poder fue perdiéndose paulatinamente. Los Rmoahals sentían esa plétora de poder como si fuera un don de la naturaleza y su relación con ésta poseía un carácter religioso. Para ellos, el lenguaje era algo particularmente sagrado. El mal uso de ciertos sonidos, que poseían un importante poder, era impensable. Cada ser humano sentía que ese mal uso le causaría un perjuicio enorme. La magia positiva de esas palabras se habría convertido en su opuesto, lo que habría traído tan sólo bendiciones por su uso adecuado, habría traído la desgracia a quien lo usara con fines criminales.

En una especie de inocencia afectiva, los Rmoahals atribuían su poder no tanto a sí mismos, sino a la naturaleza divina que actuaba en ellos.

Eso fue cambiando entre las gentes de la segunda subraza, los Tlavatli, que empezaron a sentir su propio valor personal. La ambición, cualidad desconocida entre los Rmoahals, fue haciéndose sentir entre los hombres. La memoria se transfirió, en un sentido, a la concepción de la vida comunitaria. Quien podía mirar retrospectivamente hacia ciertos actos, exigía que sus semejantes se los reconocieran.

Pedía que sus obras se preservaran en la memoria. Basándose en esa memoria de los actos realizados, cada grupo de personas que se

pertenecían, elegían a uno de ellos como líder. Así se desarrolló una especie de rango regio, cuyo reconocimiento se preservaba incluso más allá de la muerte. La memoria, el recuerdo de los antepasados o de aquellos que habían adquirido mérito en la vida, fue así desarrollándose. De ahí surgió entre algunas tribus, una especie de veneración por los difuntos, un culto a los antepasados; culto que se prolongó en tiempos mucho más tardíos y tomó las formas más diversas. Entre los Rmoahals, un hombre era apreciado mientras pudiera exigir respeto en un momento particular mediante sus poderes; si alguien quería ser reconocido por lo que había hecho en días anteriores, debía demostrar con nuevos actos que todavía poseía su antiguo poder. Tenía que evocar los antiguos hechos mediante nuevos actos. No se apreciaba lo que se había hecho por lo hecho en sí. No fue hasta la segunda sub-raza que se consideró el carácter personal de un hombre, hasta el punto de tomar las cosas que había hecho en su vida para evaluarlo.

Una ulterior consecuencia de la memoria para la vida comunitaria fue que se fueron formando grupos humanos que se agrupaban por el recuerdo de hechos comunes.

Anteriormente, la formación de grupos dependía totalmente de fuerzas naturales, de descendencia común.

Nadie agregaba nada con su propio espíritu, a lo que la naturaleza le había otorgado. Pero más tarde, una poderosa personalidad reclutaba a un número de personas para una tarea común y el recuerdo de dicha tarea generaba un grupo social.

Ese tipo de vida social comunitaria se desarrolló del todo en la tercera sub-raza, la de los Toltecas. Fueron los hombres de dicha raza quienes fundaron por primera vez lo que realmente podemos llamar una comunidad, el primer intento de formación de un estado. El liderazgo, el gobierno de dichas comunidades, se transmitía de generación en generación. El padre transmitía al hijo lo que hasta entonces había sobrevivido tan sólo en la memoria de los contemporáneos. Los hechos de los antecesores no debían ser olvidados en toda su línea genealógica. Lo que un antecesor había hecho, era apreciado por sus descendientes. Pero hemos de imaginarnos que en aquellos tiempos, los hombres tenían realmente el poder de transmitir sus dones a los descendientes. En el fondo, la educación pretendía moldear la vida mediante imágenes vívidas. La eficacia de esa educación se basaba en el poder personal que emanaba del educador. El maestro no agudizaba el poder pensante del alumno, sino que desarrollaba en él los dones de un tipo más instintivo. Con ese sistema educativo, se transmitían generalmente las capacidades del padre al hijo.

En esas condiciones, la experiencia personal fue adquiriendo más importancia entre los miembros de la tercera sub-raza. Cuando un grupo humano se separaba de otro para fundar una nueva comunidad,

llevaba consigo el recuerdo de lo que había experimentado en el antiguo escenario. En ese recuerdo, no obstante, había algo que el grupo no encontraba adecuado para sí mismo, algo con lo que se sentía incómodo. Por esa razón intentaba crear algo nuevo y de esa manera, fueron mejorando las condiciones en cada una de las nuevas fundaciones, y era natural que lo mejor también se imitara. Esos hechos explican el desarrollo de aquellas comunidades florecientes del período de la tercera sub-raza atlante, descrita en la literatura oculta. Las experiencias personales que se adquirían, encontraban apoyo en los iniciados en las leyes eternas de la evolución espiritual. Los poderosos gobernantes eran ellos mismos iniciados, de tal modo que la habilidad personal encontraba pleno apoyo. Con su habilidad personal el hombre se prepara gradualmente para la iniciación. Primero ha de desarrollar sus fuerzas desde abajo, para que se le pueda otorgar la iluminación desde arriba. De esa manera, los reyes y conductores de pueblos iniciados atlantes fueron apareciendo. En sus manos había un gran poder y se les tenía una enorme veneración.

Pero en ese hecho reside también la razón de su degradación y declive. El desarrollo de la memoria conducía al poder prominente de una personalidad. El hombre quería hacerse valer mediante su poder. Cuando mayor era éste, tanto más quería explotarlo para su propio beneficio.

La ambición que se había desarrollado, se convirtió en un notable egoísmo, surgiendo así el mal uso de dichos poderes. Si consideramos las capacidades de los atlantes, que procedían de su dominio de la fuerza vital, comprenderemos que ese mal uso tuvo inevitablemente enormes consecuencias. Un amplio poder sobre la naturaleza podía ponerse al servicio del egoísmo personal.

Eso lo llevaron a cabo del todo los miembros de la cuarta sub-raza, los Turanios Primigenios, que estaban adiestrados en el dominio de los poderes mencionados y que con frecuencia los utilizaban para satisfacer sus deseos egoístas. No obstante, cuando esos poderes se utilizan de ese modo, se destruyen mutuamente en sus efectos recíprocos. Es como si los pies quisieran tozudamente llevar a un hombre hacia adelante, mientras su tronco quisiera ir hacia atrás.

Ese efecto destructivo, sólo podía ser detenido con el desarrollo de una facultad superior en el hombre, la facultad del pensar. El pensar lógico tiene un efecto restrictivo en los deseos egoístas personales. El origen del pensar lógico, hemos de buscarlo entre los miembros de la quinta sub-raza, los proto-semitas. Los hombres comenzaron a trascender el mero recuerdo del pasado y a comparar las diversas experiencias. Así se desarrolló la facultad del juicio. Los deseos y apetitos se regían según esta facultad de juicio. Se empezó a calcular, y a combinar, a trabajar

mentalmente. Si antes uno se había abandonado a todos los deseos, ahora se preguntaba uno si el pensamiento le daba su aprobación o no. Si los hombres de la cuarta sub-raza se lanzaban irrefrenablemente a la satisfacción de sus apetitos, los de la quinta empezaron a escuchar una voz interior. Una voz que examina los apetitos aunque no pueda destruir las demandas de la personalidad egoísta. De ese modo, la quinta sub-raza transfirió los impulsos para la acción hacia el interior del hombre. El hombre desea dominarse a sí mismo y saber lo que ha de hacer y lo que no. Pero lo que ganaba en su interior con respecto a la facultad del pensar, lo iba perdiendo en control de las fuerzas exteriores de la naturaleza.

Con su pensamiento asociativo uno sólo puede dominar las fuerzas del mundo mineral, no las fuerzas de la vida. La quinta sub-raza, por tanto, desarrolló el pensar a expensas del control sobre la fuerza vital. Pero fue precisamente el pensar el que produjo el germen del ulterior desarrollo de la humanidad. En esa época, la personalidad, el egocentrismo, incluso el egoísmo completo, pudieron crecer libremente; porque el pensar solo, que opera plenamente en el interior y ya no puede dar órdenes directas a la naturaleza, no es capaz de producir efectos tan devastadores como los poderes anteriormente mal utilizados. Los más dotados de esa quinta sub-raza, fueron seleccionados para sobrevivir al declive de la cuarta raza-raíz y formar el germen de la quinta raza-raíz, la Aria, cuya misión es el desarrollo completo de la facultad pensante.

Los hombres de la sexta sub-raza atlante, los Acadios, desarrollaron la facultad del pensar aún más que los de la quinta, pero se diferenciaban de los proto-semitas en su uso más amplio de dicha facultad.

Se dijo que si el desarrollo de la facultad pensante, evitaba que las demandas de la personalidad egoísta tuvieran los mismos efectos destructivos que habían tenido entre sub-razas anteriores, esas demandas no se extinguían por ello. Los proto-semitas, al principio, organizaron sus circunstancias personales tal como su facultad pensante les dictaba. La inteligencia tomó el lugar de los meros apetitos y deseos; y las condiciones de vida cambiaron.

Si las razas precedentes solían reconocer como líder a aquél, cuyos actos se habían grabado profundamente en su memoria colectiva, o a quien pudiera recordar una vida llena de múltiples vivencias, ese rol fue traspasado ahora a los inteligentes. Si antes era decisivo lo que vivía en el nítido recuerdo, luego se consideró como más idóneo lo que más convenciera al pensamiento.

Bajo la influencia de la memoria, uno se apegaba a una misma cosa hasta que la encontraba inadecuada y entonces, era perfectamente natural que quien pudiera remediar una necesidad introdujera una innovación.

Pero a consecuencia de la facultad del pensar, se fue desarrollando una manía por las innovaciones y cambios.

Cada uno quería poner en práctica lo que su inteligencia le sugería. Comenzaron así a extenderse condiciones turbulentas en la quinta raza y en la sexta condujeron a sentir la necesidad de someter el pensar egoísta del individuo a leyes generales. El esplendor de las comunidades de la tercera sub-raza, se basaba en que los recuerdos comunes aportaban orden y armonía. En la sexta, ese orden había de producirse con leyes pensadas. Por eso hemos de buscar en esa sexta sub-raza el origen de los reglamentos de la justicia y de la ley.

Durante la tercera sub-raza, la separación de un grupo tenía lugar sólo cuando sus miembros eran, digamos, expulsados de su comunidad, porque ya no se sentían cómodos en las condiciones que prevalecían a causa de la memoria. En la sexta sub-raza eso era esencialmente distinto.

La facultad calculadora del pensar buscaba lo nuevo como tal, y estimulaba a los hombres a empresas y nuevas fundaciones. Los Acadios eran, pues, una gente muy emprendedora con una inclinación a la colonización, y era el comercio especialmente el que alimentaba la creciente facultad del pensamiento y del juicio.

Entre la séptima sub-raza, los Mongoles, se desarrolló también la facultad del pensar, pero las características de razas anteriores, especialmente las de la cuarta, continuaron presentes en ella y en un grado superior al de la quinta y sexta sub-razas, permaneciendo fieles al sentimiento de la memoria. De ese modo consideraban que lo más antiguo, es también lo más sensible y se puede defender al máximo frente a la facultad del pensar. Es cierto que también perdieron el dominio sobre las fuerzas vitales, pero lo que en ellos se desarrolló como facultad pensante, poseía también algo del poder natural de esa fuerza vital. Naturalmente que habían perdido el poder sobre la vida, pero nunca perdieron la FE directa e ingenua en ella. Esa fuerza se había convertido en su Dios y por él !; hacían todo lo que consideraban correcto. Así aparecieron, ante sus pueblos vecinos, como si estuvieran poseídos por esa fuerza secreta y se rendían a ella en una fe ciega. Sus descendientes en Asia y en algunas partes de Europa manifestaban y manifiestan aún, mucho de esas cualidades.

La facultad del pensar implantada en el hombre, sólo podía alcanzar su pleno valor evolutivo, cuando recibiera un nuevo ímpetu en la quinta raza-raíz. La cuarta raza, en el fondo, sólo pudo poner esa facultad al servicio de aquello a lo que había sido educado por el don de la memoria. Sólo la quinta alcanzaría las condiciones de vida para las cuales el instrumento adecuado es la capacidad de pensar.

CAPITULO IV

TRANSICIÓN DE LA CUARTA A LA QUINTA RAZA-RAIZ

Los relatos siguientes se refieren a la transición de la cuarta raza-raíz (atlante) a la quinta (aria), a la que pertenece la humanidad civilizada actual. Para comprenderlas bien, es preciso impregnarse de la idea de *evolución*, en su sentido más amplio y profundo. Todo lo que el hombre percibe a su alrededor está en vías de desarrollo. Lo que caracteriza al hombre de nuestra raza-raíz, su facultad de *pensamiento*, es también el fruto de una evolución.

I Incluso puede decirse que es precisamente esta raza-raíz la que lenta y progresivamente conduce a su madurez la fuerza del pensar.

Actualmente, el hombre toma una decisión (en su pensamiento), y luego la realiza, como consecuencia de su propio pensamiento. En los atlantes esta facultad estaba sólo en fase de preparación. *Su* querer estaba influenciado no por sus propios pensamientos, sino por aquellos que les venían de entidades superiores.

Su voluntad estaba dirigida, de alguna forma, desde el exterior. Quien se familiarice con esta idea de evolución aplicada al hombre y llegue a admitir que él mismo, como ser humano, era en otra época un ser terrestre de constitución muy diferente, estará entonces en condiciones de representarse las entidades totalmente diferentes que se tratarán en la siguiente narración. La evolución aquí relatada alcanza períodos extremadamente largos.

Lo que hemos dicho precedentemente acerca de la cuarta raza-raíz, la de los atlantes, concierne a la gran mayoría de esta humanidad. Pero ésta tenía guías que por sus facultades le eran muy superiores. A ninguna educación terrestre se le habría permitido acceder a la sabiduría ostentada por esos jefes, ni a las fuerzas que dominaban. Las conservaban entidades superiores que no pertenecían de forma directa al mundo terrestre.

Desde entonces, era totalmente natural que la gran masa de los humanos considerara a estos guías como seres superiores, "mensajeros" de los dioses. En efecto, ni los órganos de los sentidos, ni la inteligencia del hombre, habrían permitido alcanzar el saber y la habilidad de estos guías. Se les *veneraba* como "enviados" de Dios; se recibían sus órdenes, sus mandatos, así como su enseñanza.

Son los seres de este tipo los que instruían a la humanidad, le enseñaban las ciencias, las artes y la fabricación de útiles. Estos "mensajeros divinos" dirigían ellos mismos las comunidades, en las que entonces iniciaban en el arte de gobernar a los hombres suficientemente

evolucionados. Se decía de estos jefes que "frecuentaban a los dioses", que les revelaban las leyes según las cuales debía desarrollarse el progreso de la humanidad.

Esto correspondía, en aquellos tiempos, a la realidad.

Esta iniciación, este intercambio con los dioses, se realizaba en lugares desconocidos para la masa. Estos centros de iniciación se llamaban Templos de los Misterios. Allí se hallaba centralizada la administración del género humano.

El pueblo no comprendía ni lo que sucedía en los Templos de los Misterios, ni los designios de sus grandes guías. Con la ayuda de sus sentidos, sólo podían captar el aspecto terrestre de las cosas, y no las revelaciones de los mundos superiores que favorecían su salvación. Por este motivo, las enseñanzas de los guías debían revestir una forma diferente al lenguaje aplicado a los acontecimientos terrestres. La lengua que utilizaban los dioses en los centros de Misterios para hablar a sus mensajeros, no era terrestre, como tampoco lo era la forma en que esos dioses se manifestaban. Estos espíritus superiores aparecían como "nubes de fuego" a sus enviados para decirles cómo conducir a los hombres. Sólo el hombre era capaz de revestir una forma humana; las entidades cuyas facultades sobrepasan el nivel humano deben manifestarse en formas que no pueden compararse a nada en la Tierra. Los 11 mensajeros divinos" pudieron recibir estas revelaciones porque ellos mismos eran los más perfectos de entre sus hermanos. En el transcurso de períodos de evolución precedentes, habían realizado ya lo que la mayoría de los hombres debe aún conseguir. Sólo en un cierto aspecto formaban parte del género humano. Podían tomar forma humana mientras que sus facultades psico-espirituales eran sobrehumanas. Estos seres estaban dotados, pues, de una doble naturaleza, a la vez divina y humana. En ellos podía verse a espíritus superiores que habían revestido cuerpos humanos, a fin de ayudar a la humanidad a progresar en su camino terrestre. Su verdadera patria no era de este mundo. Estos seres guiaban a los hombres, sin poder comunicar les los principios según los cuales les dirigían. Pues hasta la quinta sub-raza atlante, la de los proto-semitas, los hombres eran totalmente incapaces de comprender estos principios.

Primero fue preciso, en el curso de esta sub-raza, desarrollar la fuerza del pensar. Esta facultad se desarrolló lentamente, progresivamente.

Incluso las últimas subrazas de los atlantes sólo pudieron comprender de una manera muy imperfecta los principios de sus guías divinos.

Apenas empezaban a *presentir* muy incompletamente los rudimentos de estos principios. Por *etto*, sus ideas y las leyes que regían sus instituciones de Estado, eran más bien presentidas que verdaderamente pensadas.

El guía principal de la quinta sub-raza atlante la preparó poco a poco a fin de que más tarde, después del hundimiento de la civilización atlante, pudiera comenzar una vida nueva, enteramente regulada por la fuerza del pensar. Es preciso ver que el fin del período atlante comprende tres grupos de entidades del tipo humano.

Primeramente los "mensajeros de los dioses" ya mencionados, en un grado de evolución ampliamente adelantado sobre el de la masa del pueblo; enseñaban la sabiduría divina y realizaban obras divinas. En segundo lugar la masa misma, con la fuerza del pensamiento aún letárgica, pero disponiendo de facultades elementales que la humanidad actual ha perdido. En tercer lugar un pequeño grupo de los que desarrollaban el pensar, aunque perdiendo con ello las facultades elementales de los atlantes, pero que se preparaban para asimilar por el pensamiento los principios de los "mensajeros de los dioses". El segundo grupo de seres humanos estaba abocado a un deterioro progresivo. El tercero, por el contrario, pudo ser educado por los seres del primer grupo a fin de tomar las riendas de su propio destino.

El guía principal, conocido en la literatura oculta con el nombre de Manú, escogió en el tercer grupo a los más aptos, que destinó a engendrar una nueva humanidad.

Estos seres más dotados existían en el seno de la quinta sub-raza. La fuerza del pensar de la sexta y de la séptima sub-razas, había emprendido de alguna manera malos caminos, y ya no era capaz de evolucionar. Se trataba, pues, ahora de desarrollar las mejores cualidades de los mejores seres. Esto fue realizado por el guía, que aisló a los elegidos en un lugar especial de la Tierra, en Asia central, sustrayéndoles así a todas las influencias provenientes de los que se habían rezagado o de los que se habían desencaminado. El guía tenía como objetivo el hacer progresar a su grupo, de manera que los que formaban parte de él llegaran a captar en su alma, gracias a su propia fuerza del pensar, los principios según los cuales habían sido guiados hasta entonces, y que sólo habían sentido sin poder comprenderlos claramente. En lo sucesivo, los hombres debían reconocer las fuerzas divinas que habían seguido inconscientemente. Para dirigir a los hombres, los dioses se habían servido hasta entonces de sus mensajeros.

Ahora los hombres debían saber de estas entidades divinas. Debían aprender a considerarse ellos mismos como los órganos ejecutivos de la providencia divina.

Este grupo así aislado se encontraba frente a una decisión capital. En medio de ellos se encontraba, en forma humana, el guía divino. De tales mensajeros divinos, la humanidad recibía anteriormente los mandatos y las consignas para lo que debía o no debía hacer. Había sido introducida a las ciencias que se refieren a lo perceptible por los sentidos. Los

hombres habían presentido un gobierno divino del mundo, lo habían experimentado incluso en sus propios actos sin haber tenido, sin embargo, jamás, una conciencia clara. Ahora su guía les hablaba de una forma totalmente nueva. Y les enseñaba que las potencias invisibles dirigían lo que aparecía ante su vista, que ellos mismos eran sus servidores, y que debían realizar, con la ayuda de sus pensamientos, las leyes de estas potencias invisibles. Los hombres oían hablar de lo supra-terrestre y de lo divino, del mundo invisible del espíritu, creador y conservador del reino corporal visible.

Hasta ahora habían elevado su mirada hacia sus mensajeros de Dios que veían, hacia estos iniciados, superhombres que les hablaban; eran ellos quienes decían lo que se debía hacer o dejar. En lo sucesivo, eran considerados dignos de oír al mensajero divino hablarles de los dioses. Y la palabra que él dirigía sin cesar y con insistencia a su grupo era potente: "Hasta ahora habéis *visto a* los que os conducían; pero hay otros guías más elevados aún, que no veis. Es *a estos* guías a quienes estáis supeditados. Debéis ejecutar las órdenes del Dios que no veis, y debéis *obedecer a* aquél de quien no os *podéis hacer ninguna imagen*". Así la palabra del gran guía enunciaba el nuevo mandato supremo, que prescribía el culto de un Dios al que ninguna imagen sensible-visible podía parecerse, y del cual ninguna imagen debía ser hecha. Un eco de este gran mandato primordial de la quinta raza humana se encuentra de nuevo en este fragmento:

"De ningún modo te harás *imagen* tallada ni representación alguna de las cosas que están arriba en los cielos, que están abajo en la tierra, y que están en las aguas más bajas que la tierra". (Éxodo XX,4).

El guía principal (Manú) era asistido por otros enviados de los dioses, encargados de ejecutar sus designios en los diferentes dominios de la vida y de trabajar para el desarrollo de la nueva raza. Se trataba, en efecto, de conducir toda la existencia, según la nueva concepción de un gobierno divino del mundo. Los pensamientos de los hombres debían estar totalmente dirigidos de lo visible hacia lo invisible. La vida está regulada por las potencias naturales. El curso de la vida humana depende del día y de la noche, del invierno y del verano, del Sol y de la lluvia.

Se mostraba la relación entre estos hechos visibles e influyentes y las fuerzas invisibles (divinas), y el comportamiento humano a adoptar para llegar a dirigir la vida según estas potencias invisibles. Cualquier saber y cualquier trabajo debían orientarse en este sentido. El hombre debía ver, en el curso de los astros y en las condiciones meteorológicas, la expresión de las resoluciones divinas y de la sabiduría de los dioses. La astronomía y la meteorología se enseñaban bajo este espíritu. Incumbía al hombre el organizar su trabajo y su vida moral de manera que estuvieran de acuerdo con la sabiduría de las leyes divinas. La vida se

regulaba según los mandatos *divinos*; se escrutaban los *pensamientos divinos* en el curso de las estrellas y en las manifestaciones atmosféricas, etc.... Los actos *sacrificiales* debían permitir al hombre poner su acción en armonía con la voluntad divina. La intención del Manú era orientar toda la vida humana hacia los mundos superiores. *Toda* actividad humana, todas las instituciones debían tener un carácter religioso.

Mediante esto, el Manú quería iniciar el proceso propio de la misión específica de la quinta raza. Esta debía aprender a dirigirse por sí misma con la ayuda del pensamiento.

Sin embargo, una autonomía así, sólo puede ser saludable si el hombre se pone él mismo al servicio de las fuerzas superiores. Debe hacer uso de su fuerza de pensamiento, pero es preciso que sea santificada, y que se dirija, por tanto, hacia lo divino.

Para comprender bien lo que sucedía en esa época, hay que considerar que el desarrollo de la facultad del pensar, a partir de la quinta sub-raza atlante, tuvo aún otra consecuencia. Los hombres habían entrado en posesión de conocimientos y artes provenientes de un cierto origen, y que no estaban en relación *directa* con lo que el Manú consideraba como su misión específica. Entonces, a estos conocimientos y artes les faltaba el carácter religioso.

Al ver la manera en que les llegaban, a los hombres, éstos pensaron que podían ponerlos al servicio de su egoísmo, de sus necesidades personales. Por el momento no está permitido revelar el origen de estos conocimientos y artes, es por eso que aquí debe omitirse una parte de la Crónica del Akasha. Uno de estos conocimientos, por ejemplo, concierne al *fuego* y sus aplicaciones en los trabajos humanos. En los primeros tiempos de la Atlántida el hombre no tenía necesidad del fuego, ya que podía servirse de la fuerza vital. Pero cuanto más avanzaba el tiempo, menos capaz era de explotar esa fuerza; tuvo que aprender a fabricar, a partir de materiales inanimados, herramientas e instrumentos. Para ello, se sirvió del fuego. Lo mismo sucedió con otras fuerzas de la naturaleza. El hombre había aprendido a servirse de ellas, sin tener conciencia de su origen divino. Y tenía que ser así. En lo referente a las cosas gobernadas por el pensamiento, nada debía *obligar* al hombre a tomar como referencia el orden divino del mundo. Todo lo contrario, debía llegar a ello *libremente* por su pensamiento. Así pues, la intención del Manú era la de llevar a los hombres a concebir, por un acto autónomo surgido de una necesidad interior, la relación de estas cosas con el orden superior del mundo. Los hombres podían, por así decir, *escoger* si querían poner los conocimientos adquiridos al servicio de sus necesidades egoístas y personales, o bien consagrarlos religiosamente al servicio de un mundo superior. Antes, el hombre estaba obligado a considerarse como un miembro de la ordenación divina del mundo, de donde le venía, por

ejemplo, el dominio de la fuerza vital, sin que tuviera necesidad de servirse del pensamiento; en lo sucesivo, estaría en condiciones de utilizar las fuerzas de la naturaleza, sin orientar su pensamiento hacia lo divino. No todos los hombres reunidos por el Manú estaban a la altura de una decisión así; sólo un pequeño número era digno de ello. Y es con ellos con quien el Manú iba a formar el germen de la nueva raza.

Se retiró con ellos para perfeccionar su desarrollo, mientras que los otros se confundieron con el resto de la humanidad.

De este pequeño número de hombres reagrupados finalmente alrededor del Manú, salió todo lo que hasta nuestros días constituye los verdaderos gérmenes de progreso en la quinta raza-raíz. Esto explica también los dos hechos característicos que marcan toda la evolución de esta quinta raza-raíz. Uno es propio de los hombres animados por ideas superiores y que se consideran como los hijos de una potencia divina universal; el otro pertenece a los que lo sitúan todo al servicio de los intereses personales y del egoísmo.

Este pequeño grupo permaneció junto al Manú hasta que hubo adquirido fuerzas suficientes para actuar según el nuevo espíritu, y sus miembros pudieran irse a llevar el nuevo espíritu a esta humanidad constituida por los restos de las razas precedentes. Este nuevo espíritu tomó, naturalmente, en los diferentes pueblos un carácter diferente, según el grado de desarrollo que habían podido alcanzar en sus regiones respectivas. Las antiguas señales de carácter aún presentes, se mezclaron con lo que los enviados del Manú aportaron en las diversas partes del mundo. Esto engendró una variedad de nuevas civilizaciones y de impulsos culturales. Las personalidades más calificadas en el entorno del Manú, fueron destinadas a ser poco a poco iniciadas directamente en la sabiduría divina, a fin de convertirse en maestros de los otros. A los antiguos mensajeros divinos vino así a añadirse, una nueva especie de iniciados. Como sus semejantes, habían desarrollado su facultad del pensar de acuerdo con las exigencias terrestres. Los mensajeros divinos precedentes -entre ellos también el Manú- no lo habían hecho. Su evolución pertenecía a los mundos superiores. Introducían en el medio terrestre su sabiduría superior. Lo que ellos aportaron a la humanidad era un *If* don de lo alto". Antes de la mitad de la época atlante, los hombres no estaban aún bastante avanzados para *comprender*, por sus propias fuerzas, lo que son las resoluciones divinas. Ahora, en el curso del período descrito, iban a conseguirlo. El pensamiento terrestre debía elevarse hasta la concepción de lo divino. A los supra-hombres- iniciados se añadían los humanos-iniciados. Esto marca un cambio importante en la evolución del género humano. Los primeros atlantes no tenían aún la opción de apreciar si sus guías eran mensajeros divinos o no. En efecto, lo que éstos realizaban se imponía a ellos como una obra de los mundos superiores y llevaba el sello del

origen divino. Gracias a su poder, los guías de la época atlante eran seres sagrados, aureolados por el esplendor que les confería esta potencia. Los hombres-iniciados de los tiempos siguientes son, desde el punto de vista exterior, hombres entre otros hombres. Sin embargo permanecen en relación con los mundos superiores, y las revelaciones y manifestaciones de los mensajeros divinos llegan hasta ellos. En caso de extrema necesidad excepcional, hacen uso de ciertas fuerzas que les vienen de allí.

Realizan entonces acciones que desafían las leyes conocidas y por ello incomprensibles a los hombres, acciones justamente consideradas como milagros. En todo esto los designios superiores apuntaron a liberar la humanidad y perfeccionar el desarrollo de su pensar. Los iniciados humanos son actualmente los mediadores entre el pueblo y las potencias superiores, y sólo la iniciación convierte en apto para frecuentar a los mensajeros divinos.

Al principio de la quinta raza-raíz, los hombres iniciados, los santos instructores, se convirtieron en los guías del resto de la humanidad. Los grandes sacerdotes-reyes del pasado que la historia no menciona, pero que testimonian las leyendas, pertenecen a la corte de estos iniciados. Los mensajeros divinos superiores se retiraron cada vez más de la Tierra, cediendo el gobierno a estos iniciados humanos a los que aportaron ayuda y consejos. Si no hubiera sido así, el hombre no accedería nunca al uso libre de la fuerza del pensar. El mundo está regido por una dirección divina; pero el hombre no debe ser forzado a reconocerlo, sino que debe convencerse de ello y comprenderlo en total libertad. Si lo consigue, los iniciados le develarán gradualmente sus secretos. Sin embargo, esto no puede hacerse de golpe. Toda la evolución de la quinta raza-raíz constituye un lento camino hacia ese fin. Al principio, el Manú condujo él mismo a su grupo, al igual que el guía a los niños. Luego la dirección se transmitió poco a poco a los iniciados humanos. Y actualmente el progreso consiste siempre, todavía, en una mezcla de conciencia e inconsciencia en la acción y el pensar de los hombres. Sólo al final de la quinta raza-raíz, cuando en el curso de la sexta y séptima sub-razas, un número suficientemente importante de personas habrá accedido al saber, entonces el más grande de los iniciados podrá develarse públicamente *a ellos*. Y este iniciado humano podrá entonces encargarse de la dirección principal, como lo había hecho el Manú al término de la cuarta raza-raíz. La educación de la quinta raza-raíz consiste, pues, en conducir a una gran parte de la humanidad a seguir libremente un Manú humano, como la raza-germen de esta quinta lo había hecho con el Manú divino.

CAPITULO V

LA RAZA LEMUR

En este capítulo, tocaremos un pasaje de la Crónica Akáshica que se refiere a un distante período prehistórico en el desarrollo de la humanidad. Es una época que precede a la descrita hasta ahora. Nos referimos a la tercera raza-raíz humana que ya dijimos que habitaba en el continente de la Lemuria. Según los documentos ocultos, ese continente se hallaba situado al Sur de Asia y se extendía aproximadamente entre Sri Lanka y Madagascar.

Lo que hoy es el sur de Asia y partes de África pertenecieron también a él. Aunque se ha tomado el máximo cuidado en descifrar la Crónica del Akasha, habrá que recalcar que, en ningún momento, se quiere reclamar un carácter dogmático a estas comunicaciones. Si, por un lado, no es fácil la lectura de cosas y sucesos tan remotos, traducir lo que se percibe en ellos y descifrarlo en el lenguaje actual, presenta obstáculos casi insuperables.

Más tarde ya daremos fechas, que se entenderán mejor cuando hayamos examinado todo el período lemur y también el de nuestra quinta raza-raíz hasta hoy.

Las cosas que aquí se comunican sorprenden incluso al ocultista que las lee por primera vez.

Por eso, sólo debiera comunicarlas después de un minucioso examen.

La cuarta raza-raíz, la atlante, fue precedida por la llamada Lemur durante cuya evolución tuvieron lugar sucesos de la máxima importancia con respecto a la Tierra y el hombre. No obstante, hablaremos aquí primero del carácter de esta raza-raíz después de que hubieron sucedido dichos acontecimientos que trataremos más tarde. En esa raza, la memoria no estaba todavía desarrollada.

Si los hombres podían hacerse representaciones de las cosas y los hechos, éstas no le quedaban en la memoria.

Por ello, carecían de un lenguaje en su verdadero sentido.

Lo que podían expresar eran más bien sonidos naturales que revelaban sus sensaciones: placer, alegría, dolor, etc., pero no designaban objetos externos.

Sus representaciones, no obstante, tenían una fuerza distinta de la que poseyeron en épocas más tardías. Con esa fuerza actuaban sobre el entorno. Otros hombres, animales, plantas e incluso objetos inertes, podían sentir esa acción y ser influenciados puramente por las ideas. De ese modo, el lemur podía comunicarse con sus semejantes sin necesidad de un lenguaje. Su comunicación consistía en una especie de "lectura del pensamiento". El lemur extraía la fuerza de sus ideas

directamente de los objetos que le rodeaban. Fluía hacia él de la energía de crecimiento de las plantas, de la fuerza vital de los animales.

De este modo comprendía las plantas y los animales en su vida y acción internas. También comprendía del mismo modo las fuerzas físicas y químicas de los objetos inorgánicos. Cuando construía algo, no tenía que empezar calculando el límite de peso de un tronco de árbol, o el peso de una piedra; él podía ver cuánto podía soportar el tronco, dónde encajaría la piedra a causa de su peso y dónde no. Por eso, el lemur construía sin conocimientos de ingeniería, en base a su facultad de imaginación que actuaba con la seguridad de una especie de instinto.

Además de ello, poseía un algo grado de poder sobre su propio cuerpo. Cuando era necesario, podía incrementar el peso de su brazo con un simple esfuerzo de la voluntad.

Podía levantar así enormes pesos mediante su voluntad. Si más tarde el atlante se ayudaría con el control de la fuerza vital, el lemur se ayudaba gracias al dominio de la voluntad. Sin que malinterpretemos dichas palabras, era un mago nato en todos los campos de la actividad inferior humana.

El objetivo de los lemures fue el desarrollo de la voluntad, de la facultad de la imaginación. La educación ex.e\os n'i.ños se ex.'i.úgla-p\enamen\..e a e\\a. Los varones eran endurecidos intensamente, tenían que sobrepasar peligros, superar el dolor, llevar a cabo actos temerarios. Los que no pudieran soportar torturas y pasar por peligros, no eran considerados miembros útiles de la humanidad.

Se les dejaba perecer en esos ejercicios. Lo que la Crónica Akáshica nos muestra sobre la educación de los niños sobrepasa cualquier cosa que el hombre moderno pudiera imaginarse. El soportar el calor, incluso el de un fuego cauterizador, el pinchar el cuerpo con objetos puntiagudos, eran procedimientos comunes.

La educación de las niñas era distinta. Si bien a la niña también se la endurecía, todo lo demás iba dirigido al desarrollo de una poderosa imaginación. Por ejemplo, se la exponía a la tormenta para que sintiera calmamente su temible belleza; debía presenciar sin miedo los combates de los hombres, plena tan sólo de un sentimiento de aceptación de la fuerza y el poder que tenía frente a ella.

Así, se desarrollaban en ella propensiones para el soñar y la fantasía que eran muy altamente considerados. Al no existir memoria, esas propensiones no podían degenerar, pues el sueño o las fantasías duraban sólo mientras existiera su correspondiente causa externa. De ese modo, It. hallaban un verdadero fundamento en las cosas externas, sin perderse en profundidades sin fondo. Podríamos decir que era la fantasía y el soñar de la naturaleza misma insertadas en el alma femenina.

Los lemures no tenían viviendas en el sentido común, como tuvieron en sus períodos más tardíos; vivían allí donde la naturaleza les daba esa oportunidad. Las cuevas que usaban sólo eran modificadas y extendidas en la medida de lo necesario. Más tarde, ellos mismos construyeron esas cuevas y llegaron a lograr una gran habilidad en dichas construcciones. No hemos de imaginarnos, sin embargo, que no hicieran otras construcciones más complejas, pero estas últimas no les servían de vivienda. En los primeros tiempos surgían por el deseo de darle a las cosas de la naturaleza, una forma hecha por el hombre.

Se remodelaban las colinas de modo que fueran agradables y bellas en su forma. Se juntaban piedras con el mismo propósito o para usarlas en ciertas actividades.

Los lugares donde se endurecía a los niños estaban rodeados de paredes de ese tipo.

Hacia finales de ese período, los edificios que servían para cultivar la sabiduría y el arte divino" se hicieron más imponentes y ornamentados. Esas instituciones eran muy distintas, en todos los aspectos, a lo que más tarde serían los templos, porque eran a la vez instituciones pedagógicas y científicas. Quien era considerado capaz, era iniciado en la ciencia de las leyes universales y en su manejo. Si el lemur era un mago nato, ese talento lo convertía ahí en arte y comprensión. Sólo se admitía a quienes, habiendo pasado toda serie de disciplinas, habían adquirido la capacidad de superarse a sí mismos al máximo.

Lo que sucedía en esas instituciones permanecía en el más profundo secreto para los demás. En ellas, se aprendía a conocer y controlar las fuerzas de la naturaleza, contemplándolas directamente; pero la enseñanza se realizaba de tal modo que las fuerzas de la naturaleza se transformaban, dentro del hombre, en fuerzas de la voluntad y con ello el hombre mismo podía ejecutar lo que ejecuta la naturaleza. Lo que más tarde la humanidad lograría gracias a la reflexión y el cálculo, en aquella época tenía el carácter de una actividad instintiva. Pero no hemos de usar en ese caso la palabra "instinto" del mismo modo al que estamos acostumbrados en el reino animal, porque las actividades de la humanidad lémur estaban muy por encima de todo lo que el instinto animal es capaz de producir. Sus actividades llegaron aún a estar por encima de lo que la humanidad ha alcanzado en artes y ciencias por medio de la memoria, la razón y la imaginación. Si tuviéramos que emplear una expresión para esas instituciones que las hiciera inteligibles, podríamos llamarlas "escuelas de poder volitivo y de poder de imaginación clarividente".

De ellas salieron los hombres que en todos los ámbitos se convertían en gobernantes de los demás. Hoyes difícil dar en palabras una verdadera idea de esas condiciones, porque todo lo que hay en la Tierra ha cambiado desde entonces. La naturaleza misma y toda la vida humana

eran distintas y, consecuentemente, la actividad y las relaciones humanas diferían mucho de lo que hoy es común.

El aire era mucho más denso, incluso más de lo que lo sería en los períodos atlantes tardíos, y el agua era mucho más tenue. Lo que hoy constituye nuestra corteza terrestre no era entonces tan duro. El mundo animal y vegetal se habían desarrollado hasta el nivel de los anfibios, aves y mamíferos inferiores y plantas semejantes a nuestras palmeras y similares, si bien todas las formas eran distintas a las actuales. Lo que hoy existe en formas pequeñas se desarrollaba entonces en dimensiones gigantescas, los helechos eran verdaderos árboles que formaban grandes bosques. Los modernos mamíferos superiores no existían todavía. Por otra parte, una gran parte de la humanidad se hallaba en un estado inferior de desarrollo que casi podríamos calificar de animal. Lo que hemos descrito se refiere tan sólo a una pequeña parte de la humanidad, el resto vivía en un estado animalesco.

En su apariencia externa y su modo de vida, esos hombres-animal eran muy distintos de ese pequeño grupo, y no demasiado distintos de los mamíferos inferiores que se les asemejaban en algunos aspectos. Lo que se cultivaba en las mencionadas localidades del templo no era realmente religión; se trataba de "sabiduría y arte divinos". El hombre sentía que en lo que se le daba había un don directo de las fuerzas espirituales del Cosmos.

Cuando recibía esa dádiva se consideraba a sí mismo como un "servidor" de esas fuerzas universales y se sentía "santificado" de todo lo que no era espiritual. Si quisiéramos hablar de religión en esa etapa evolutiva de la humanidad, habríamos de llamarla "religión de la voluntad".

El temperamento y la dedicación religiosa residía en el hecho de que el hombre custodiaba los poderes que se le habían otorgado como un "secreto" divino riguroso y de que llevaba una vida gracias a la cual santificaba su poder. Personas con estos poderes eran altamente respetadas y veneradas por los demás. Y esa veneración y respeto no eran evocados por medio de leyes o algo semejante, sino por el poder inmediato que ejercían esas personas.

Los profanos se hallaban bajo la influencia mágica de los iniciados y era de lo más natural que estos últimos se consideraran personajes santificados, porque en sus templos participaban en la contemplación directa de las fuerzas activas de la naturaleza. Dirigían su mirada al trasfondo creativo de la naturaleza y experimentaban una comunicación con los seres que construyen el mundo mismo. Podríamos llamar esa comunicación "interrelación con los dioses". Lo que más tarde se desarrolló como "iniciación", como "misterios", surgió de ese modo originario de comunicación entre los hombres y los dioses. En tiempos

posteriores, esa comunicación tuvo que variar, porque la imaginación humana, el espíritu humano, adquirió otras formas.

Un acontecimiento de especial importancia sucedió durante la evolución lemur, por el hecho de que las mujeres vivieran de la forma descrita. Con ello desarrollaron especiales capacidades humanas. Su facultad imaginativa, vinculada con la naturaleza, se convirtió en fundamento de un desarrollo más elevado de la vida de las ideas. Ellas acogían en su interior las fuerzas de la naturaleza, ejerciendo así una repercusión en el alma. De esa manera se crearon los gérmenes de la memoria. Con la memoria nació también la capacidad de formar los primeros y más sencillos conceptos morales.

El desarrollo de la voluntad entre los del sexo masculino no tuvo que ver, en principio, con esto. El hombre seguía instintivamente los impulsos de la naturaleza o las influencias que emanaban de los iniciados.

Fue por el modo de vida de las mujeres que comenzaron a surgir las primeras representaciones del "bien y el mal". Allí se empezaron a apreciar algunas cosas que habían hecho especial impresión sobre las representaciones y a aborrecer otras. Si el control, que se ejercía sobre el elemento masculino, iba dirigido más hacia la acción externa de los poderes de la voluntad, hacia la manipulación de las fuerzas de la naturaleza, en el elemento femenino se producían efectos a través del alma, originados por las fuerzas internas personales del ser humano. Sólo es comprensible el desarrollo de la humanidad si se tiene en cuenta que el primer progreso en la vida representativa lo hicieron las mujeres. El desarrollo ligado a la vida representativa, en la formación de la memoria, de las costumbres que generarían la vida jurídica, la vida moral, etc., proceden de ahí. Si un hombre había visto y ejercitado las fuerzas de la naturaleza, la mujer era la primera intérprete de dichas fuerzas. Así se desarrolló un nuevo estilo de vida especial a través de la reflexión, que tenía un aspecto mucho más personal que en el caso de los hombres. Ese elemento propio en las mujeres era también una especie de clarividencia, aunque difería de la magia volitiva de los hombres. Anímicamente, la mujer era accesible a otro tipo de poderes espirituales que apelaban más al elemento afectivo del alma y menos al espiritual, al que estaba sujeto el hombre. Por ello, emanaba de los hombres un efecto más divino-natural y de las mujeres otro más divino-anímico.

La evolución, por la que pasó la mujer durante el período lemur, desembocó en el ejercicio de un importante papel dado al sexo femenino en la siguiente raza-raíz, la atlante. Esa siguiente raza apareció bajo la influencia de entidades altamente desarrolladas, familiarizadas con las leyes de la formación de razas y capaces de guiar las fuerzas de la naturaleza humana existentes, por senderos que podían dar a luz una

nueva raza. De dichos seres hablaremos más tarde; por el momento, bástenos decir que poseían un poder y una sabiduría sobre-humanos. Lo que hicieron fue apartar un pequeño grupo de seres humanos de la humanidad lemur y los destinaron a convertirse en antecesores de la siguiente raza atlante. El lugar donde se aislaron se hallaba en la zona tropical. Bajo su guía, los miembros de ese grupo eran instruidos en el control de las fuerzas naturales. Eran muy vigorosos y sabían cómo conseguir los más diversos tesoros de la Tierra. Podían cultivar los campos y usar sus frutos para subsistir y se habían hecho de fuerte voluntad, por medio de la disciplina a la que habían estado sometidos. El alma y el corazón los tenían poco desarrollados, lo cual no sucedía con las mujeres, que poseían una elevada fantasía y memoria y todo lo que con ellas se relaciona.

Los guías, antes mencionados, hicieron que el grupo se dividiera en grupos más pequeños. Hicieron que las mujeres se encargaran de ordenar y establecer dichas comunidades. Gracias a la memoria que poseía, la mujer había adquirido la capacidad de hacer útiles las experiencias y aventuras del pasado. Lo que había sido útil ayer lo aprovechó hoy y comprendió que sería útil mañana.

Por ello, emanaron de ella las instituciones para la vida comunitaria, y también por ella se desarrollaron los conceptos de "bien" y "mal", puesto que su vida reflexiva le había dado una comprensión de la naturaleza. Observando la naturaleza, la mujer desarrollaba ideas en su interior con las que dirigía las acciones de los hombres.

Los guías lo habían organizado todo de tal manera que, por medio del alma femenina, se ennoblecía y refinaba la naturaleza volitiva y la fuerza vigorosa del hombre.

Está claro que hemos de imaginarnos todo esto como inicios casi infantiles. Las palabras de nuestra lengua evocan con demasiada facilidad, representaciones extraídas de la vida actual.

A través del alma despierta de las mujeres, los guías comenzaron a desarrollar la vida anímica de los hombres.

En la colonia que hemos descrito, la influencia de las mujeres fue, pues, enorme. Había que recurrir a ellas para consulta cuando se quería interpretar los signos de la naturaleza. Todo el carácter de la vida del alma femenina, estaba, no obstante, dominado todavía por las fuerzas anímicas "ocultas" del ser humano. No describimos con exactitud ese estado de cosas, sino sólo aproximadamente, si hablamos de contemplación sonámbula en aquellas mujeres. En algunos sueños elevados se les transmitían los secretos de la naturaleza y recibían de ellos los impulsos para su acción. Para ellas, todo tenía alma y se les aparecía en potencias y apariciones anímicas. Ellas se abandonaban al misterioso tejer de las fuerzas anímicas y lo que les impelía a actuar

eran las "voces interiores" de lo que les decían las plantas, los animales, las piedras, las rocas, las nubes, el susurro de los árboles, etc.

De ese estado del alma surgió lo que luego llamamos "religión".

Paulatinamente fue llegando a venerarse y a adorarse lo espiritual en la naturaleza y en la vida humana.

Algunas mujeres lograron una cierta supremacía, porque podían interpretar lo que contenía el mundo, partiendo de especiales profundidades misteriosas.

De ello pudo resultar, que lo que vivía en el interior de dichas mujeres podía convertirse en una especie de lenguaje natural. Porque el inicio del lenguaje se halla en un elemento semejante al canto. La fuerza del pensamiento se transformaba en sonido audible y el ritmo interior de la naturaleza resonaba desde los labios de las mujeres "sabias". La gente solía reunirse alrededor de esas mujeres y en sus frases, semejantes al canto, sentían las expresiones de poderes superiores. Con esas cosas empezó la adoración de los dioses.

En ese período, no se puede hablar de "significado" en lo que se hablaba. Lo que se percibía era sonido, tono y ritmo, y no se pensaba en relacionar otras cosas con ellos; sencillamente uno absorbía en el alma el poder de lo que se oía. Todo el proceso se hallaba bajo la dirección de los guías superiores, que inspiraban a las sacerdotisas sabias, con tonos y ritmos de un modo que aquí no podemos seguir explicando. Ello tenía un efecto ennoblecedor en las almas de los hombres. Podría decirse que de ese modo comenzó a despertarse la verdadera vida anímica.

En este campo pueden verse hermosas escenas en la Crónica del Akasha. Imaginémonos una de ellas: Nos hallamos en un bosque, cerca de un árbol gigantesco, el Sol acaba de salir por el este. El árbol, semejante a una palmera se eleva solitario porque los de su inmediato alrededor han sido arrancados y proyecta grandes sombras. La sacerdotisa mira hacia el oriente, en éxtasis, y está sentada sobre un sitial hecho de extraños objetos y plantas. Poco a poco, y en secuencia rítmica, surgen sonidos repetidos de sus labios. Una serie de hombres y mujeres se hallan sentados en círculo a su alrededor, sus rostros inmersos en sueños absorben vida interior de aquello que están oyendo. Pueden verse otro tipo de escenas: En un lugar, arreglado de modo similar, una sacerdotisa canta de forma parecida, pero sus tonos tienen algo más poderoso, más potente. Los que la rodean se mueven en danzas rítmicas.

Porque esa fue otra de las maneras por las que penetró el alma en la humanidad. Los misteriosos ritmos de la naturaleza que uno oía eran imitados por los movimientos de las extremidades. Con ello uno se sentía unido con la naturaleza y los poderes que en ella actúan.

El lugar de la Tierra en que se desarrollaba este grupo preparador de la futura raza estaba adecuado para ese fin. Eran lugares donde la Tierra

aún turbulenta se había hecho relativamente calma. Y es que la Lemuria era turbulenta; en realidad la Tierra de entonces carecía de la densidad que sólo más tarde llegaría a poseer. El *terrenal* aún de escaso grosor, se hallaba socavado por fuerzas volcánicas que se abrían paso en corrientes mayores o menores. Existían poderosos volcanes por todas partes y se producía en ellos una continua actividad destructora que los hombres estaban acostumbrados a contar con esa ígnea actividad en todo lo que hacían y también utilizaban ese fuego en sus labores y medios. En sus ocupaciones, con frecuencia hacían uso del fuego, como lo hacemos hoy entre nosotros con el fuego artificial.

Fue esa actividad del fuego volcánico que acabó destruyendo la Lemuria. La parte de la Lemuria desde la cual se iba a desarrollar la raza paterna de los atlantes, tenía un clima cálido y se hallaba libre de actividad volcánica.

La naturaleza humana se pudo desarrollar con más calma y paz en esos lugares que en otras regiones de la Tierra. Se abandonó la vida más nómada de tiempos anteriores y se hicieron más numerosos los establecimientos fijos.

Hemos de tener en cuenta que en aquella época, el cuerpo humano era aún muy moldeable y plástico; todavía cambiaba de forma cuando la vida interior se modificaba.

No mucho antes, los hombres habían sido muy distintos en su forma exterior. En aquella época, la influencia externa de la región y del clima eran decisivos con respecto a su forma. Sólo en la colonia descrita, el cuerpo humano se convirtió cada vez más en expresión de su vida anímica interior. Y esa colonia tuvo una raza humana más avanzada y externamente mejor formada.

Podríamos decir que, por la actividad que desplegaron, los guías habían creado por primera vez lo que realmente es la forma humana. Eso se produjo paulatinamente y de tal modo que primero se desarrolló la vida anímica humana y luego se adaptó a ella el cuerpo aún blando y maleable. Es una ley evolutiva de la humanidad el que, a medida que sigue el progreso, el hombre vaya perdiendo su influencia moldeadora sobre su cuerpo físico. Ese cuerpo físico humano recibió una forma relativamente invariable sólo cuando se desarrolló la facultad de la razón y se produjo el endurecimiento de las formaciones rocosas, minerales y metalíferas de la Tierra, vinculadas con ese desarrollo; puesto que en el período lemure incluso en el atlante, las piedras y los metales eran mucho más blandos que hoy.

Eso no es óbice para que existan descendientes de los últimos lemures y atlantes, que muestran hoy formas tan fijas como las de las razas humanas que se formaron más tarde. Esos remanentes, tuvieron que adaptarse a las distintas condiciones ambientales de la Tierra y por ello se hicieron más rígidos. Y esa es precisamente la razón de su

decadencia. No se transformaron desde dentro, sino que su interior, menos desarrollado, fue obligado a endurecerse por influencia externa y forzado a estancarse.

Ese estancamiento es en realidad un retroceso, porque la vida interna también degeneró, al no poder realizarse dentro de la rígida estructura corpórea exterior.

La vida animal estaba sujeta a una variabilidad aún mayor. Más tarde hablaremos sobre las especies animales que existían entonces, mientras se desarrollaba el hombre y sobre el origen de dichas especies, así como del desarrollo de nuevas formas animales, después de que ya existiera el hombre. Aquí nos limitaremos a decir que las especies animales entonces existentes, se iban transformando constantemente, desarrollándose nuevas a su vez. Esa metamorfosis era gradual y se debía parcialmente al cambio de hábitat y al modo de vida. Los animales poseían una capacidad de adaptación a nuevas condiciones, extraordinariamente rápida. El cuerpo maleable modificaba sus órganos con relativa velocidad, de tal modo que en un tiempo más o menos breve, los descendientes de una especie particular se parecían muy poco sus antecesores. Lo mismo sucedía, y aún en mayor medida, con las plantas. Lo que ejercía mayor influencia: en la transformación de hombres y animales era el hombre mismo; y eso lo hacía llevando instintivamente ciertos organismos a un medio ambiente distinto, donde asumían ciertas formas, o realizando experimentos de hibridación. La influencia transformadora del hombre sobre la naturaleza era enorme entonces, si la comparamos con las actuales condiciones. Y eso era especialmente intenso en la colonia descrita, porque los guías dirigían en ella esa transformación de un modo del que los hombres no eran conscientes. Esto hizo que, al abandonar la colonia para fundar las diferentes razas atlantes, los hombres pudieran llevar consigo un elevado conocimiento de la hibridación de animales y plantas. La labor cultivadora en la Atlántida fue una consecuencia del conocimiento adquirido así. No obstante, hemos de recalcar también que ese conocimiento era de carácter instintivo y que en ese estado, permaneció esencialmente a lo largo de las primeras razas atlantes.

La supremacía del alma femenina, ya descrita, fue especialmente fuerte en el último período lemur y se prolongó a épocas atlantes, durante las que se iba preparando la cuarta sub-raza. No hemos de imaginarnos, sin embargo, que eso sucediera con toda la humanidad, sino sólo con aquella parte de la población terrestre de la que surgieron más tarde las razas verdaderamente avanzadas.

Esa influencia ejerció el máximo efecto en todo lo que es "inconsciente" en el hombre. El desarrollo de ciertos gestos repetidos, los refinamientos de la percepción sensoria, el sentimiento de la belleza, una gran parte de la vida sensorial y afectiva, común a todos los seres

humanos, surgieron originalmente de la influencia espiritual de la mujer. No exageramos al interpretar los registros de la Crónica Akáshica, diciendo: "las naciones civilizadas tienen una forma y expresión corporales, y ciertos fundamentos de una vida físico-anímica, que fue grabada en ellas por las mujeres".

En el próximo capítulo retrocederemos a períodos anteriores de la evolución humana, en los que la población terrestre todavía tenía un solo sexo y hablaremos de la formación de los dos sexos.

CAPITULO VI

LA SEPARACIÓN DE LOS SEXOS

En épocas lejanas, evocadas en los precedentes extractos de la "Crónica del Akasha", la forma de los humanos era muy diferente de la nuestra. Si se retrocede más lejos en la historia de la humanidad, se encuentran condiciones todavía mucho más distintas. En efecto, las formas del hombre y la mujer han nacido con el tiempo, a partir de una forma original antigua en la que el ser humano no era ni hombre ni mujer, sino las dos a la vez. Para hacerse una idea de este pasado tan remoto, es preciso liberarse de las representaciones habituales sacadas de lo que vemos a nuestro alrededor. Los tiempos hacia los que nos lleva nuestra mirada se sitúan poco antes de la mitad de la época que hemos denominado, en los relatos precedentes, época lemur. Entonces el ser humano se componía de sustancias blandas y maleables. Estas mismas características se aplicaban también a las otras formaciones terrestres. Comparada a su forma ulterior solidificada, la Tierra sólo conocía un estado líquido y fluido.

Encarnando en la materia, el alma humana pudo adaptar esta materia a sus propias necesidades, mucho mejor de lo que lo haría más tarde. La elección por el alma de un cuerpo masculino o femenino dependía de la naturaleza terrestre exterior, que en el estado de su desarrollo de entonces, le imponía lo uno o lo otro. Mientras las sustancias no se habían aún solidificado, el alma podía imponerles sus propias leyes. Imprimía en el cuerpo su voluntad sobre la naturaleza. Pero cuando la materia fue más densa, el alma tuvo que doblegarse ante las leyes que la naturaleza terrestre exterior imprimía a esta materia.

Mientras el alma estaba aún en condiciones de dominar la materia, modelaba su cuerpo sin diferenciarlo en masculino o femenino; le confiaba facultades comunes a ambos. En efecto, el alma es al mismo tiempo masculina y femenina. Contiene las dos naturalezas. Su elemento masculino está emparentado con 10 que se llama *voluntad*, y su elemento femenino con lo que se denomina *representación*. Las fuerzas vivas exteriores de la Tierra son responsables de la formación unilateral del cuerpo.

El del hombre ha tomado una forma que está determinada por el elemento volitivo, mientras que el de la mujer lleva más bien la impronta de la representación. Esto explica que el alma bisexuada masculino-femenina habite un cuerpo unisexuado masculino o femenino. A lo largo de la evolución, el cuerpo había adoptado una forma determinada por las fuerzas terrestres exteriores, de manera que al alma ya no le era posible verter en ese cuerpo toda su fuerza interior.

Tuvo que conservar en el interior algo de su propia fuerza, y por ello sólo le pudo transmitir al cuerpo una parte.

Siguiendo la Crónica del Akasha aún puede verse lo siguiente. En una época muy remota encontramos formas humanas blandas y maleables, muy diferentes de lo que serán más tarde. La naturaleza masculina y la naturaleza femenina coexisten aún en armonía. Luego, las sustancias se vuelven más densas y el cuerpo humano presenta dos aspectos distintos, uno que empieza a parecerse a la futura forma masculina, y el otro a la futura forma femenina. Mientras esta distinción no era efectiva, cada ser humano podía engendrar a otro. La fecundación no era un proceso exterior, sino algo que se desarrollaba en el seno mismo del cuerpo humano. Con la separación de los sexos en masculino y femenino, el cuerpo perdió la facultad de auto-fecundación. Para engendrar un nuevo ser humano, debía cooperar con otro cuerpo. La separación de los sexos apareció en el momento en que la Tierra alcanzó un cierto grado de solidificación.

La densidad de la sustancia dificulta parcialmente la fuerza de reproducción. Y la parte de esa fuerza que permanece activa, necesita ser completada desde afuera, por la fuerza opuesta proveniente de otro ser humano.

El alma, por el contrario, tanto en el hombre como en la mujer, debe conservar en ella una parte de su antigua fuerza. No puede utilizarla exteriormente en el mundo físico. Esta parte de fuerza se dirige hacia el interior del ser humano. No puede manifestarse hacia afuera, y por ello es libre para actuar sobre los órganos interiores.

Alcanzamos aquí un punto capital del desarrollo de la humanidad. Precedentemente, lo que se denomina espíritu, la facultad de pensar, no había participado en el seno mismo del hombre. En efecto, esta facultad no habría encontrado ningún órgano que le permitiera manifestarse. El alma había entonces dirigido toda su fuerza hacia el exterior para edificar el cuerpo. Al no tener ya ninguna utilidad en el exterior, la fuerza del alma pudo ahora entrar en contacto con la del espíritu; esta unión engendra en el interior del cuerpo los órganos que harán del ser humano un ser pensante. Es así como el ser humano pudo poner al servicio de su propio perfeccionamiento, una parte de la fuerza que utilizaba anteriormente para la procreación. La fuerza de que se sirve la humanidad para formar el cerebro, instrumento de su actividad pensante, es la misma que, en el pasado, servía para la auto-fecundación. El pensar ha sido adquirido al precio de la unisexualidad. Los seres humanos, pasando de la auto-fecundación a la fecundación ajena, pueden dirigir una parte de su fuerza reproductora hacia el interior y de esa manera convertirse en seres pensantes. Así, el cuerpo masculino y el cuerpo femenino representan exteriormente cada uno,

una forma imperfecta del alma, pero por ello se convierten en su interioridad en *seres* más perfectos.

Este cambio en el ser humano se produjo muy lentamente y muy progresivamente. Al lado de la forma humana bisexuada, aparecieron poco a poco las formas unisexuadas más recientes.

Lo que se lleva a cabo en el momento en que el hombre se convierte en un ser espiritual, corresponde nuevamente a una especie de fecundación. Los órganos interiores que pueden ser elaborados por la fuerza excedente del alma, son fecundados por el espíritu. El alma, como tal, tiene una doble naturaleza masculino-femenina.

Igualmente, sobre esta base edificaba antes su cuerpo.

Luego, sólo pudo modelar su cuerpo asociándose a otro cuerpo, al menos en el aspecto exterior de las cosas. El alma adquiere así la facultad de colaborar con el espíritu.

En lo referente a la vida exterior, el hombre conocerá en lo sucesivo una fecundación proveniente del exterior; en cuanto a su vida interior, será fecundado desde dentro por el espíritu. Puede entonces decirse que el cuerpo masculino tiene un alma femenina, y el cuerpo femenino un alma masculina. Este aspecto unilateral de la vida interior en el ser humano, encuentra su equilibrio gracias a la fecundación procedente del espíritu. El carácter exclusivo es así neutralizado. El alma masculina en el cuerpo femenino y el alma femenina en el cuerpo masculino, recuperan ambas el carácter bisexuado, y lo deben a la fecundación por el espíritu. En su forma exterior, hombre y mujer son diferentes; desde el punto de vista interior, el aspecto unilateral de la vida del alma en uno y otro, conforma una armonía perfecta. En el interior, espíritu y alma se confunden en un todo, se convierten en uno. Sobre el alma masculina de la mujer, el espíritu actúa de manera femenina y la vuelve así masculino-femenina; sobre el alma femenina del hombre, el espíritu actúa de manera masculina y la vuelve igualmente masculino-femenina. La bisexualidad que existía en los tiempos pre-lemures se ha retirado del exterior para instalarse en el interior del ser humano, Se constata, pues, que la interioridad superior del ser humano no tiene nada que ver con el hombre y la mujer.

No obstante, esta igualdad interna se explica por el alma masculina de la mujer y el alma femenina del hombre. La unión con el espíritu conduce finalmente al equilibrio.

Sin embargo, la existencia de una diversificación, antes de haberse conseguido este equilibrio, constituye un hecho que pone de relieve el *misterio* de la naturaleza humana. El conocimiento de este secreto es capital para toda ciencia oculta, pues contiene la llave de importantes enigmas de la vida. *Por el momento no está permitido levantar el velo que recubre este misterio.*

Así es, pues, cómo el ser humano físico pasó de la bisexualidad a la unisexualidad; cómo llegó la diferenciación entre mujer y hombre. Esto también explica que se haya convertido en el ser espiritual que conocemos.

Sin embargo, no debe creerse que antes de esto no hubieran existido lazos entre entidades inteligentes y la Tierra.

Observando la Crónica del Akasha se constata, es cierto, que durante los primeros tiempos de la Lemuria, el futuro hombre físico era, por su bisexualidad, un ser muy diferente de lo que se entiende actualmente bajo la denominación de ser humano. No sabía ligar las percepciones sensibles y el pensamiento: no pensaba. La vida era por completo impulsiva. Su alma sólo se manifestaba en los instintos, las apetencias, el deseo animal, etc.... La conciencia tenía un carácter de *sueño*; vivía en un estado *crepuscular*.

Pero todavía existían otros seres en el seno de esta humanidad.

Evidentemente, también eran bisexuados, pues teniendo en cuenta el estado de evolución alcanzado por la Tierra, no era posible engendrar un cuerpo humano únicamente femenino o masculino. Las condiciones exteriores no se prestaban a ello todavía. Sin embargo, existían otros seres, seres que, a pesar de su bisexualidad, podían acceder al conocimiento y a la sabiduría.

Esto se explica por el hecho de que habían seguido, en un pasado más remoto todavía, una evolución de distinto tipo. Sin esperar a que se hubieran desarrollado los órganos interiores del cuerpo físico, sus almas estuvieron capacitadas para ser fecundadas por el espíritu. El alma del ser humano actual, necesita el cerebro físico para reflexionar en las impresiones que los sentidos físicos reciben del exterior. Este es el resultado normal del desarrollo del alma humana. Tuvo que esperar a que existiera un cerebro que pudiera servir de mediador con el espíritu. Sin este rodeo, *esta* alma habría quedado privada de espíritu. Habría permanecido en el estadio de la conciencia de sueño. Muy diferente era la situación de los seres sobrehumanos de los que hemos hablado. En otras circunstancias más antiguas, su alma había desarrollado órganos psíquicos sin tener necesidad de ningún soporte físico para comunicar con el espíritu. Su conocimiento y su sabiduría eran una adquisición *suprasensible*.

Es lo que se llama un conocimiento intuitivo. El ser humano actual no alcanzará este tipo de intuiciones hasta más tarde, cuando haya accedido a un grado de su evolución, que le permita contactar el espíritu sin necesitar una mediación sensible. Debe sumergirse en el mundo sensible y hacer este rodeo que se llama la caída del alma humana en la materia, o en términos populares "el pecado original". Habiendo conocido en el pasado una evolución de otro tipo, las naturalezas sobrehumanas no tuvieron que participar en este descenso. Por el hecho

de que su alma había alcanzado ya un nivel superior, su conciencia no era crepuscular, sino interiormente clara. Accedían al conocimiento y a la sabiduría mediante la *clarividencia*; no precisaban ni órganos de los sentidos ni órganos del pensamiento. La sabiduría que había modelado el mundo irradiaba directamente en su alma.

Esto les permitía ser los guías de esta joven humanidad aún en estado de conciencia crepuscular. Eran portadores de una "sabiduría muy antigua", a cuya comprensión la humanidad debía acceder tomando esta vía indirecta.

Su única diferencia con relación a los que se denomina seres humanos; consistía en el hecho de que la sabiduría les llegaba como un don libre procedente de lo alto, a semejanza de los rayos del Sol que se vierten en nosotros.

El ser humano estaba en una situación diferente.

Debía adquirir la sabiduría mediante el trabajo de sus sentidos y de su pensamiento. En un primer tiempo, esta sabiduría no le llegó como un don libre. Debía *desearla*.

Primero es preciso que el hombre desee esta sabiduría; luego podía apropiársela por medio de sus sentidos y de su órgano del pensar. Un nuevo instinto tuvo, pues, que despertarse en el alma: el deseo, *el anhelo de conocimiento*.

Esta aspiración, el alma humana no había podido tener la en el curso de las precedentes etapas de su evolución. Sus impulsos sólo se dirigían entonces a engendrar formas exteriores que expresaban el estado crepuscular de la vida interior; el deseo de conocer el mundo exterior y de acceder al saber no se había despertado todavía. Fue necesaria la separación de sexos para que se manifestara la necesidad de conocimiento.

A los seres sobrehumanos la sabiduría se les manifestó a través de la clarividencia, precisamente porque no cultivaban este deseo. Esperaban que esta sabiduría se vertiera en ellos, al igual como nosotros esperamos la luz del Sol que nosotros mismos no podemos hacer aparecer durante la noche, pero que nos ilumina cada mañana. La necesidad de conocimiento proviene del hecho de que el alma elabora órganos internos (cerebro, etc....) que le permiten acceder al saber. En efecto, la fuerza del alma se desvía parcialmente del exterior para obrar en el interior.

Los seres sobrehumanos, por el contrario, no han realizado esta separación de fuerzas del alma; dirigen toda la energía de su alma hacia afuera. Para fecundar por el espíritu el mundo exterior disponen, pues, de la misma fuerza que "el ser humano" dirige hacia el interior, para construir los órganos de conocimiento. La fuerza gracias a la cual el ser humano se vuelve hacia el exterior, para colaborar con *el prójimo*, es *el amor*. Los seres sobrehumanos dirigen todo su *amor* hacia el exterior a

fin de permitir que la sabiduría universal se vierta en su alma. "El ser humano" sólo puede dirigir una parte de sus fuerzas hacia el exterior. Se ha convertido en un ser sensible, y su amor también se ha vuelto sensible. Sustrae al mundo exterior una parte de su ser, para consagrarla a la construcción de su mundo interior. Esto corresponde a lo que se denomina *egoísmo*. Cuando "el ser humano" llegó, en su cuerpo físico, a hombre o a mujer, sólo pudo consagrar a otros una parte de su ser; con la otra parte se aisló de su entorno. Se volvió egoísta. No sólo toda su acción dirigida al exterior se volvió egoísta, sino también su aspiración tendiente a un desarrollo interior. Amaba porque exigía ser satisfecho, y pensaba, porque también en ello buscaba satisfacción, era impulsado por el deseo de saber. Los guías, estos seres sobrehumanos de naturaleza desinteresada y llenos de amor, estaban confrontados al ser humano pueril y egoísta. El alma de esas entidades superiores no habitan en un cuerpo de hombre o de mujer; ella misma es masculino-femenina. Su amor no procede de un deseo. Antes de la separación de sexos, el alma inocente del ser humano amaba de la misma manera; pero como se encontraba todavía en un grado inferior de su evolución -el de conciencia de sueño- no podía *conocer*. El alma de los seres sobrehumanos ama de la misma forma; sin embargo puede *conocer* porque ha alcanzado un grado avanzado de su desarrollo. El ser humano debe pasar por el egoísmo para luego, en un nivel superior, reencontrar una actitud desinteresada, pero entonces en plena conciencia lúcida.

La tarea de los seres sobrehumanos, de los grandes guías, consistía en imprimir en el joven ser humano, aquello que los caracterizaba: el amor. Sólo podían hacerla en aquella parte de la fuerza del alma orientada hacia el exterior. Esto engendró el *amor físico*, que es el corolario de la actividad del alma en un cuerpo masculino o femenino. El amor físico se convierte en la fuerza de la evolución humana sobre la Tierra. Este amor reúne al hombre y a la mujer en tanto que seres físicos, y de este amor depende la progresión de la humanidad terrestre.

Las entidades sobrehumanas sólo tenían el dominio sobre este amor. La otra parte de la actividad del alma humana, la que está dirigida hacia el interior, y que mediante el rodeo de la experiencia sensible debe aportar el conocimiento, escapa de la influencia de estos seres sobrehumanos. Ellos mismos no se habían encarnado nunca hasta desarrollar los órganos interiores correspondientes.

Su instinto dirigido hacia el exterior, podían revestirlo de amor, porque este amor dirigido al exterior, formaba parte de su naturaleza profunda. Esto creó un abismo entre ellos y la humanidad nueva. Pudieron conferir el amor al ser humano bajo la forma física, pero eran incapaces de darles el conocimiento, ya que su propio conocimiento no había transitado jamás por los órganos interiores, que son atributo exclusivo

del ser humano. No sabían servirse de un lenguaje, que hubiera podido comprender un ser dotado de cerebro.

Los órganos interiores del ser humano, en el nivel de la existencia terrestre situada hacia la mitad de la época Lemur, estuvieron ya maduros para comunicar con el espíritu; en un estadio de evolución mucho más antiguo, habían sido formados ya una vez, muy imperfectamente.

Pues en tiempos muy remotos el alma había transitado por encarnaciones físicas. Había habitado una sustancia densa, no sobre la Tierra sino sobre otros cuerpos celestes.

Las precisiones sobre este tema sólo podrán darse más adelante. Por el momento podemos decir que los seres terrestres vivieron antiguamente sobre un planeta en el que, habida cuenta las condiciones de entonces, se desarrollaron hasta el nivel que tenían cuando llegaron a la Tierra. Se despojaron de las sustancias de este precedente planeta, al igual que se desestima un vestido, y por ello se convirtieron, en este nivel de su evolución, en meros núcleos anímicos dotados de sensibilidad, de sentimiento, etc., capaces de llevar este tipo de vida crepuscular, que les era propio aún en los primeros estadios de su existencia terrestre. Las entidades sobrehumanas de las que hemos hablado, los guías en el dominio del amor, han ya alcanzado, en el planeta precedente, tal grado de perfección que ya no tuvieron que descender para venir a desarrollar los fundamentos conducentes a la formación de órganos interiores.

Existían todavía otros seres, no tan avanzados como estos guías del amor, pero que, en el planeta precedente, formaban parte de "los seres humanos", si bien eran sus precursores. Al inicio de la formación terrestre, habían ciertamente avanzado más que el ser humano, pero permanecían igualmente en un estadio en el que, el acto de conocimiento, requiere órganos interiores. Estos seres estaban en una situación particular.

Estaban ya muy avanzados para tener que pasar por un cuerpo físico humano, masculino o femenino, pero no lo suficiente todavía, para poder actuar en total clarividencia como los guías del amor. No eran todavía *seres de amor* y tampoco podían ser "seres humanos". En tanto que semi-super-hombres sólo les quedaba la posibilidad de continuar su desarrollo; pero con la ayuda del ser humano. Sabían dirigirse a los seres dotados de un cerebro, en un lenguaje que pudieran entender. Así se estimuló esta fuerza del alma humana, dirigida hacia el interior y que pudo unirse al conocimiento y a la sabiduría.

Sólo entonces la sabiduría propia del ser humano llegó a encarnar sobre la Tierra. Estos "semi-superhombres" pudieron alimentarse de esta sabiduría humana, para acceder a su vez, al perfeccionamiento que aún necesitaban. Se convirtieron, pues, en los estimuladores de la sabiduría humana. Por ello, se les llama *portadores de luz* (Lucifer). La humanidad

tenía, pues, en sus inicios, dos clases de guías: los Seres de Amor y los Seres de Sabiduría. Cuando tomó su forma actual la Tierra, la naturaleza humana se encontró situada entre el amor y la sabiduría. Por los Seres de Amor fue estimulada en su desarrollo físico; por los Seres de Sabiduría en el perfeccionamiento de su ser *íntimo*. Por su desarrollo físico la humanidad progresa de generación en generación, forma nuevos pueblos y nuevas razas; por su desarrollo interior, los individuos avanzan hacia una vida interior cada vez más perfecta, se vuelven sabios, juiciosos, artistas, técnicos, etc. La humanidad física progresa de raza en raza, cada una transmitiendo a las siguientes, gracias al desarrollo físico, sus cualidades perceptibles por los sentidos. Aquí sólo cuenta la ley de la herencia. Los niños llevan en ellos las características físicas de sus padres.

Aparte de esto, existe un perfeccionamiento de naturaleza espiritual y psíquica, que sólo puede tener lugar con la evolución del alma misma. Con esto, hemos llegado a la ley del desarrollo del alma, en el seno de la existencia terrestre. Este desarrollo está ligado a la ley y al misterio del *nacimiento* y de la *muerte*.

CAPITULO VII

LOS ÚLTIMOS PERÍODOS ANTES DE LA DIVISIÓN DE LOS SEXOS

Describiremos ahora el estado en que se hallaba el hombre antes de su división en hombre y mujer. En esa época, el cuerpo era una masa blanda y maleable; la voluntad tenía mayor poder sobre esa masa de lo que tendría posteriormente.

Cuando el hombre se separaba de su entidad paterna, aparecía como un organismo verdaderamente articulado pero incompleto. El desarrollo ulterior de los órganos tenía lugar fuera de la entidad paterna. Mucho de lo que más tarde maduraría dentro del organismo de la madre, en aquel período se completaba fuera de él, gracias a una fuerza afín a nuestro poder volitivo, Para que se produjera esa maduración externa era necesario el cuidado del antecesor. El hombre venía al mundo con órganos que luego desechaba, mientras que otros, muy incompletos en el nacimiento, se desarrollaban mucho después. Todo el proceso se asemejaba al surgimiento de una forma de huevo y el desechamiento de la cáscara de ese huevo, pero no hemos de imaginarnos una cáscara sólida.

El cuerpo humano era de sangre caliente, lo cual es importante constatar, porque en épocas aún anteriores era distinto. La maduración que tenía lugar fuera del organismo materno se producía gracias a un calor intensificado que procedía también del exterior. Mas no pensemos que el hombre-huevo, como le llamaremos para abreviar, fuera incubado. Las condiciones de calor y fuego en la Tierra, en aquella época, eran distintas de lo que serían más tarde. Con sus poderes, el hombre podía confinar el fuego o el calor a determinados sitios. Podía, digamos, contraer, concentrar el calor y con ello suministrar al joven organismo, la temperatura que necesitaba para su maduración. Los órganos más desarrollados del hombre en aquella época eran los motores, mientras que los órganos sensorios actuales estaban aún sin desarrollar. Entre ellos, no obstante, los más avanzados eran los órganos del oído, el de la percepción del frío y del calor (el sentido del tacto).

La percepción de la luz estaba muy retrasada. El hombre vino al mundo con los sentidos del oído y del tacto; la percepción de la luz se desarrolló más tarde.

Todo lo que aquí se dice se refiere a los últimos períodos antes de la división en sexos. Esta división se produjo lenta y gradualmente. Mucho antes de que eso ocurriera, los seres humanos ya se desarrollaban de tal modo que un individuo nacía con características más masculinas y otro más femeninas. Pero cada ser humano poseía también las características sexuales opuestas, de modo que era posible la

autofecundación. Esta, no obstante, no se producía siempre, porque dependía de la influencia de factores externos en determinadas estaciones. Con respecto a muchas cosas, el hombre dependía mucho de factores exteriores. Por eso tenía que regular todas sus instituciones, de acuerdo con dichas condiciones exteriores, por ejemplo, siguiendo el curso del Sol y de la Luna.

Pero esa regulación no sucedía conscientemente en el sentido moderno; se realizaba más bien de un modo que podríamos llamar instintivo.

Entramos así a hablar de la vida anímica del hombre en aquella época.

No podemos calificar esa vida anímica como verdadera vida interior.

Porque las actividades y cualidades físicas y anímicas no se hallaban todavía estrictamente separadas.

El alma percibía todavía la vida externa de la naturaleza.

Cada distorsión en el entorno actuaba poderosamente, en especial, sobre el sentido auditivo. Cada modificación del aire, cada movimiento, era "oído". En sus movimientos, el aire y el agua le comunicaban un "lenguaje hablado" al hombre. De esa manera penetraba en él una percepción de la misteriosa actividad de la naturaleza, que luego reverberaba en su alma. Su propia actividad era un eco de esas impresiones. El transformaba las percepciones sonoras en actividad propia y vivía entre esos movimientos tonales, expresándolos luego por su voluntad. De esa manera se sentía impelido a todas sus actividades diarias.

En un grado algo menor se hallaba influenciado por aquello que afecta al tacto, pero que también desempeñaba un importante rol. El hombre "sentía" el entorno en su cuerpo y actuaba en consecuencia. Según lo que captaba con el tacto, podía decir cuándo había de actuar cuándo no, y cuándo debía descansar. Con ello reconocía y evitaba los peligros que amenazaban su vida y de acuerdo con esas influencias regulaba su ingestión de alimentos.

El resto de la vida anímica seguía un curso muy distinto al de épocas posteriores. En el alma, vivían imágenes de los objetos externos, no representaciones. Por ejemplo, cuando un hombre entraba en un lugar cálido, después de haber estado en otro más frío surgía en su alma una imagen cromática. Pero esa imagen en color no tenía nada que ver con ningún objeto externo, pues surgía de una fuerza interior emparentada con la voluntad. Esas imágenes llenaban constantemente el alma y sólo son comparables con las fluctuantes imágenes oníricas del hombre. En aquel entonces las imágenes no eran desordenadas, sino que seguían ciertas leyes. Por esa razón, en esa etapa de la humanidad, se habría de hablar de una conciencia en imágenes y no de conciencia onírica. Lo que más llenaba esa conciencia eran las imágenes cromáticas, pero no eran las únicas. El hombre se desplazaba por el mundo y por su oído y tacto, participaba en sus acontecimientos, pero en su vida anímica, ese mundo

se reflejaba en imágenes distintas a lo que existía en el mundo externo. La alegría y el dolor estaban asociados con las imágenes anímicas, mucho menos de lo que lo están hoy nuestras representaciones que reflejan percepciones del mundo externo. Si bien es cierto que una imagen despertaba felicidad, otra displacer, otra odio y otra amor, esos sentimientos tenían un carácter mucho más débil.

Por otra parte, los sentimientos fuertes eran despertados por otras cosas. En aquellas épocas, el hombre era mucho más activo que después. Todo lo que le circundaba y también las imágenes en el interior de su alma, le estimulaban a la actividad, al movimiento. Cuando esa actividad podía llevarse a cabo sin obstáculos, el hombre sentía placer, pero si esa actividad era refrenada de una forma u otra, sentía displacer e incomodidad. La ausencia o presencia de obstáculos a su voluntad, era lo que determinaba el contenido de sus sensaciones, su gozo y su dolor. Esa alegría o ese dolor volvían a descargarse a su vez en su alma en un mundo de imágenes vivas. En su interior vivían imágenes luminosas, claras y bellas cuando podía sentirse completamente libre en sus acciones; imágenes oscuras y desagradables surgían en su alma cuando se reprimían sus movimientos.

Hasta ahora hemos descrito el hombre medio, porque entre aquellos que se habían convertido en una especie de seres sobrehumanos, la vida anímica era distinta. Esta no tenía un carácter instintivo, pues a través de sus sentidos del oído y del tacto percibían profundos misterios de la naturaleza que podían interpretar conscientemente. En el rugir del viento, en el susurro de los árboles, se le develaban las leyes, la sabiduría de la naturaleza. Las imágenes en el interior de su alma no representaban meros reflejos del mundo externo, sino semejanzas de los poderes espirituales del mundo. No percibían objetos sensorios, sino entidades espirituales.

El hombre común vivenciaba, por ejemplo, temor, y surgía una imagen fea y oscura en su alma; pero el ser sobrehumano, con dichas imágenes, recibía información y revelaciones de las entidades suprasensibles. Los procesos de la naturaleza no se le aparecían motivados por las leyes inanimadas de la naturaleza, como lo hacen hoy para el científico, sino como acciones de seres espirituales.

La realidad externa no existía, porque no había sentidos externos, pero la realidad espiritual le era accesible a esos seres superiores. El espíritu brillaba en ellos, como el Sol brilla en los ojos físicos del hombre de hoy. En esos seres, a la cognición podríamos llamarla " conocimiento intuitivo" en su pleno sentido. Para ellos no existía el asociar y especular, sino la percepción inmediata de la actividad de seres espirituales. Por ello, esos individuos sobrehumanos podían recibir comunicaciones del mundo espiritual, que penetraban directamente en

su voluntad y luego, conscientemente, dirigían a otros hombres. Su misión la recibían del mundo del espíritu y actuaban en consecuencia. Cuando negó el período en que se separaron los sexos, esos seres consideraron como tarea propia el actuar sobre la nueva vida, de acuerdo con su misión. De ellos emanaba la regulación de la vida sexual. Todo lo que se relaciona con la reproducción de la humanidad surgía de ellos. En este aspecto, actuaban con plena conciencia, pero los otros hombres sólo podían sentir su influencia como un instinto inserto en ellos. El amor sexual fue implantado en el hombre por transferencia inmediata de pensamiento. En un principio, todas sus manifestaciones fueron del más noble carácter; todo lo que en ese campo tomó rasgos desagradables, procede de períodos posteriores, cuando los hombres se hicieron más independientes y corrompieron un impulso originalmente puro. En esos tiempos más antiguos no había satisfacción en el impulso sexual *per se*; porque entonces todo ello era un servicio de ofrenda para la continuación de la existencia humana. La reproducción se consideraba un asunto sagrado, un servicio que el hombre le debe al mundo. Los sacerdotes sacrificiales eran los directores y reguladores en ese campo. De un tipo distinto eran las influencias de los seres medio sobrehumanos. Estos últimos no se hallaban desarrollados hasta el punto de poder recibir las revelaciones del mundo espiritual de una forma pura.

Junto a esas impresiones del mundo espiritual, surgían también, entre las imágenes del alma, los efectos de la Tierra sensoria. Los seres verdaderamente sobrehumanos no recibían impresiones de placer y dolor, motivadas por el mundo externo. Se hallaban entregados plenamente a las revelaciones de los poderes espirituales y hacia ellos fluía la sabiduría, como lo hace la luz con los seres sensorios. Su voluntad se orientaba hacia la acción acorde con esa sabiduría y es en esa acción que sentían el máximo gozo. Su naturaleza consistía en sabiduría, voluntad y actividad. Eso era diferente entre las entidades medio sobrehumanas que sentían el impulso de recibir impresiones desde el exterior y asociaban la alegría con la satisfacción de ese impulso, y displacer con su frustración; y en eso diferían de los seres sobrehumanos, para quienes las impresiones externas no eran otra cosa que confirmaciones de las revelaciones espirituales y podían mirar al mundo externo sin recibir otra cosa que el reflejo de lo que ellos ya habían recibido del espíritu.

Los seres semi-sobrehumanos aprendían cosas nuevas y por ello ellos pudieron convertirse en guías de los hombres, cuando en las almas humanas las imágenes se convirtieron en réplicas y representaciones de los objetos externos. Eso tuvo lugar cuando una parte de la anterior energía reproductiva humana se interiorizó, cuando se desarrollaron entidades con cerebro evolucionado. Con el cerebro, el hombre recibió

también la facultad de transformar en representaciones las impresiones sensoriales externas.

Hay que decir, pues, que el hombre fue llevado por los seres medio sobrehumanos hasta el punto en que pudiera dirigir su naturaleza interior hacia el mundo sensorial externo y no se le permitió que abriera las imágenes de su alma directamente a las influencias puramente espirituales. De los seres sobrehumanos, recibió como impulso instintivo la capacidad de reproducirse.

Espiritualmente, tendría que seguir teniendo, al principio, una especie de vida onírica si no hubieran intervenido los seres medio sobrehumanos. Bajo su influencia, las imágenes anímicas se orientaron hacia el mundo sensorial externo. Se transformó en un ser autoconsciente en el mundo sensorial. Con ello, se produjo el que el hombre pudiera dirigir conscientemente sus acciones de acuerdo con sus percepciones del mundo de los sentidos. Hasta entonces, había actuado partiendo de una especie de instinto, cuando estaba fascinado por su medio circundante y los poderes de altas individualidades actuaban sobre él. Pero desde entonces empezó a seguir los impulsos y seducciones de sus representaciones. Gracias a esto, se le hizo posible al hombre el libre albedrío, la libre elección, empezando así " el bien y el mal".

Antes de continuar en esta dirección, diremos algo sobre el entorno terrestre que circundaba al hombre.

Además del hombre, existían animales que *en su* especie se hallaban en el mismo nivel evolutivo que él. Según las representaciones actuales, habría que incluirlos entre los reptiles. Otras formas inferiores de vida animal estaban también presentes. Entre el hombre y los animales había una diferencia esencial, porque, gracias a su cuerpo aún maleable, el hombre sólo podía vivir en regiones de la Tierra que no hubieran pasado a la condición más sólida material. En esas regiones convivían con él los organismos animales dotados de un cuerpo similarmente plástico.

Pero en otras zonas vivían animales dotados de cuerpo ya denso y que habían desarrollado también los sexos separados y órganos sensorios externos. Más tarde hablaremos de su procedencia. Esos animales no pudieron seguir desarrollándose, porque sus cuerpos habían acogido materialidad densa demasiado pronto. Algunas de sus especies se extinguieron, otras se perpetuaron hasta llegar a las formas actuales. El hombre pudo alcanzar formas superiores porque permanecía en las regiones que, en esa época, correspondían a ese estado. Gracias a ello, su cuerpo permanecía dúctil y maleable, pudiendo así desarrollar los órganos que habrían de ser fecundados por el espíritu. Con ese desarrollo, el cuerpo externo había alcanzado el punto en que podía transferirse a la materialidad más densa y convertirse en una envoltura protectora de los órganos espirituales más delicados.

Pero no todos los cuerpos humanos habían llegado a ese punto. Sólo había unos pocos en estado avanzado y esos fueron los primeros en ser animados por el espíritu.

Otros no lo estaban, y si el espíritu hubiera penetrado en ellos, se habría desarrollado defectuosamente, a causa de los órganos internos todavía incompletos. Por esa razón, esos seres humanos se vieron forzados, al principio, a seguir desarrollándose sin espíritu. Un tercer tipo había llegado al punto de permitir que débiles impulsos espirituales pudieran actuar en ellos, ocupando así una posición intermedia entre los otros dos tipos. Su actividad espiritual permanecía opaca y debían ser guiados por potencias espirituales superiores. Es evidente que también existían todo tipo de transiciones posibles entre esos tres grupos. El desarrollo posterior se hizo posible entonces, sólo en aquella parte de los seres humanos que habían adquirido formas superiores a expensas de las otras.

Al principio, los que carecían de espíritu tuvieron que ser abandonados, pues cualquier función con ellos para fines reproductores habría hecho descender a los superiores a su nivel. Por eso se separó de ellos todo lo que hubiera sido dotado de espíritu y ello produjo que estos descendieran cada vez más al nivel animalesco. De ese modo, se desarrollaron junto al hombre animales homínidos. El hombre tuvo que dejar a una parte de sus hermanos atrás, a fin de poder ascender a un nivel superior. Ese proceso, sin embargo, siguió produciéndose, porque entre los hombres dotados de una opaca vida espiritual, los que se hallaban un poco más avanzados, sólo pudieron seguir avanzando asociándose con otros aún superiores y separándose de los que estaban menos dotados de espíritu. Sólo así pudieron desarrollar cuerpos capaces de recibir al espíritu humano completo. Después de un tiempo, el desarrollo físico acabó llegando a una especie de tope, en el que todo lo que estuviera por encima de una cierta frontera siguió siendo humano. Mientras tanto, las condiciones de la Tierra habían cambiado de tal manera, que cualquier otro desprendimiento ya no podía seguir produciendo criaturas de características animales, porque acababan pereciendo. Lo que había sido empujado al mundo animal o bien se extinguió o sobrevive en los diferentes animales superiores. Hemos de considerar a estos últimos como seres que tuvieron que detenerse en una etapa anterior del desarrollo humano y que no retuvieron la forma que tenían cuando se produjo la separación, sino que descendieron de un nivel superior a uno inferior. Los simios, pues, son hombres de una época pasada en evolución regresiva. Y si el hombre fue una vez menos perfecto que ahora, los homínidos fueron en el pasado más perfectos de lo que hoy son.

Lo que ha permanecido en el campo de lo humano, sufrió un proceso similar, aunque dentro de los límites humanos. A muchas tribus salvajes

habría que considerarlas como descendientes degenerados de formas humanas que estuvieron una vez más altamente desarrolladas, y si bien no acabaron hundiéndose en la animalidad, sí descendieron al estado salvaje.

La parte inmortal del hombre es el espíritu. Ya vimos cuándo penetró éste en el cuerpo. Pero antes, el espíritu pertenecía a otras regiones y sólo pudo asociarse con el cuerpo, cuando este último adquirió un determinado nivel de desarrollo evolutivo. Sólo cuando entendamos plenamente, cómo se produjo esa vinculación, podremos reconocer el significado del nacimiento y de la muerte y comprender la naturaleza del espíritu eterno.

CAPITULO VIII

LAS ÉPOCAS HÍPERBÓREA Y POLAR

Los siguientes pasajes sacados de la Crónica del Akasha nos conducen a tiempos anteriores a los descritos en los últimos capítulos. Teniendo en cuenta el pensamiento materialista de nuestra época, los riesgos que se corren con los relatos siguientes son quizás aún más grandes, que los que podrían emanar de los cuadros precedentes.

En la época actual se ha atribuido rápidamente a este tipo de descripciones un aspecto fantástico y puramente especulativo.

Cuando se sabe cuán poco inclinados están, los sabios formados en el pensamiento científico moderno, a tomar estas cosas en serio, es preciso, para decidirse a comunicarlas, tener la conciencia de la fidelidad frente a lo que revela la experiencia espiritual. Nada se dice aquí que no haya sido cuidadosamente verificado por los medios que ofrece la ciencia espiritual. Sería deseable que el sabio fuera tan tolerante frente a la ciencia espiritual, como ésta lo es frente a la mentalidad científica naturalista (ver mi libro *1/ Concepciones del mundo y de la vida en el siglo XIX*/* en donde he demostrado que sabía apreciar en su justo valor las concepciones materialistas de la ciencia moderna). Por el contrario, ante quienes están abiertos a las enseñanzas de la ciencia espiritual, deseo hacer una puntualización particular respecto al relato que sigue a continuación. Nos proponemos aquí evocar datos extremadamente importantes. Pertenecen a épocas hace tiempo concluidas. No es fácil descifrar esta época de la Crónica del Akasha. Por otra parte, el autor del presente relato no pretende una aceptación ciega de su autoridad. Simplemente quiere comunicar los resultados de su investigación, conducida al máximo de sus posibilidades.

Acepta gustosamente todas las rectificaciones procedentes de personas competentes en la materia. Como que los signos de los tiempos lo exigen, se hace un deber el divulgar estos acontecimientos de la evolución humana. No olvidemos tampoco que esto concierne a épocas prodigiosamente amplias, sobre las que se trata de suministrar una visión de conjunto. Numerosos puntos simplemente mencionados, serán precisados ulteriormente. Los signos grabados en la Crónica del Akasha son difíciles de trasladar a nuestro lenguaje corriente. Es más fácil expresarlos en el lenguaje hecho de signos simbólicos usado en las escuelas ocultistas; sin embargo actualmente no está permitido todavía divulgarlos.

* En 1914 esta obra fue reeditada, pero completada con una "Historia de la Filosofía occidental hasta los tiempos presentes", bajo el título "Los enigmas de la Filosofía".

El lector tendrá a bien, pues, aceptar múltiples nociones oscuras y arduas, y esforzarse por acceder a una cierta comprensión, así como el autor se ha esforzado por encontrar una forma de exposición que fuera más generalmente accesible.

El lector encontrará muchas dificultades, pero será recompensado si sabe dirigir su mirada sobre los profundos misterios, sobre los enigmas significativos del ser humano, aquí evocados.

Las inscripciones akáshicas engendran en el hombre un verdadero conocimiento de sí; para el investigador espiritual estas inscripciones son una realidad, de una certeza tan incuestionable, como lo son para el ojo físico las montañas y los ríos. Un error de percepción es además posible tanto en un caso como en el otro. Conviene subrayar que el presente capítulo sólo trata, al principio, de la evolución del *ser* humano. Paralelamente se desarrolla, por supuesto, la de los otros reinos de la naturaleza, el mineral, el vegetal y el animal y se tratarán en los próximos capítulos. Tendremos entonces ocasión de examinar igualmente otros problemas que aclararán lo que ha sido expuesto respecto al ser humano, con el ánimo de la ciencia espiritual. Sin embargo, no es posible hablar del desarrollo de los otros reinos terrestres antes de haber descrito el camino evolutivo del ser humano. Retrocediendo a una fase de la evolución, aún más lejana que la evocada en los relatos precedentes, se está confrontando con estados cada vez más sutiles de la materia de la que está compuesto nuestro planeta. Las sustancias que se han ido solidificando progresivamente, eran entonces todavía líquidas, e incluso, anteriormente, de naturaleza vaporosa y gaseosa; en un pasado mucho más alejado encontramos un estado todavía más sutil (etérico). La solidificación de la materia es debida a la disminución del calor. En el presente relato, no nos remitiremos más lejos de la época en que nuestra morada terrestre estaba hecha de esta muy fina sustancia etérea. El hombre apareció sobre la Tierra en este preciso punto de su evolución. Anteriormente había pertenecido a otros mundos de los que hablaremos más adelante. Mencionemos sin embargo el estado precedente, que era el de un mundo astral o anímico. Los seres de este mundo, incluido el hombre, no conocían entonces la existencia corporal exterior (física). El ser humano había ya desarrollado la conciencia imaginativa mencionada en el relato precedente. Estaba animado de sentimientos y deseos, pero todo esto se desarrollaba en el interior de un cuerpo anímico. Sólo la mirada clarividente era capaz de percibir un ser humano así. En esos tiempos, todos los seres humanos evolucionados poseían este tipo de clarividencia, pero en estado crepuscular y oscuro. No se trataba de una clarividencia consciente. Estos seres astrales son de alguna manera los antepasados del hombre. Lo que actualmente se denomina "hombre" es

ya portador de un *espíritu* autónomo y consciente. Este último se une al ser, que proviene de este antepasado, aparecido en la mitad de la época lemur. (Anteriormente ya hemos aludido a esta misión).

Cuando hayamos relatado la evolución del antepasado humano hasta la época concerniente, volveremos a tratar en detalle esta cuestión). Los antepasados psíquicos o astrales del hombre, fueron dirigidos hacia esta materia sutil que es la Tierra etérica. Absorbieron esta fina sustancia, un poco como la esponja absorbe un líquido.

Penetrándose así de sustancia, formaron sus cuerpos etéricos. Estos tenían la forma de una elipse alargada, y delicados matices, diferenciando la sustancia anunciaban la colocación de los miembros y de otros órganos a desarrollar ulteriormente. El conjunto de este proceso en el seno de esta masa, era de tipo puramente físico-químico, pero regulado y ordenado por el alma. Cuando una semejante masa de sustancia había alcanzado una cierta dimensión, se escindía en dos, semejándose cada parte a la forma de la que había surgido, y cada una experimentaba los mismos procesos que ella. Toda nueva formación estaba dotada de las mismas cualidades psíquicas que la formación madre. Esto provenía del hecho de que el número de almas descendiendo sobre la Tierra no era limitado; más bien hay que imaginarse un árbol psíquico que, a partir de una raíz común, podía engendrar un número ilimitado de almas individuales. Así como una planta puede brotar sin cesar de innumerables granos, de la misma forma la vida psíquica pudo surgir sin cesar, de los innumerables brotes salidos de la división incesante que tenía lugar. (Sin embargo, desde la separación, el alma sólo existe en un número estrictamente limitado de especies. Volveremos a hablar de ello más adelante. Pero en el seno de cada una de estas especies, el proceso se desarrolló tal como hemos descrito. Cada especie de alma engendraba innumerables brotes).

Con la entrada en la materialidad terrestre, el alma había experimentado una transformación importante. Mientras las almas no habían asimilado ellas mismas nada de esta materialidad, ningún proceso físico exterior podía actuar sobre ellas. Todas las impresiones que les llegaban eran de naturaleza puramente psíquica, clarividente.

Así es como las almas participaban en la vida psíquica de su entorno. Todo lo que existía entonces era vivido de esta forma. Los efectos de las piedras, de las plantas y de los animales, que entonces sólo existían como formas astrales (anímicas), fueron sentidos como experiencias interiores del alma. En el momento de la entrada en la Tierra, algo totalmente nuevo aconteció. Los procesos materiales exteriores ejercieron una acción sobre el alma misma, en lo sucesivo revestida de una envoltura material. Al principio sólo fueron los movimientos de este mundo físico exterior, los que provocaron movimientos en el interior del cuerpo etérico. Las vibraciones del aire, las percibimos actualmente en

forma de sonidos; en aquella época, estos seres etéricos reaccionaban de la misma forma a las sacudidas de la sustancia etérica circundante. A decir verdad, un ser de este tipo era enteramente un órgano auditivo. Este sentido fue el primero en desarrollarse. Esto prueba con evidencia que el órgano auditivo separado no se formó hasta más tarde. Con la sustancia terrestre densificándose progresivamente, la entidad psíquica perdió poco a poco la facultad de darle forma. Solo los cuerpos ya formados pudieron todavía engendrar otros semejantes. Apareció un nuevo tipo de procreación. El ser engendrado es un producto considerablemente más pequeño que el ser materno, cuya dimensión sólo alcanza poco a poco. Mientras que antes no existían los órganos de reproducción, ahora aparecen. En lo sucesivo esta formación ya no será simplemente el soporte de un proceso físico-químico; por otra parte, éste no bastaría para poner en marcha la reproducción. En efecto, la materia exterior, densificada, ya no le permite al alma el transmitirle directamente la vida. Por ello, en el interior mismo de esta formación, un sector particular se aisló y se sustrajo a la influencia inmediata de la materia exterior. En adelante sólo está sometido a esta acción el resto del cuerpo, el que no fue aislado. Está en el mismo estado en que se encontraba precedentemente el conjunto del cuerpo. El alma ahora puede continuar actuando en la parte aislada; lo hace en tanto que soporte del principio vital, llamado *prana* en la literatura teosófica. Así, el antepasado corporal del hombre apareció dotado de dos elementos constitutivos. Uno es el cuerpo físico (envoltura física). Está sometido a leyes químicas y físicas del mundo circundante. El segundo es el conjunto de órganos sometidos al principio vital. Pero por este hecho una parte de la actividad del alma se ha vuelto libre. Ya no tiene ningún poder sobre la envoltura física. Esta parte de la actividad del alma se dirige entonces hacia el interior y transforma en órganos una parte del cuerpo, de manera que una vida interior comienza a manifestarse en él. El cuerpo ya no se contenta reaccionando a las sacudidas del mundo exterior, sino que comienza a sentir en él, las experiencias particulares que de ello resultan. Ahí se encuentra el origen de la sensación. Primero se manifiesta como una especie de sentido táctil. El ser *siente* los movimientos del mundo exterior, la presión ejercida por las sustancias, etc. Aparecen los rudimentos de una sensibilidad para lo que es cálido o frío. Así se alcanza un escalón importante de la evolución de la humanidad. El cuerpo físico está privado de la influencia directa del alma. Está sometido por completo al reino de la sustancia física y química. El cuerpo se descompone desde que el alma, a partir de las otras partes en que ejerce su actividad, ya no puede dominarlo. Esto engendra lo que se denomina la "muerte". En lo concerniente a los estados anteriores, no podría hablarse de muerte. En la época de la división, la forma madre se perpetúa íntegramente en las formas

engendradas. Pues toda la fuerza psíquica transformada actúa en ellas, como antes en la forma madre. En la época de la división, nada de lo que resulta de ella está privado de alma. En adelante esto cambiará. Desde que el alma ya no extiende su dominio sobre el cuerpo físico, éste cae bajo la influencia de las leyes químicas y físicas del mundo exterior, es decir, que muere. De la actividad del alma sólo queda lo que actúa en la reproducción y en la vida interior ahora desarrollada. En otras palabras: la fuerza de procreación permite engendrar descendientes, los cuales están dotados de un excedente de fuerza creadora de órganos. Es en este excedente en donde el ser psíquico resucita siempre de nuevo. Antes, en la época de la división, el cuerpo entero se llenaba de actividad psíquica: ahora se produce lo mismo con los órganos de reproducción y de sensación. Se está pues en presencia de una *reencarnación* de la vida del alma, en el seno del organismo nuevamente engendrado.

Según la literatura teosófica la descripción de las dos primeras razas-raíz de la Tierra, corresponde a estos dos estadios de la evolución del hombre. La primera se llama la raza polar, la segunda la raza hiperbórea.

Es preciso representarse que la vida de las sensaciones aparecida en estos antepasados del hombre, era aún muy general e imprecisa. Sólo dos clases de sensaciones eran ya entonces autónomas: el oído y el tacto. A consecuencia de la transformación experimentada por el cuerpo y sobrevinida en las condiciones físicas del medio, podría decirse que la forma humana ya no estaba en condiciones de actuar globalmente como *u oído*". Sólo una parte particular del cuerpo fue capaz de sentir estas vibraciones sutiles. Suministró los materiales a partir de los cuales se formó progresivamente *nuestro* órgano auditivo. Sin embargo la cualidad de órgano táctil permanecía siempre como patrimonio de todo el cuerpo.

Puede observarse que el conjunto del proceso de la evolución humana que hemos evocado, está encadenado a la transformación del estado calórico de la Tierra. En efecto, es el calor ambiente el que había permitido al ser humano llegar hasta esta fase de su desarrollo. Pero el calor exterior había alcanzado un punto que no habría permitido al organismo humano que continuara progresando. En el interior se manifiesta entonces una reacción contra todo nuevo enfriamiento de la Tierra. El hombre se convierte en el creador de su propia fuente de calor.

Hasta aquí tenía la temperatura del mundo ambiente. En lo sucesivo aparecen en él órganos que le hacen capaz de desarrollar a él mismo la temperatura necesaria para su vida. Hasta ese momento su ser interior había estado surcado de sustancias en circulación, que en esto

dependían del entorno. Ahora sabe desarrollar una temperatura que le pertenece en propiedad, destinada a estas sustancias.

Los líquidos del cuerpo se convierten en la sangre caliente. Como ser físico; accede a un grado de independencia muy superior al que tenía antes. Toda la vida interior fue intensificada. Antes, las sensaciones aún dependían por completo de las influencias del mundo exterior. La consecución de una temperatura propia dio, por el contrario, al cuerpo una vida *física* interior autónoma. El alma disponía ahora de un campo de acción en el interior del cuerpo; podía desarrollar en él una vida que ya no fuera simplemente una prolongación del mundo exterior.

Por este proceso la vida del alma fue atraída a la esfera de la materia terrestre. Anteriormente las apetencias, deseos y pasiones, así como las alegrías y las penas sólo podían ser engendrados por fuerzas psíquicas. Lo que emanaba de otro ser psíquico despertaba en un alma determinada atracción, repulsión, excitaba las pasiones, etc. Ningún objeto físico exterior habría podido producir un efecto así. Pero ahora se hace posible que los objetos exteriores tengan un significado para el alma. Al estímulo de la vida interior, consecutivo al despertar provocado por el calor autónomo, el alma lo sentía como un bienestar, y la perturbación de esta vida interior, le aportaba un sentimiento de malestar. Un objeto exterior capaz de contribuir al bienestar físico podía ser *apetecido, deseado*. Lo que la literatura teosófica designa con la palabra "kama" -cuerpo de deseos- estaba ligado al hombre físico. Los objetos accesibles a los sentidos se convirtieron en objetos de apetencia. El hombre, por su cuerpo de deseos, quedaba, en adelante, encadenado a la existencia terrestre.

Ahora bien, este hecho coincide con un gran acontecimiento cósmico al que está ligado por un lazo causal. Hasta ese momento no existía ninguna separación física entre el Sol, la Tierra y la Luna. La influencia de los tres sobre el ser humano era la de *un solo* cuerpo. Luego sobrevino la separación; la materia más sutil, que englobaba todo lo que antes había dado al alma la posibilidad de tener una acción estimulante directa, se desprendió y constituyó el Sol; la parte más rugosa se separó para formar la Luna; la Tierra, gracias a su materia específica, mantuvo el equilibrio entre los dos. Como es lógico, esta división no se hizo de golpe, sino que constituyó un proceso progresivo, que va desde cuando el ser humano avanzaba, del estado en que la reproducción tenía lugar en forma de separación, hasta el estado que hemos descrito últimamente. Puede incluso decirse que es precisamente este proceso cósmico el que provocó este progreso del ser humano.

Primeramente el Sol extrajo de este planeta común su sustancia propia. Por ello, la vida del alma se vio privada de la posibilidad de ejercer una acción directa sobre la materia terrestre. Luego la Luna empezó a desprenderse.

La Tierra entró entonces, en el estado en que aparece la facultad de sensación que hemos comentado antes.

Conjuntamente con esta progresión se desarrolló una nueva facultad sensitiva. Las condiciones térmicas de la Tierra tuvieron por efecto, el dar poco a poco a los cuerpos, contornos precisos, que conducían a una separación entre el mundo transparente y el que no lo es. El Sol, habiéndose desprendido de la masa terrestre, tuvo la misión de conceder la luz. En el interior del cuerpo humano nació el sentido de la vista. En un primer tiempo esta vista no era la que conocemos actualmente. La luz y la oscuridad actuaban sobre el hombre en forma de vagos sentimientos. Por ejemplo, en ciertas circunstancias, sentía la luz como algo agradable, estimulante para su vida física, y la buscaba, se esforzaba por conseguirla.

Sin embargo, la vida del alma propiamente dicha, se desarrollaba siempre todavía en forma de imágenes soñadas. Cuadros coloreados surgían y se desvanecían; no tenían ningún lazo directo con las cosas exteriores. Estos cuadros coloreados, el hombre los atribuía aún a influencias anímicas. En el caso de impulsos psíquicos agradables, veía surgir colores claros, y cuando era alcanzado por impulsos desagradables, veía imágenes oscuras.

Lo que engendró la aparición del calor autónomo lo hemos denominado, en el curso de nuestra exposición "vida interior". Pero se ve bien que no se trata todavía de una vida interior, en el sentido que le será atribuida en el curso de fases ulteriores de la evolución del género humano.

Todo procede por etapas, y así igualmente con la génesis de la vida interior. Tal como la hemos caracterizado en el capítulo precedente, esta verdadera vida interior no se manifestó antes de que fuera efectiva la fecundación por el espíritu, o sea cuando el hombre comienza a reflexionar en lo que desde afuera actúa sobre él.

Todo lo que aquí hemos podido decir, muestra bien, cómo el ser humano alcanza poco a poco el estado que hemos caracterizado en el capítulo precedente. En el fondo, ya se está en el corazón de esa época cuando se da la descripción siguiente: Todo lo que el alma había vivido precedentemente en ella misma y atribuido sólo a la influencia psíquica, aprende cada vez más a aplicarlo a la existencia física exterior. Lo mismo sucede con las imágenes coloreadas. Precedentemente, era una impresión psíquica simpática la que suscitaba en el alma colores claros; ahora este mismo efecto proviene de una luz clara proveniente del exterior.

El alma empieza a ver los colores de los objetos que la rodean. Esto está ligado al desarrollo de nuevos órganos visuales. Para sentir imprecisamente la luz y la oscuridad, el cuerpo poseía, en esos tiempos remotos, un ojo que actualmente no existe. (El mito de los cíclopes provistos de un solo ojo recuerda estos estados pasados). Los dos ojos

se desarrollaron cuando el alma comenzó a ligar, más íntimamente, a su propia vida interior, las impresiones luminosas procedentes del exterior. Por el mismo hecho se perdió la facultad de percibir lo psíquico en el mundo circundante. El alma se convirtió cada vez más en el espejo del mundo exterior. Este mundo exterior se reproduce en forma de *representaciones* en el interior del alma. Paralelamente se realizó la separación de los sexos. Por una parte el cuerpo humano sólo fue accesible a la fecundación por otro cuerpo humano; por otra parte se desarrollaron los órganos físicos del alma (sistema nervioso), permitiendo a las impresiones del mundo exterior, reflejarse en el alma. De esta forma es como el hombre fue preparado para recibir en él el espíritu pensante.

CAPITULO IX

COMIENZO DE LA TIERRA ACTUAL SEPARACIÓN DEL SOL

Vamos a seguir ahora la Crónica del Akasha hasta aquel remoto pasado en que comenzó nuestra Tierra actual. Hemos de entender con "Tierra", el estado de nuestro planeta capaz de sostener minerales, vegetales, animales y hombres en su forma actual, porque ese estado fue precedido por otros en los que los reinos mencionados tenían una forma muy distinta. Lo que hoy llamamos Tierra, sufrió muchas modificaciones antes de convertirse en portadora de nuestros actuales minerales, vegetales, animales y hombres. Los minerales, por ejemplo, también existían antes, pero en forma muy distinta. Ya hablaremos más tarde. Hoy llamaremos tan sólo la atención al modo en que el estado anterior se transformó para llegar al actual.

Podemos imaginarnos esa transformación hasta un cierto grado, si la comparamos al paso que hace una planta durante la etapa de semilla. Imaginemos una planta con raíz, tallo, hojas, flor y fruto, que acoge sustancias de su entorno y segrega otras, pero todo lo que en ella sea sustancia, forma y proceso, desaparece, excepto la minúscula semilla. La vida se desarrolla pasando por ese estado seminal y al año siguiente vuelve a surgir de la misma forma. Del mismo modo, todo lo que existía en nuestra Tierra en su anterior estado desapareció para resurgir tan sólo al estado actual. Lo que antes podíamos llamar mineral, vegetal y animal ha desaparecido, como en la planta desaparecen la raíz, tallo, etc.... En la Tierra, igual como en la planta, permaneció un estado germinal a partir del cual la forma antigua desarrollaría una nueva. Las fuerzas que provocarán la nueva forma yacen ocultas en la semilla. En el período del que hablamos, estamos tratando con una especie de germen de la Tierra, que contenía en su seno las fuerzas que habrían de conducir a la Tierra actual y que fueron adquiridas en estados precedentes. Sin embargo, no hemos de representarnos ese germen de la Tierra como si fuera algo material denso, como lo es el germen de una planta. Era más bien un germen de carácter anímico, hecho de la sustancia delicada, maleable y móvil que conocemos como "astral" en términos ocultistas.

En ese germen astral de la Tierra, nos encontramos al principio sólo con rudimentos humanos, los rudimentos de las futuras almas humanas. Todo lo que en estados anteriores de la Tierra había existido como mineral, vegetal y animal había sido absorbido en esos rudimentos humanos, fundiéndose con ellos. Antes de que el hombre entre en la Tierra, él es alma, una entidad astral y como tal aparece sobre la Tierra. Esta última existe en un estado de la más refinada sustancialidad,

conocida en la literatura ocultista como el éter más sutil. De dónde provino esa Tierra etérea, lo veremos más tarde. Los restos humanos astrales se entre-funden con ese éter e imprimen su naturaleza en él para convertirlo en semejanza de la entidad astral humana. En ese estado inicial nos encontramos con una Tierra etérea que sólo consiste en 'esos hombres etéreos y no es sino un conglomerada de ellos. En realidad, el cuerpo astral o el alma humana están fundamentalmente afuera del cuerpo etéreo y lo organiza desde afuera. Para el investigador espiritual, la Tierra aparece como una esfera compuesta a su vez de numerosas esferas etéreas más pequeñas –los hombres etéreos- y se halla envuelta por una cobertura astral, del mismo modo que hoy la atmósfera aérea envuelve a nuestro planeta. En esa envoltura astral (atmósfera) viven los hombres astrales y desde allí actúan sobre sus semejanzas etéreas en las que crean órganos, produciendo vida etérea humana en ellas. Dentro de la Tierra en conjunto sólo existe un estado material, el sutil éter viviente. En los textos ocultistas, a esa primera humanidad se la llama la primera raza-raíz, la polar.

El posterior desarrollo de la Tierra se produce con la transición de un estado de la materia a dos. Se segrega una sustancialidad más densa, dejando otra más sutil detrás de sí. La sustancialidad más densa se parece a nuestro aire y la más tenue es la que hace que se produzcan elementos químicos a partir de sustancia anteriormente indiferenciada. Junto a ellas, continúa existiendo el éter viviente, pues sólo una parte de él, se transforma en los estados materiales. De ese modo nos encontramos con tres sustancias presentes en la Tierra física. Y si los seres humanos astrales, en la envoltura de la Tierra, antes sólo actuaban sobre un tipo de sustancialidad, ahora han de hacerla sobre tres. ¿Cómo lo hacen? Lo que se ha convertido en una especie de aire, en un principio, se resiste a su actividad y no acepta lo que se halla presente de una manera germinal en los hombres astrales completos. Como consecuencia de ello, la humanidad astral se ha de dividir en dos grupos. Uno de ellos actúa sobre la sustancialidad aeriforme y crea en ella una semejanza suya. El otro grupo logra más, ya que puede actuar sobre las otras dos sustancialidades y crear en ellas su semejanza, hecha de éter viviente, además de otro tipo de éter que genera las sustancias químicas elementales, un éter que llamamos éter químico. Pero ese segundo grupo de seres humanos astrales logró adquirir su capacidad superior separando de él una parte de su naturaleza astral (que vino a constituir el primer grupo) y condenándola a un tipo inferior de actividad. Si hubiera retenido dentro de sí las fuerzas capaces de realizar esa labor inferior, no podría haberse elevado a actividades superiores. Por ello nos encontramos con un proceso por el cual lo

superior se desarrolla a expensas de algún elemento que ha de separarse de él.

Vemos así la siguiente imagen de la Tierra física en ese período: han surgido dos tipos de entidades. Primero, las entidades con un cuerpo aeriforme, sobre el cual actúa el ser astral correspondiente, que actúa desde afuera. Son seres zoomorfos que crean un primer reino animal en la Tierra, dotados de formas que hoy nos sorprenderían por su enorme peculiaridad. Pero hemos de tener en cuenta, que esa forma está constituida sólo de una sustancia aeriforme y no se parece a la de ninguno de los animales de hoy. Como máximo, podrían tener una cierta similitud a las conchas de algunas caracolas y moluscos actuales.

Junto a esas formas animales, sigue adelante la evolución del hombre físico. El hombre astral, que ha ascendido a un nivel aún superior, genera una especie de réplica de sí mismo, hecha de los dos tipos de materia, el éter vital y el éter químico. Vemos pues, a un hombre hecho de cuerpo astral actuando sobre un cuerpo etéreo formado por dos tipos de éter: el éter vital y el éter químico. Por el éter vital, esa réplica física del hombre posee la capacidad de reproducirse a sí misma, de hacer que nazcan de ella seres de su propia especie. Por el éter químico, genera ciertas fuerzas que se parecen a las actuales energías de atracción y repulsión química. Gracias a ello, esa réplica del hombre puede atraer ciertas sustancias del entorno y combinarlas consigo mismo, segregándolas de nuevo por medio de las fuerzas de repulsión. Esas sustancias sólo pueden sacarse del reino animal antes descrito y del reino humano, lo que constituye un inicio de nutrición.

Por eso esas primeras réplicas humanas eran devoradoras de animales y hombres. Además de esos seres, continuaron existiendo los seres anteriores, compuestos tan sólo de éter vital; pero se atrofiaron porque tuvieron que adaptarse a las nuevas condiciones terrestres. Pasada toda una serie de transformaciones, acabaron desarrollándose a partir de ellos, los seres animales unicelulares y también las células que más tarde conformarían los organismos vivos más complejos.

Tiene lugar así el proceso siguiente: la sustancialidad aeriforme se divide en dos, una parte se hace más densa, acuosa, y la otra permanece aeriforme. El éter químico se divide también en dos nuevos estados materiales; uno de ellos se hace más denso y se convierte en lo que llamaremos I éter lumínico, que dotará a las entidades que lo poseen con el don de la luminosidad; el otro sigue existiendo como éter químico.

Nos hallamos entonces con una Tierra física compuesta de los siguientes tipos de sustancias: agua, aire, éter de luz, éter químico y éter vital.

Para que las entidades astrales puedan actuar sobre estos tipos de sustancia, se produce otro proceso en el que lo superior se desarrolla a expensas de lo inferior que acaba separándose. Con ello se generan los

siguientes tipos de entidades físicas: primero aquellas cuyo cuerpo físico consta de agua y aire; luego entidades astrales más toscas que han sido separadas y que actúan sobre ellas, con lo cual se produce un nuevo tipo de animales de materialidad más densa que los animales precedentes. Otro nuevo grupo de entidades físicas tiene un cuerpo hecho de aire y éter lumínico combinados con agua. Son entidades parecidas a plantas, aunque su forma difiere mucho de las plantas actuales. Finalmente, el tercer nuevo grupo representa al hombre de la época. Su cuerpo físico está compuesto de tres tipos de éter: el éter lumínico, el éter químico y el éter vital. Si consideramos que siguen además existiendo los descendientes de los antiguos grupos, podemos imaginarnos la enorme variedad de seres vivos que ya existían en esa etapa de la existencia terrestre.

Tiene lugar entonces un importante acontecimiento cósmico: el Sol se separa, y con ello ciertas fuerzas abandonan la Tierra. Son fuerzas hechas de una parte de lo que hasta entonces había vivido en la Tierra en los éteres vital, químico y lumínico; y que ahora se separan de la Tierra. Con ello se produce un cambio radical entre todos los grupos de seres terrestres que hasta entonces poseían esas fuerzas en su interior. Todos ellos sufrieron una transformación. Los que antes hemos llamado seres vegetales fueron los primeros en modificarse, porque una parte de sus fuerzas de éter lumínico les fue sustraída.

Y desde ese entonces, sólo pudieron desarrollarse como organismos cuando la fuerza de la luz, que se había separado de ellos, actuaba sobre ellos desde afuera. De ese modo, las plantas empezaron a ser influenciadas por la luz solar. Algo parecido sucedió con los cuerpos humanos.

Desde ese momento, su éter lumínico tuvo que actuar también junto al éter lumínico del Sol para poder seguir viviendo. Pero no sólo los seres que perdieron el éter lumínico fueron los afectados; también lo fueron los demás, porque en el mundo todo tiene una interacción mutua. Las formas animales que no contenían éter de luz habían sido anteriormente irradiadas por sus coetáneos en la Tierra y se habían desarrollado bajo esa irradiación.

Ellos también tuvieron ahora, que someterse a la influencia del Sol exterior. El cuerpo humano en particular, desarrolló órganos receptivos a la luz solar, es decir, los primeros rudimentos de los ojos humanos. Como consecuencia de la separación del Sol se produjo una mayor densificación material de la Tierra. De la sustancia líquida se formó la sólida; el éter lumínico se dividió a su vez, creándose así otro tipo de éter lumínico y un éter que dota a los cuerpos con la capacidad de aumentar la temperatura. Gracias a ello, la Tierra se convirtió en una entidad capaz de desarrollar calor en su interior y todos sus seres

empezaron a recibir la influencia del calor. En el elemento astral tiene lugar un proceso similar al anterior, algunos seres se desarrollaron a un nivel superior a expensas de otros. Se separó así un grupo de seres bien equipados para actuar en la más tosca sustancialidad sólida. Con eso se desarrolló el firme esqueleto del reino mineral de la Tierra. Al principio, los reinos naturales superiores no actuaron sobre ese rígido esqueleto mineral, y por ello, podemos decir que existen en la Tierra, un reino mineral sólido y un reino vegetal, cuya sustancialidad más densa está hecha de agua y de aire. En este último reino, a raíz de lo sucedido, el cuerpo aeriforme se había condensado en cuerpo acuoso.

Existían además animales de las formas más variadas, algunos con cuerpos acuosos y otros aeriformes. El cuerpo humano también se vio sometido a un proceso de densificación, llegando a condensar su corporalidad más compacta hasta el nivel acuoso. El éter calórico recién generado impregnaba y recorría ese cuerpo de agua, lo cual le dio una sustancialidad que podríamos considerar gaseosa. Ese estado material del cuerpo humano se conoce en las obras de la ciencia iniciática con el nombre de niebla ígnea. El hombre se halla encarnado en ese cuerpo de niebla ígnea.

Con esto, el examen de la Crónica Akáshica ha llegado al punto inmediatamente anterior a la catástrofe cósmica producida por la separación de la Luna desde la Tierra.

CAPITULO X

LA SALIDA DE LA LUNA

Es preciso darse cuenta que la densa materialidad propia del hombre sólo se adquirió más tarde y en forma muy progresiva. Para hacerse una idea del estado corporal que tenía en el estadio de evolución que tratamos aquí, la mejor manera consiste en representarse una masa de vapor o una nube flotando en el aire. Sin embargo una representación así sólo es una aproximación totalmente *exterior* de la realidad. En efecto, la niebla ígnea, "hombre" estaba interiormente animada y organizada. Comparada a lo que el ser humano fue más adelante, conviene imaginársela en un estadio en que su alma somnolienta, conocía un estado de conciencia enteramente crepuscular.

Este ser está totalmente desprovisto de lo que se entiende por inteligencia, entendimiento, razón. Se mueve flotando más que caminando; está provisto de cuatro especies de órganos semejantes a miembros que le permiten desplazarse hacia adelante, hacia atrás, de lado y en todas direcciones. En cuanto a las almas de estos seres, antes ya hemos hablado de ellas.

No obstante no debe pensarse que los movimientos u otras manifestaciones vitales de estos seres fueran disparatados o desordenados. Al contrario, respondían por completo a ciertas leyes. Todo lo que se producía tenía su significado y su importancia, sólo que la potencia dirigente, la inteligencia, no residía en los mismos seres. Estaban dirigidos por una inteligencia que actuaba desde afuera. Seres superiores, más maduros que ellos, los rodeaban, por así decirlo, y los gobernaban. Pues la cualidad más importante de esta niebla ígnea, consistía en el hecho de que los seres humanos, llegados a este estadio de su evolución, podían encarnarse en ella, y al mismo tiempo conseguían incorporarse las entidades superiores; debido a ello, su acción se podía coordinar con la de los hombres. El ser humano había conducido sus deseos, instintos y pasiones hasta un estado en que podían tomar forma en la niebla ígnea. Los otros seres mencionados eran capaces de actuar en el seno de esta niebla ígnea, y ello gracias a su razón y a su acción inteligente. Estos últimos seres poseían igualmente facultades que les permitían acceder a las regiones superiores. De allí extraían sus decisiones y sus impulsos; pero los efectos reales de estas decisiones se manifestaban en la niebla ígnea. Todo lo que el hombre realizaba en la Tierra tenía su origen en el intercambio bien regulado, entre estos cuerpos humanos en forma de niebla ígnea y estos seres superiores.

Puede, pues, decirse que el ser humano seguía una evolución ascendente. Debía desarrollar en esta niebla ígnea algunas facultades

específicamente humanas, superiores a las precedentes. Los otros seres, por el contrario, se esforzaban por descender en la materia. Seguían un camino que les permitiera manifestar concretamente su poder actuante en el seno mismo de las formas materiales, cada vez más densas. Tomado en un sentido más amplio, este proceso no tenía para ellos nada de degradante. Este es un punto importante a tener en cuenta. Gobernar las formas materiales más densas, corresponde a una potencia y a una facultad más elevadas que las de dirigir formas más sutiles. En el curso de épocas anteriores de su evolución, estos seres superiores tuvieron un poder no menos limitado que el hombre actual. Precedentemente ellos también tuvieron, a imagen del ser humano moderno, un poder que se limitaba a su "vida interior". La materia densa del mundo exterior no les obedecía. Ahora aspiraban a un estado en que pudieran dominar y dirigir por la magia los objetos físicos.

En la época en cuestión estaban, pues, avanzados respecto al hombre. Este se esforzaba en elevarse para concretar la inteligencia, allá donde reina una materia más fina, a fin de poder, ulteriormente, actuar hacia el exterior; ellos por el contrario ya habían insertado antes la inteligencia en su cuerpo, y recibían ahora la fuerza mágica que les permitía introducir la inteligencia en el mundo circundante. El ser humano se elevaba pasando por la fase de niebla ígnea, mientras que ellos atravesaban esta fase para *descender* e implantar su poder.

En el seno de la niebla ígnea, algunas fuerzas son especialmente activas, las que el hombre experimenta en sus pasiones e instintos inferiores. En el estadio de niebla ígnea, tanto el hombre como los seres superiores se sirven de estas fuerzas. Estas actúan sobre la forma humana que hemos descrito, más precisamente, en su interior, de la manera siguiente: el hombre desarrolla los órganos que le hacen capaz de pensar, que le permiten estructurar su personalidad. Por el contrario, en los seres superiores estas mismas fuerzas actúan, en el estadio en cuestión, de manera que les permitan servirse de ellas para crear, de forma totalmente impersonal, las instituciones de la Tierra. Pues, gracias a estos seres surgen sobre la Tierra creaciones que son la réplica de las leyes de la inteligencia.

Bajo el efecto de las fuerzas pasionales, se forman en el interior del hombre los órganos personales de la inteligencia; a su alrededor estas mismas fuerzas engendran órganos penetrados de inteligencia. Imaginemos ahora este mismo proceso pero en un estadio un poco más evolucionado; en otros términos, representémoslo lo que está inscrito en un estadio ulterior de la Crónica del Akasha. La Luna se ha desprendido de la Tierra. Luego ha seguido un importante cambio. Una gran parte del calor se ha retirado de las cosas situadas alrededor del ser humano. Estos objetos han adquirido una materialidad más

grosera y más densa. El hombre debe vivir en este entorno enfriado. Sólo puede hacerla transformando su propia materialidad. Esta densificación de la sustancia, entraña una modificación de las formas, pues la niebla ígnea sobre la Tierra ha cedido el puesto a otro estado muy diferente.

En consecuencia, los seres superiores de los que hemos hablado, ya no pueden disponer de la niebla ígnea como soporte de su actividad. Ya tampoco pueden ejercer su influencia sobre las manifestaciones de la vida íntima del hombre, que anteriormente constituían su principal campo de acción. Pero mantuvieron poder sobre las formas humanas que ellos mismos habían previamente engendrado, a partir de esta niebla ígnea. Este cambio acontecido en la dirección de su acción, va paralelo con una metamorfosis de la forma humana: una mitad provista de dos órganos del movimiento se ha convertido en la parte inferior del cuerpo, que por este motivo se erige en el principal soporte de la nutrición y de la reproducción. La otra mitad fue, de alguna manera, orientada hacia arriba, y los otros dos órganos de movimiento, se convirtieron en los rudimentos de lo que serían las manos. Y aquellos órganos que antes todavía estaban al servicio de la nutrición y de la reproducción, se transformaron en órganos de la palabra y del pensar.

El ser humano se ha erguido. Es la consecuencia directa de la eliminación de la Luna. Junto con la Luna han desaparecido del globo terrestre todas las fuerzas que permitían al ser humano, en la época de la niebla ígnea, autofecundarse y procrear seres semejantes a él, sin tener necesidad de recurrir a influencias procedentes del exterior. El conjunto de la parte de abajo, que a menudo se denomina la naturaleza inferior, quedó bajo la influencia inteligentemente organizada de las entidades superiores.

Cuando la masa de fuerzas, ahora aislada en la Luna, estaba unida a la Tierra, estas entidades podían ejercer todavía su acción en el interior del hombre; ahora tienen necesidad de la colaboración de dos sexos para obtener el mismo efecto. Esto explica por qué los iniciados siempre han considerado a la Luna como el símbolo de las fuerzas de reproducción. Estas fuerzas están, de alguna manera, ligadas a la Luna. Y estas entidades superiores están emparentadas con la Luna, son por así decir, divinidades lunares. Antes de la separación de la Luna, se servían de las fuerzas lunares para actuar en el interior del ser humano, pero después de esa escisión, sus fuerzas influenciaron desde el exterior la reproducción del ser humano. También puede decirse que estas fuerzas espirituales nobles, que anteriormente se servían de la niebla ígnea para actuar sobre los instintos superiores del hombre, ahora han descendido para ejercer su poder en el plan de la procreación.

En efecto, son nobles fuerzas divinas las que organizan y regulan este dominio. Con esto tocamos una convicción importante de la ciencia

espiritual, diciendo que las fuerzas divinas, estas fuerzas superiores y nobles, tienen afinidad con las *aparentemente* inferiores de la naturaleza humana. Aquí, la palabra "aparentemente" hay que tomarla en sentido amplio. En efecto, sería desconocer totalmente las verdades ocultas, el ver en las fuerzas de reproducción, en tanto que tales, algo bajo. Cuando el ser humano abusa de estas fuerzas, cuando las somete a sus instintos y pasiones, solamente entonces se vuelven nocivas; este no es el caso cuando las *ennoblece* por el hecho de reconocer en ellas el impulso de la fuerza espiritual divina. Entonces colocará sus fuerzas al servicio de la evolución terrestre y ejecutará las intenciones de las entidades superiores que hemos caracterizado. Ennoblecen todo lo relativo a este dominio, situarlo en el cuadro de las leyes divinas, y no aniquilarlo, es precisamente lo que enseña la ciencia espiritual. La aniquilación sólo puede ser el resultado de una interpretación superficial de los principios ocultos, conducidos por error a un ascetismo contra natura.

Se constata que en la otra mitad, la de arriba, el ser humano ha desarrollado algo que escapa a la empresa de las entidades superiores descritas. Son otros seres quienes establecen su poder sobre esta otra mitad. Se trata de seres que, en el curso de precedentes etapas de la evolución, han progresado más lejos que el hombre, pero sin alcanzar por ello el nivel de las divinidades lunares.

Todavía no eran capaces de ejercer su poder en el seno de la niebla ígnea. Ahora, una vez alcanzado un estado más avanzado, y que gracias a la niebla ígnea los órganos de la inteligencia han conseguido algo, que estos mismos seres ya habían vislumbrado anteriormente, ahora ha llegado el momento de su acción. Las divinidades lunares ya habían conocido esta inteligencia ordenadora actuando hacia el exterior. Cuando comenzó la época de la niebla ígnea eran portadoras de esta inteligencia. Tenían la facultad de actuar hacia el exterior sobre las cosas de este mundo. Pero esas entidades, de las que hemos hablado antes no habían conseguido, en el pasado, desarrollar una inteligencia de esta clase que actúa hacia el exterior.

Esto es porque no estaban preparadas para afrontar la época de la niebla ígnea. Pero he ahí que existe inteligencia.

El hombre es portador de ella. Estos seres se apoderan entonces de esta inteligencia humana para actuar a través de ella sobre las cosas del mundo. Anteriormente las divinidades lunares habían ejercido su acción sobre el ser humano *por completo*; ahora sólo actúan sobre la mitad de abajo. Sobre la de arriba se extiende la influencia de las entidades inferiores de las que ya hemos hablado.

El ser humano experimenta pues un doble gobierno. Su parte de abajo está situada bajo la influencia de las divinidades lunares, mientras que su personalidad evolucionada cae bajo la acción de las entidades que se

designan por el nombre de su regente: *Lucifer*. Las divinidades luciféricas acaban pues, su propia evolución, sirviéndose de las fuerzas de inteligencia recientemente despertadas en el ser humano. Anteriormente, no habían llegado hasta este grado. Ahora dan a los humanos la disposición a la libertad, permitiéndoles distinguir entre el "bien" y el "mal". Ciertamente, bajo el gobierno único de las divinidades lunares se formó en el hombre el órgano de la inteligencia, pero estos dioses dejaron ese órgano en estado de sueño; no tenían ningún interés en servirse de él, pues poseían sus propias fuerzas de inteligencia. Los seres luciféricos, por su parte, eran favorables al desarrollo de la inteligencia humana y tenían interés en dirigirla hacia las cosas de este mundo. Llegaron, pues, a ser para los hombres los maestros de todo lo que puede ser realizado por medio de la inteligencia humana. Pero no podían ser otra cosa que *instigadores*. En efecto, podían incluso desarrollar la inteligencia *en el hombre*, pero no *en ellos mismos*. En consecuencia la actividad sobre la Tierra conoció dos tendencias. Una provenía directamente de las divinidades lunares y, desde el principio, era conforme a las leyes y reglas de la razón. Las divinidades lunares habían efectuado su aprendizaje desde hacía tiempo, y ya no estaban sujetas a error. Las divinidades luciféricas que trabajaban con los seres humanos, por el contrario, estaban todavía en conquista de la perfección. Bajo su dirección, el hombre tuvo que aprender a encontrar las leyes de su propia naturaleza. Guiado por Lucifer, fue conducido a elevarse "a imagen de los dioses". Pero con ello, se plantea una cuestión: si las entidades luciféricas no han alcanzado, en el curso de su evolución, la capacidad de la actividad inteligente en el seno de la niebla ígnea, ¿en dónde se han parado? ¿Hasta qué grado del desarrollo terrestre eran capaces de coordinar su acción con la de las divinidades lunares? La Crónica del Akasha puede explicarlo. Las entidades luciféricas pudieron asociarse a la creación terrestre hasta el momento en que el Sol se separó de la Tierra. Se comprueba que hasta ese instante, la acción de las entidades luciféricas era un poco menos intensa que la de las divinidades lunares, pero sin embargo formaban parte del grupo de creadores divinos. Después que el Sol se desprendiera de la Tierra, esta última vio desarrollarse una actividad, precisamente la de la niebla ígnea, para la cual los dioses lunares habían sido preparados, pero no los espíritus luciféricos. Estos últimos conocieron entonces un período de reposo, de espera. Luego, una vez disipada la influencia de la niebla ígnea, y que los seres humanos comenzaron a estructurar sus órganos de la inteligencia, entonces los espíritus luciféricos pudieron salir de su retiro. Pues la creación de la inteligencia está emparentada con la actividad del Sol. El despertar de la inteligencia en la naturaleza humana equivale al amanecer de un Sol interior. Esto no sólo se dice en sentido

figurado, sino que corresponde a una realidad. Así cuando el período de niebla ígnea fue disipado de la Tierra, estos espíritus encontraron en el interior del hombre, la posibilidad de reemprender su actividad que estaba ligada al Sol.

Esto permite comprender el origen de la palabra "Lucifer", es decir, "portador de luz", y por qué la ciencia ocultista llama a estos seres "divinidades solares".

Todo lo que sigue sólo será comprensible si nuestra mirada retrocede hacia épocas que han precedido la evolución de la Tierra. Es lo que narrarán los próximos relatos extraídos de la Crónica del Akasha.

Mostraremos cuál fue, sobre otros planetas, el desarrollo de los seres ligados a la Tierra, antes de que pusieran pie sobre ella.

Descubriremos con más precisión la naturaleza de estas "divinidades lunares y divinidades solares". Con ocasión de ello, el desarrollo de los reinos mineral, vegetal y animal, se nos revelará claramente.

CAPITULO XI

ALGUNOS COMENTARIOS NECESARIOS

En lo que sigue, vamos a considerar el desarrollo del hombre y de los seres vinculados a él, en los tiempos que precedieron al "período terrestre"; pues cuando el hombre empezó a unir su destino con el planeta que llamamos "Tierra", ya había pasado por una serie de pasos evolutivos en los que, por decirlo así, se había ido preparando para la existencia terrestre. Hemos de distinguir tres pasos de ese tipo, conocidos como *tres etapas planetarias e evolución*. Los nombres utilizados en la ciencia iniciática, para designar dichas etapas, son los períodos de Saturno, Sol y Luna. Ya veremos que, *en principio*, esos nombres no tienen nada que ver con los cuerpos actuales que en la astronomía ostentan dichos nombres, si bien existe una relación con ellos en un sentido más *amplio*, y que es conocida por el místico avanzado.

A veces diremos que el hombre habitó otros planetas antes de aparecer sobre la Tierra, pero al decir "otros planetas" nos estamos refiriendo a estados evolutivos precedentes de la misma Tierra y sus habitantes. Antes de convertirse en "Tierra", nuestro planeta con todos los seres que a él pertenecen, pasaron por los tres estados de existencia saturnal, solar y lunar. Saturno, Sol y Luna, son, por así decirlo, las tres encarnaciones anteriores de la Tierra, en tiempos remotos. Lo que en ese sentido llamamos Saturno, Sol y Luna, ya no existe hoy como planeta físico, igual como las encarnaciones físicas de un ser humano no existen simultáneamente a la actual.

Ese "desarrollo planetario" del hombre y de los otros seres de la Tierra serán el tema de las siguientes exposiciones. Esto no implica que los tres estados mencionados no fueran precedidos por otros, pero todo lo que los antecede está inmerso en una oscuridad que la actual ciencia iniciática no puede iluminar, puesto que esa investigación no se basa en la especulación, sino en la *experiencia espiritual* real. Así como nuestro ojo físico puede ver lo que hay afuera hasta un límite y no puede ver más allá del horizonte, el "ojo espiritual" sólo puede abarcar hasta un cierto punto en el tiempo. *La ciencia iniciática se basa en la experiencia y se contenta con permanecer dentro de esa experiencia.*

Sólo si queremos rizar el rizo conceptualmente, pretenderemos descubrir qué es lo que existía "en el principio mismo" del Cosmos, o "por qué creó Dios el mundo", etc. Para el investigador del espíritu, se trata más de comprender que a partir de un cierto punto del conocimiento, ya no se plantean dichas preguntas. Todo lo que el hombre necesita para el cumplimiento de su destino en nuestro planeta, se le revela en la *experiencia* espiritual. Quien labore pacientemente en

las experiencias del investigador espiritual verá que, *dentro* de la experiencia espiritual, el hombre puede satisfacer plenamente todas aquellas preguntas que le son vitales. Así por ejemplo, en las siguientes exposiciones, veremos cómo se resuelve la pregunta sobre el "origen del mal" y muchas otras cosas que todos quisiéramos conocer.

De ningún modo queremos implicar que el hombre *nunca* pueda recibir aclaración en preguntas sobre el "origen del mundo" y cuestiones similares. De hecho *puede*, pero para conseguirlo, primero ha de absorber el conocimiento que se le revela *dentro* de la experiencia espiritual más inmediata, y entonces descubre que ha de plantear dichas preguntas de un modo distinto a como lo hubiera hecho antes.

Cuanto más profundamente penetramos en la verdadera ciencia iniciática, tanto más *modestos* nos iremos haciendo. Sólo entonces comprendemos cuán gradual ha de ser nuestra preparación y el camino para ser dignos de cierta penetración: el orgullo y la arrogancia son características humanas que no sirven ya en ciertos niveles del conocimiento. Cuando uno ha comprendido un poco, descubre cuán dilatado es el camino que le queda.

Con el conocimiento descubrimos "cuán poco sabemos", y adquirimos una sensación de la inmensa responsabilidad que se asume cuando hablamos del conocimiento uprasensible. Pero la humanidad no puede vivir sin dicho conocimiento. Mas quien difunda ese conocimiento necesita modestia y verdadera auto crítica, una inquebrantable aspiración a conocerse a sí mismo y la máxima prudencia.

Estas observaciones son necesarias, porque vamos a seguir ascendiendo a conocimientos aún superiores, de los que hasta ahora hemos expuesto en las anteriores secciones de la Crónica Akáshica.

A los panoramas que se abrirán en los ensayos siguientes, relativos al pasado del hombre, seguirán otros que muestran *el futuro*, porque el futuro se puede revelar al verdadero conocimiento espiritual, si bien sólo en la medida en que sea necesario al hombre en el cumplimiento de su destino. Quien no tenga nada que ver con la ciencia iniciática y asentado en sus prejuicios considere mera fantasía y sueños lo que procede de aquélla, no comprenderá esa relación con el futuro. Pero una simple consideración lógica nos aclararía el por qué; no obstante, sólo se aceptan dichas consideraciones, cuando coinciden con las ideas preconcebidas que uno se ha hecho. Los prejuicios son poderosos enemigos de la lógica.

Si se combinan el azufre, el oxígeno y el hidrógeno en ciertas condiciones, se ha de producir ácido sulfúrico de acuerdo con una ley inevitable. El estudiante de química puede *predecir* lo que ha de suceder si esos tres elementos entran en contacto en determinadas condiciones. De ese modo, el estudiante de química es un profeta en el limitado campo del mundo material. Su profecía sólo sería falsa si las leyes de la

naturaleza cambiasen de golpe. El científico del espíritu investiga las leyes espirituales de la misma manera en que el físico o el químico investigan las leyes materiales, haciéndolo según el método y la exactitud que se requieren en el campo espiritual. Sin embargo, el desarrollo de la humanidad depende de esas grandes leyes espirituales. E igual como el oxígeno, el hidrógeno y el azufre no se combinarán en el futuro contraviniendo las leyes naturales, del mismo modo no sucederá nada en la vida espiritual que sea contrario a las leyes espirituales. Quien conoce esas leyes espirituales puede contemplar la *ordenación del futuro*.

Utilizamos intencionadamente esa comparación para la predicción profética del futuro destino de la humanidad, porque la verdadera ciencia iniciática comprende esa predicción precisamente en ese sentido. Para quien tenga una idea clara del ocultismo, la objeción de que es imposible la libertad humana porque se pueden prever acontecimientos, verá que es una objeción sin fundamento.

Lo que puede ser previsto, es lo que está de acuerdo con la ley, pero la voluntad no está determinada por una ley. E igual como es cierto que, en *todos* los casos el oxígeno, el hidrógeno y el azufre se combinan en ácido sulfúrico de acuerdo con una ley definida, del mismo modo es cierto que establecer las condiciones en las cuales actuará la ley puede depender de la voluntad humana. Y así sucederá con los grandes acontecimientos y destinos humanos del futuro. Como científico del espíritu, se las puede prever, si bien sólo la elección humana puede producirlos. El prevé lo que se lleva a cabo por la libertad humana. Los capítulos posteriores mostrarán que es posible.

No obstante, hay que tener en cuenta *una* diferencia esencial entre la predicción de acontecimientos, mediante la ciencia física y mediante la ciencia espiritual. La ciencia física se basa en los conocimientos del entendimiento y por tanto su profecía se basa, tan sólo, en el intelecto que ha de depender de juicios, deducciones, combinaciones, etc. *La profecía por medio de la cognición espiritual*, por el contrario, parte de una *visión o percepción superior*. El investigador espiritual ha de evitar rigurosamente el representarse cosas que se basen en la mera reflexión, combinación, especulación, etc. Ha de practicar la más consecuente renunciación y tener claro que toda especulación o disquisición filosófica, no es sino un impedimento a la verdadera visión. Esas actividades forman parte todavía de la naturaleza inferior del hombre, mientras que la verdadera cognición superior, comienza tan sólo cuando su naturaleza se eleva a la constitución superior humana. Con esto no decimos nada contra las actividades intelectuales, que no sólo están plenamente justificadas en su propio campo, sino que son las *únicas* justificadas. En sí misma, ninguna cosa es superior o inferior; lo es sólo en relación a otras cosas. Lo que es superior en un aspecto puede ser muy inferior en

otro. Pero ha de ser comprendido con la *visión*, *no puede* entenderse con la mera reflexión o con las mejores combinaciones del intelecto. Una persona puede ser muy "ingeniosa" en el sentido usual de la palabra, pero su "ingeniosidad" no le servirá de nada para el conocimiento de verdades suprasensibles.

Incluso habrá de renunciar a ella y entregarse a la visión superior. Entonces percibirá las cosas sin su reflexión "ingeniosa", igual como percibe las flores del campo sin reflexión ulterior. No nos sirve el reflexionar sobre el aspecto de un prado, ahí el intelecto es impotente, y lo mismo sucede con la visión en los mundos superiores.

Lo que de este modo puede decirse proféticamente sobre el futuro del hombre, es la base de todos los *ideales* que tienen un significado real y *práctico*. Si han de tener algún valor, los ideales han de estar enraizados tan profundamente en el mundo espiritual como las leyes naturales lo están en el mundo natural. Esos verdaderos ideales han de ser leyes de desarrollo; de lo contrario surgen de un entusiasmo extremado y de una fantasía sin valor, y nunca pueden realizarse. En el más amplio sentido, todos los grandes ideales de la historia del mundo surgieron del conocimiento claro, ya que, en último término, todos ellos nacen con los grandes investigadores del espíritu o iniciados y los menores, que colaboran en el desarrollo de la humanidad, se orientan a sí mismos consciente o a veces -y con más frecuencia- *inconscientemente*, siguiendo las instrucciones de los científicos del espíritu.

Todo lo inconsciente ha surgido de algo consciente. El albañil que trabaja en una casa "inconscientemente", se orienta según las ideas conscientes de los que han determinado su ubicación, el estilo de su construcción, etc.

Pero esa determinación de lugar y estilo se basa en algo que permanece inconsciente para quienes lo han determinado, pero que es o fue *consciente* para otros. Un artista, por ejemplo, sabe por qué un cierto estilo requiere aquí una línea recta, una curva allá, etc. El que utiliza ese estilo para la casa quizás no sea consciente del "por qué".

Lo mismo sucede con los grandes acontecimientos en la evolución del mundo y de la humanidad. Detrás de los que actúan en un cierto campo, se hallan otros que laboran más conscientemente y de ese modo, la escala de conciencia asciende y desciende.

Tras la masa general de los hombres están los inventores, artistas, científicos, etc. Tras ellos se hallan los iniciados de la ciencia de los Misterios y tras ellos se hallan seres suprasensibles. La evolución del mundo y de la humanidad se hace inteligible sólo si comprendemos que la conciencia humana común es tan sólo *una* forma de conciencia, y que hay otras *superiores e inferiores*, aunque no hemos de malinterpretar las expresiones "superior e inferior". Sólo tienen sentido en relación al lugar donde uno se encuentra; en ese aspecto, no son diferentes de

cuando decimos" derecha e izquierda". Cuando estamos en un sitio concreto, algunos objetos están a la "derecha" o a la "izquierda". Si nos movemos un poco a la derecha, los objetos que antes estaban a la derecha, están luego a la izquierda. Lo mismo sucede con los niveles de conciencia que se hallan "por encima" o "por debajo" de la conciencia humana común. Cuando el hombre se desarrolla más, cambian sus relaciones con los demás niveles de conciencia, pero esos cambios están ligados a su evolución. Por ello es importante señalar esos otros niveles de conciencia por medio de ejemplos.

La colmena o la magnífica sociedad encarnada en un hormiguero nos dan bases para dicha indicación. La colaboración de las diferentes clases de insectos (hembras, machos, trabajadores) se realiza de un modo completamente sistemático. La distribución de tareas entre las diversas categorías sólo puede descubrirse como expresión de verdadera sabiduría. Lo que ahí sucede es un efecto de un tipo de conciencia, igual que las instituciones humanas en el mundo físico (tecnología, arte, Estado, etc.) lo son de la conciencia humana. No obstante, la conciencia que fundamenta la colmena o el hormiguero, no la encontraremos en el mismo mundo físico en el que vive la conciencia humana ordinaria. Para descubrir la situación, podemos expresarnos más o menos como sigue. Nos encontramos con un hombre en el mundo físico; sus órganos físicos y toda su estructura están hechos de tal forma que, en un principio, buscaremos su conciencia también en ese mundo físico. La cosa es distinta con la colmena o el hormiguero. No podemos confinarnos al mundo físico al referimos a la conciencia en ellos subyacente. Hemos de decir que para encontrar el principio ordenador de la colmena o el hormiguero no podemos encerrarnos en el mundo en el que las abejas o las hormigas viven en sus cuerpos físicos; el espíritu "consciente" hay que buscarlo directamente en otro mundo. El mismo espíritu consciente que en el hombre vive en el mundo físico, se halla, en el caso de dichas colonias animales, en un mundo *suprasensible*. Si con su conciencia, el hombre pudiera elevarse a ese mundo suprasensible, sería capaz de saludar al "espíritu de las abejas o de las hormigas" en plena conciencia, como si fuera un ser hermano. *El vidente puede hacer eso verdaderamente.*

Por eso, en los ejemplos antes citados, nos hallamos frente a seres que son conscientes en otros mundos y que alcanzan el mundo físico tan sólo con sus órganos físicos, que son las abejas u hormigas individuales. Es perfectamente posible que una conciencia como la de la colmena o del hormiguero, hubiera existido en el mundo físico en anteriores períodos evolutivos, como sucede hoy con el hombre, pero que luego fuera elevándose, dejando tras de sí, en el mundo físico, sólo sus órganos de actividad, es decir, los especímenes de las abejas y las hormigas. Ese curso evolutivo seguirá el hombre en el futuro. En cierto

modo ya ha tenido lugar entre los videntes en el presente. Que la conciencia del hombre contemporáneo opere en el mundo físico se debe a que sus partículas físicas -las moléculas del cerebro y de los nervios- se hallan en una particular relación mutua. Lo que ya vimos con mayor detalle en otro aspecto en mi libro: "¿Cómo se alcanza el conocimiento de los Mundos Superiores?", también lo citaremos aquí brevemente. En el transcurso del desarrollo superior del hombre, se disuelve la vinculación habitual de las moléculas cerebrales, haciéndose más inconexa, de tal manera que el cerebro de un vidente podría compararse realmente con un hormiguero, aunque no se pueda demostrar *anatómicamente* dicha segmentación. Esos procesos suceden de modos distintos en las diferentes actividades en el mundo. Hace mucho tiempo, las moléculas individuales del hormiguero, es decir, las hormigas mismas, se hallaban firmemente conectadas, como hoy lo están las del cerebro humano. En aquel entonces, la conciencia que les correspondía se hallaba en el mundo físico, como lo está hoy la del hombre. Cuando la conciencia humana viaje a mundos "superiores" en el futuro, la conexión entre las partes materiales en el mundo físico será tan ligera como lo es hoy entre las hormigas individuales.

Lo que sucederá físicamente a todos los hombres ya tiene lugar hoy en el cerebro del vidente, pero ningún instrumento del mundo sensorio es suficientemente delicado, para mostrar la desvinculación que se produce con esa evolución anticipada. Igual como existen tres categorías entre las abejas, reinas, zánganos y trabajadoras, existen tres categorías de moléculas en el "cerebro vidente", moléculas que son realmente seres vivos individuales, puestos en colaboración consciente por la conciencia del vidente que se halla en un mundo superior.

Otro nivel de conciencia lo constituye lo que llamamos *el espíritu del pueblo o espíritu racial*. Para el investigador espiritual también existe una conciencia en la base de las influencias comunes y sabias que aparecen en la vida comunitaria de los miembros de un pueblo o de una raza. Con la investigación espiritual descubrimos que esa conciencia se halla en otro mundo, como sucedía con la conciencia de una colmena o de un hormiguero. Sin embargo no existen órganos en el mundo físico para esa "conciencia racial" o de "pueblo"; en realidad esos órganos hay que buscarlos sólo en el llamado mundo astral.

Así como la conciencia de la colmena actúa a través de las abejas físicas, la conciencia del pueblo actúa por medio de los cuerpos astrales de los hombres que pertenecen a dicho pueblo. En el caso de esos "espíritus raciales o de pueblo", nos enfrentamos a un tipo de entidades distintas de la que habita en el hombre y de la que habita en una colmena.

Si tuviéramos que mostrar con claridad qué relación tienen con el hombre, entidades superiores e inferiores, tendríamos que dar muchos

ejemplos. Confiamos, no obstante, que lo que se ha dicho será suficiente para introducir una idea de los derroteros de la evolución humana que describiremos en los capítulos siguientes; porque el desarrollo humano sólo es comprensible cuando consideramos que el hombre evoluciona en compañía de seres cuya conciencia existe en mundos distintos al suyo. Lo que sucede en el mundo humano depende también de esos seres ligados a otros grados de conciencia, y por ello sólo es inteligible si lo ligamos a ese hecho.

CAPITULO XII

SOBRE EL ORIGEN DE LA TIERRA

Como individuo, el hombre ha de pasar por diversas etapas después de su nacimiento y del mismo modo que ha de ascender por la infancia y la niñez hasta la edad adulta de madurez, la humanidad global también ha de pasar por un proceso semejante. La humanidad ha evolucionado hasta su condición actual, pasando por diversas etapas.

Con los métodos clarividentes podemos distinguir tres etapas principales de ese desarrollo de la humanidad que tuvieron lugar antes de la formación de la *Tierra*. Por eso, hoy nos hallamos en la cuarta etapa en la vida universal del hombre. En la descripción que vamos a hacer mostraremos una explicación profunda, en la medida que ello es posible en palabras comunes, sin recurrir al modo de expresión de la ciencia iniciática.

Antes de que la Tierra existiera, existía ya el hombre; pero no hemos de imaginar, como se ha hecho a veces, que quizás haya vivido en otros planetas y que en un momento determinado emigró a la Tierra. En realidad la Tierra evolucionó conjuntamente con el hombre. Igual como éste ha pasado por tres principales etapas evolutivas, la Tierra también lo hizo antes de convertirse en la que hoy llamamos "Tierra". En principio, como ya dijimos antes, hemos de prescindir del significado que la ciencia contemporánea relaciona con los nombres de "Saturno", "Sol" y "Luna", si queremos ver en su luz correcta las explicaciones del investigador espiritual en este campo. Por el momento no debíamos darle a dichos nombres ningún otro significado que el que le daremos directamente en las comunicaciones siguientes.

Antes de que el cuerpo celeste donde vive el hombre se convirtiera en "Tierra" tuvo otras tres formas, que conocemos como Saturno, Sol y Luna. Podemos hablar, pues, de cuatro planetas en donde tuvieron lugar las cuatro principales etapas evolutivas de la humanidad. Por lo tanto, antes de que la Tierra se convirtiera en "Tierra" fue Luna, fue Sol y fue Saturno. Como ya veremos luego, podemos asumir que la Tierra habrá de pasar todavía otras tres etapas evolutivas, que en la ciencia iniciática se conocen con los nombres de Júpiter, Venus y Vulcano. Es decir, el cuerpo celeste con el que está ligado el destino humano ha pasado por tres etapas en el pasado, se halla ahora en la cuarta y en el futuro habrá de pasar por otras tres, hasta que las facultades que el hombre porta en su interior se hayan desarrollado, hasta que llegue a la cima de su perfección.

El desarrollo humano y el de su planeta no proceden con la misma continuidad como, por ejemplo, un individuo humano cuando pasa por la

niñez, la adolescencia, etc., en que una fase sucede a la otra casi imperceptiblemente.

En la humanidad y en el planeta se producen ciertas interrupciones. La condición saturnal no pasa inmediatamente a la solar. Entre la evolución de Saturno y la del Sol, entre toda etapa planetaria y la siguiente, existen condiciones intermedias que podrían compararse con las noches entre dos días, o con la condición latente de una semilla antes de que se desarrolle en planta completa.

Imitando las descripciones orientales para esos estados, la teosofía contemporánea denomina Manvantara al estado evolutivo en que la vida procede externamente; y llama Pralaya al estado de reposo intermedio. De acuerdo con la ciencia iniciática europea podemos usar el término "ciclo abierto" para la primera condición y "ciclo oculto o cerrado" para la segunda, aunque también se utilicen otros términos. Saturno, Sol y Luna, Tierra, etc., son "ciclos abiertos" y los períodos de reposo entre ellos son "ciclos cerrados" .

Sería erróneo pensar que en los períodos de reposo no existe vida alguna, aunque esa idea la encontramos hoy en algunos círculos teosóficos. Igual como el hombre no deja de vivir cuando duerme, su vida y la de su cuerpo celeste no se extinguen durante los "ciclos cerrados" (Pralaya), si bien las condiciones de vida en esos períodos no son perceptibles con los sentidos desarrollados durante los *11* ciclos abiertos", igual como sucede con el hombre que no percibe lo que sucede a su alrededor mientras duerme. La razón de utilizar el término "ciclo" para esas fases evolutivas se nos hará clara en las posteriores exposiciones. Más tarde hablaremos de la enorme duración de dichos "ciclos".

Podemos hallar un hilo conductor a lo largo de esos ciclos siguiendo la evolución de la *conciencia* humana a través de ellos. Todo lo demás puede surgir a partir de esa consideración de la conciencia.

La conciencia que el hombre desarrolla durante su vida en la Tierra la llamaremos, de acuerdo con la ciencia iniciática europea, "clara conciencia vigílica". Consiste en percibir las cosas y seres del mundo por medio de los sentidos actuales y hacerse ideas y representaciones sobre ellas con ayuda del intelecto y la razón. El hombre actúa entonces en el mundo sensorial de acuerdo con esas percepciones, representaciones e ideas. Este tipo de ,conciencia la ha adquirido el hombre recientemente, en el cuarto período principal de su desarrollo cósmico. En Saturno, Sol y Luna todavía no existía; en esos ciclos el hombre vivía en otros estados de conciencia. Por ello, podemos describir las tres etapas evolutivas precedentes, como desarrollo de estados inferiores de conciencia. El estado de conciencia más inferior lo pasó en la evolución saturnal; en la solar es ya superior, y aún más lo es el estado de conciencia lunar hasta que llegamos al estado terrestre.

Esos anteriores estados de conciencia se distinguen sobre todo de la terrestre por dos rasgos: por su grado de claridad y por el área en que se extiende la percepción del hombre.

El grado de conciencia de Saturno es el de mínima claridad, es totalmente oscuro. Es difícil dar una idea exacta de esa sordidez, si tenemos en cuenta que la oscuridad del dormir profundo es aún más clara que esa conciencia saturnal. En estados anormales de trance profundo, el hombre todavía puede caer en ese estado de conciencia. El clarividente en el sentido de la ciencia iniciática, también puede hacerse una representación correcta de ese estado, pero en ningún sentido vive él mismo en ese estado de conciencia. Por el contrario, él asciende a un estado muy superior que en algunos aspectos es similar al original. En el hombre corriente de la actual etapa terrestre, ese estado por el que una vez pasó ha sido eclipsado por la "clara conciencia vigílica". El médium que cae en trance profundo, sin embargo, retrocede hasta él, percibiendo de la misma manera en que todos percibíamos en el "período de Saturno". Un médium así nos puede explicar las experiencias similares a las del estado saturnal, o cuando está en trance o cuando ha despertado.

Pero habríamos de decir, con más precisión, que son estados "semejantes", pero no "idénticos", porque los acontecimientos que tuvieron lugar en Saturno, pasaron de una vez por todas; hoy sólo tienen lugar en el entorno, del hombre eventos que tienen una cierta afinidad con aquellos que sólo pueden percibirse con la "conciencia saturnal" .

Igual que el médium, el clarividente antes mencionado adquiere la conciencia saturnal, pero además mantiene su "clara conciencia vigílica", conciencia que el hombre aún no poseía en Saturno y que el médium pierde en su estado de trance. Este clarividente no está en la conciencia saturnal misma, pero puede hacerse una representación de la misma. Si bien esa conciencia saturnal es inferior en varios grados a la conciencia vigílica actual, en cuanto a su claridad, es superior a esta última en lo que se refiere al ampo que abarca lo que puede percibir. En su oscuridad, no sólo puede percibir lo que sucede en su propio cuerpo celeste hasta el último detalle, sino también los objetos y seres de otros cuerpos celestes relacionados con Saturno, pudiendo también ejercer cierta influencia sobre ellos. No hace falta decir que esa captación de los otros cuerpos celestes era muy distinta de la que el hombre actual puede realizar por medio de su astronomía científica, basada en la "clara conciencia vigílica" y por ello percibe los demás cuerpos celestes desde afuera. Pero en la conciencia saturnal se produce una inmediata sensación o vivencia de lo que sucede en los otros cuerpos celestes. (El habitante de Saturno vivencia los objetos y acontecimientos de otros cuerpos celestes y del propio, tal como el hombre actual vivencia su

propio corazón y pulsación u otros procesos similares de su cuerpo, si bien de un modo aproximativo). Esa conciencia saturnal se fue desarrollando paulatinamente.

Como primera etapa principal en el desarrollo de la humanidad, pasó por una serie de fases subordinadas conocidas en la ciencia iniciática europea como "pequeños ciclos". En la literatura teosófica se ha llamado "rondas" a esos pequeños ciclos y "globos" a sus subdivisiones respectivas.

Ya hablaremos de ellos más adelante. Con el fin de lograr mayor claridad solamente seguiremos ahora las principales etapas evolutivas. Por el momento sólo hablaremos del hombre, aunque fuera acompañado de la evolución de entidades y objetos inferiores y superiores. Ya hablaremos del desarrollo de otras entidades cuando hayamos hablado del desarrollo humano.

Cuando finalizó el desarrollo de la conciencia de Saturno, se produjo uno de esos prolongados períodos de reposo (Pralaya) antes mencionados, después del cual emergió del cuerpo celeste del hombre lo que conocemos en la ciencia iniciática con el nombre de "Sol". En el Sol, los hombres vuelven a emerger de su sueño y poseen como predisposición la conciencia saturnal desarrollada previamente, pues su nueva conciencia la desarrollarán desde ese germen. Podemos decir que en el Sol el hombre repitió el estado saturnal antes de ascender a uno superior. No obstante no es que sea una mera repetición sino una recapitulación modificada. Más tarde hablaremos de esas transformaciones cuando tratemos de los ciclos menores, donde veremos las diferencias entre esas "repeticiones" específicas. Por ahora nos limitaremos a describir el desarrollo de la conciencia.

Una vez recapitulado el estado saturnal, aparece la "conciencia solar" del hombre. Se trata de una conciencia algo más lúcida que la anterior, pero a su vez ha perdido algo de la amplitud de visión. En el sueño profundo sin sueños tenemos hoy un estado de conciencia similar al que tuvimos en el Sol. Pero quien no sea clarividente o médium no puede percibir los objetos y seres correspondientes a la conciencia solar. Con el trance de un médium reducido a ese estado y con la conciencia superior del verdadero clarividente, sucede algo parecido a lo que dijimos con respecto a la conciencia saturnal.

La extensión de la conciencia solar está limitada al Sol y a los cuerpos celestes ligados a él más íntimamente.

Sólo son esos cuerpos y lo que en ellos sucede lo que el "habitante" del Sol puede percibir, de forma similar a como el hombre de hoy vivencia su pulsación cardíaca.

De ese modo, el habitante del Sol podía participar también en la vida de los cuerpos celestes que no pertenecían a la esfera inmediata del Sol.

Cuando la etapa solar pasó por los ciclos subordinados, penetra en un estado de reposo, después del cual, emerge de ese cuerpo celeste del hombre su "existencia lunar". Antes de ascender, el hombre vuelve a pasar por las etapas de Saturno y del Sol, recapitulándolas durante dos ciclos menores, y sólo luego penetra su conciencia lunar. Podemos hacer una idea aproximada de esta última, si tenemos en cuenta la similitud que existe entre esa etapa de conciencia y el sueño con ensueños. Hay que decir explícitamente que sólo se puede hablar de *semejanza*, pero no de identidad. Si bien es cierto que la conciencia de la Luna está hecha de imágenes, como las que aparecen en los sueños, esas imágenes no obstante se corresponden con los objetos y sucesos que tienen lugar alrededor del hombre, de modo similar a como hacen las ideas de la actual "clara conciencia vigílica". Mas esa correspondencia es todavía crepuscular, pictórica. Podemos imaginarnos ese estado suponiendo que un hombre lunar se acerque a un objeto, digamos a la sal. (Aunque en aquella época no existía la sal en su forma actual y por ello hemos de quedarnos en el campo de las meras comparaciones). Ese ser lunar, predecesor del hombre actual, no percibe el objeto en su extensión espacial, con un color y una forma definida; lo que hace es acercarse a ese objeto y éste le produce una imagen en su interior, parecida a la de un sueño. Esa imagen tiene ciertas tonalidades que dependen de las características del objeto. Si este es agradable y útil al ser que la "percibe", la tonalidad será clara, de matices amarillos o verdes; si el objeto es desagradable o dañino, aparece un matiz rojizo, como de la sangre. El clarividente también ve lo mismo hoy en día, sólo que es plenamente consciente durante su visión. El habitante lunar, por el contrario, tenía sólo una conciencia onírica, crepuscular. Las imágenes que surgían en su interior mantenían una relación exactamente definida con el entorno, no habiendo en ellas nada de arbitrario. Era posible orientarse gracias a ellas; se actuaba bajo la impresión de esas imágenes, del mismo modo como hoy actuamos a partir de la impresión de las percepciones sensoriales. El desarrollo de esa conciencia onírica, tercera etapa principal, fue la tarea del "ciclo lunar". Cuando la "Luna" pasó por sus propios 11 ciclos menores se volvió a producir un nuevo período de latencia (Pralaya), tras el cual emergió la "Tierra" desde la oscuridad.

CAPITULO XIII

LA TIERRA y SU FUTURO

La cuarta etapa principal de la evolución humana transcurre en la Tierra; es este el estado de conciencia en el que el hombre se halla actualmente. Antes de llegar a él, sin embargo, tanto él como la Tierra tuvieron que recapitular sucesivamente las etapas de Saturno, Sol y Luna en tres ciclos menores (las llamadas "rondas" en la literatura teosófica). El hombre hoy vive en el cuarto ciclo menor terrestre del que ha pasado ya un punto medio.

En esta etapa de conciencia, el hombre ya no percibe, como si fuera en sueños, las imágenes que surgen en su alma, con motivo del efecto que en él produce el entorno, sino que los objetos se le aparecen "afuera, en el espacio". En la Luna y en las fases recapitulares de la Tierra, cuando un objeto se le acercaba al hombre, le surgía en el alma una imagen cromática. El conjunto de su conciencia consistía en dichas imágenes, tonos, etc., que fluctuaban en el alma. Sólo cuando apareció el cuarto estado de conciencia dejaron de surgir en el alma esos colores, siendo sustituidos por un objeto externo, espacialmente delimitado; el sonido ya no es una resonancia interna del alma, sino la vibración de un objeto en el espacio. Por eso, en la ciencia iniciática también se llama a ese estado terrestre de conciencia, "conciencia objetiva". Se fue formando paulatinamente en el transcurso de la evolución con el surgir progresivo de los órganos físicos sensorios, haciéndose así perceptibles, las más diversas cualidades sensorias en los objetos externos. Además de los sentidos ya desarrollados, existen otros en estado germinal que llegarán a su pleno desarrollo en el siguiente período terrestre y que mostrarán el mundo sensorio en una diversidad mucho mayor que la actual.

El progresivo crecimiento de esa conciencia terrestre ya fue descrito en las páginas anteriores, pero lo ampliaremos y completaremos en sus puntos esenciales en las páginas siguientes.

El mundo cromático, el mundo sonoro, etc., que antes percibía el hombre en su interior, se enfrenta con él desde afuera, en el espacio, durante la vida en la Tierra. Pero a su vez, surge dentro de él un nuevo mundo, el mundo de las ideas o pensamientos. No podemos hablar de ideas y pensamientos en relación con la conciencia lunar que consta sólo de las imágenes descritas. Hacia mediados del desarrollo terrestre, aunque ello ya se estuviera preparando un poco antes, se desarrolló en el hombre la capacidad de hacerse ideas y pensamientos sobre los objetos, que es la base de la memoria y de la autoconciencia.

Sólo el hombre conceptual puede desenvolver la memoria de lo que ha percibido y sólo el hombre pensante alcanza el punto en que se diferencia a sí mismo del entorno como ser independiente y

autoconsciente, reconociéndose a sí mismo como un "yo". Las primeras tres etapas descritas fueron grados de conciencia, la cuarta no es sólo conciencia, sino *autoconciencia*. Pero dentro de la autoconciencia, de la actual vida de pensamientos, ya se desarrolla una disposición hacia estados de conciencia aún más elevados, que el hombre vivenciará en los próximos planetas en los que se irá convirtiendo la Tierra después de su forma actual. No es absurdo hablar sobre estos futuros estados de conciencia, por tanto, sobre la vida en los planetas siguientes. En primer lugar, por razones que explicaremos más tarde, el clarividente se halla delante de sus contemporáneos en su propio desarrollo, de modo que ya se desenvuelven en él los estados de conciencia que la humanidad entera habrá de alcanzar con el avance de la evolución planetaria. En la conciencia del clarividente encontramos imágenes de las futuras etapas de la humanidad. En realidad esos tres siguientes estados de conciencia ya se hallan presentes germinalmente en todos los hombres, y la investigación clarividente tiene medios para indicar lo que surgirá de esos estados germinales.

Al decir que el clarividente ya está desarrollando en sí mismo estados de conciencia a los que llegará la humanidad en el futuro, hemos de hacer ciertas restricciones. El clarividente, por ejemplo, desarrolla en el mundo anímico una visión que en el futuro aparecerá en el hombre de un modo físico. Pero esa condición física futura del hombre será una réplica fiel de la que, de un modo anímico, tiene el clarividente actual. La Tierra misma va a ir evolucionando, a raíz de lo cual irán apareciendo en sus futuros habitantes físicos, formas muy distintas a las actuales, pero esas formas físicas se están preparando hoy en las espirituales y anímicas. Así por ejemplo, lo que hoy ve el clarividente en forma de nube de luz y color, en tomo al cuerpo físico y que llamamos "aura"; se convertirá en el futuro en una forma física. Otros órganos sensorios distintos a los actuales le darán al hombre futuro la capacidad de percibir otras formas. No obstante, el clarividente ya puede ver hoy los modelos espirituales de las futuras entidades materiales con sus sentidos espirituales.

A él, le es posible una *visión en el futuro*, aunque nos sea difícil dar una idea de ese tipo de visión con el lenguaje y las representaciones humanas actuales.

Las representaciones del actual estado de conciencia son umbrías y pálidas en comparación con los objetos cromáticos y sonoros del mundo externo. Por eso, se habla de las representaciones como si fueran algo "irreal".

Se contraponen los "meros pensamientos" con objetos o seres "reales", porque éstos son perceptibles a los sentidos. Pero las representaciones y los pensamientos, llevan en su interior la potencialidad para convertirse a su vez en reales. Si el hombre habla de la representación "rojo", al tener un objeto rojo ante él, esa representación es una mera imagen,

una sombra del verdadero "rojo". Posteriormente, el hombre llegará al punto en que no sólo podrá hacer surgir la pálida representación del "rojo" en el alma, sino que al pensar "rojo", éste hallará realmente frente a él. El hombre será capaz crear imágenes, y no sólo representaciones. Con el habrá alcanzado algo semejante a lo que ya existía en conciencia lunar, sólo que las imágenes no subirán ni bajarán dentro de él como sueños, sino que él las hará surgir en plena *autoconciencia*, como hoy hace ya con representaciones. La representación del color será color mismo, la del sonido será el sonido mismo, etc. , el futuro el hombre hará fluir en su alma, por su propia capacidad, un mundo de imágenes, mientras que en la Luna, ese mundo de imágenes llenaba su interior sin él interviniera. Mientras tanto, no desaparecerá el carácter espacial del mundo externo objetivo. El color surja junto a la representación del color, no será sólo imagen en el alma, sino que aparecerá en el espacio interior. Gracias a ello, el hombre será capaz de percibir objetos de rango superior a los de su actual mundo circundante, seres y objetos de una índole anímica y espiritual muy sutil, razón por la cual no se revisten de los colores objetivos que hoy percibimos con nuestros sentidos físicos; sin embargo, dichos seres y objetos se revelarán por medio de los más sutiles colores y sonidos anímicos y espirituales que el hombre futuro será capaz de crear desde sí mismo.

El hombre se acerca a un estado en que poseerá una *"conciencia autoconsciente de imágenes"* adecuada a esas percepciones. Por un lado, la evolución de la Tierra elevará la actual vida de representaciones y pensamientos a un estado cada vez superior, más sutil y perfecto; por otro lado, la conciencia pictórica autoconsciente se irá desarrollando en ese período, si bien sólo alcanzará su plena madurez e intensidad en el planeta en que la Tierra se transformará, y que es conocido con el nombre de "Júpiter", en la ciencia iniciática. El hombre podrá entonces comunicarse con seres hoy ocultos totalmente a su percepción sensoria. No sólo la vida perceptiva será muy distinta, sino también se verán plenamente transformados los sentimientos, acciones y todas las relaciones con el entorno. Si hoy el hombre puede influenciar conscientemente sólo a seres sensorios, en el futuro podrá actuar conscientemente sobre fuerzas y poderes muy distintos.

El mismo recibirá conscientemente influencias de reinos muy diferentes a los actuales. En esa etapa ya no se podrá hablar de nacimiento y muerte en el sentido actual, Porque la "muerte" se produce sólo porque la conciencia depende de un mundo externo con el que se comunica por medio de los órganos físicos sensoriales.

Cuando estos faltan, cesa toda relación con el entorno, y en ese sentido el hombre "ha muerto". No obstante, si el alma está suficientemente avanzada para no recibir las influencias del mundo externo mediante

instrumentos físicos y las recibe mediante las imágenes que el alma crea desde sí misma, habrá alcanzado el punto en que se podrá regular su intercambio voluntario con el entorno, es decir, su vida no se verá interrumpida en contra de su voluntad; ella regirá sobre el nacimiento y la muerte. Todo esto sucederá en la conciencia pictórica autoconsciente en "Júpiter", estado anímico también llamado "conciencia psíquica". El siguiente estado de conciencia que desarrollará el hombre en el planeta siguiente, en "Venus", se distingue del anterior por el hecho de que el alma no sólo podrá crear imágenes, sino también objetos y seres. Ello sucede con la *conciencia autoconsciente de objetos o conciencia suprasíquica*. Con la conciencia pictórica el hombre puede percibir algo de los seres y objetos suprasensibles y puede influenciarlos con el despertar de sus representaciones de imágenes. Pero para que suceda lo que él desea de esos seres suprasensibles, dichos seres, por iniciativa del hombre, han de poner en movimiento sus propias fuerzas. De ese modo el hombre domina las imágenes y puede producir efectos por medio de ellas, pero aún no domina las fuerzas mismas. Cuando desarrolle su conciencia *objetual* autoconsciente de objetos, dominará también las fuerzas creativas de otros mundos, no sólo percibirá e influenciará a otros seres, sino que él mismo será creador. Ese es el transcurso evolutivo de la conciencia, primero empieza siendo crepuscular, no se percibe nada de otros objetos ni seres, tan sólo las experiencias internas (imágenes) del alma propia; luego se desarrolla la percepción, y finalmente la conciencia perceptiva se transforma en conciencia creativa. Antes de que el estado terrestre se transfiera a la vida de Júpiter, después del cuarto ciclo terrestre, han de pasar otros tres ciclos menores que sirven para la ulterior perfección de la conciencia terrestre de un modo que describiremos más adelante, cuando mencionemos el desarrollo de los ciclos menores y sus subdivisiones para cada uno de los siete planetas. Luego, tras un período de reposo (Pralaya), la Tierra se convierte en [Júpiter, y cuando el hombre haya llegado a dicho planeta, habrán de recapitularse los cuatro estados anteriores, Saturno, Sol, Luna y Tierra, en cuatro ciclos menores, y sólo a partir del quinto ciclo dentro de Júpiter, alcanzará el hombre el grado antes descrito, como la verdadera conciencia de Júpiter. De modo semejante, "la conciencia de Venus" aparecerá durante el sexto ciclo de Venus. Vamos a señalar un hecho que va a jugar un cierto papel en las exposiciones que siguen. Se trata de la velocidad en que transcurre el desarrollo en los diversos planetas, que es distinta en cada uno de ellos. La vida transcurre a la máxima velocidad en Saturno, disminuye luego en el Sol, se hace aún más lenta en la Luna y alcanza su máxima lentitud en la Tierra, donde se hace cada vez más lenta, hasta que se desarrolla la autoconciencia. Luego vuelve a incrementarse la velocidad.

Por eso, el hombre hoy ya pasó por su máxima lentitud evolutiva, la vida ha comenzado nuevamente a acelerarse. En Júpiter se alcanzará otra vez la velocidad de la Luna y en Venus la del Sol.

El último planeta de entre la serie de transformaciones de la Tierra, el siguiente a Venus, es conocido en la ciencia iniciática como "Vulcano", Allí se alcanza la meta provisional de la evolución de la humanidad. El estado de conciencia en el que entra el hombre allí es el de "beatitud" o conciencia espiritual, que alcanzará en el séptimo ciclomenor de Vulcano, una vez pasados los seis precedentes. No se puede decir mucho públicamente sobre la vida en dicho planeta. En la ciencia iniciática se habla de él, diciendo: "Ningún alma cuyo pensar se halla ligado a un cuerpo físico debiera reflexionar sobre Vulcano y su existencia". Es decir, sólo los estudiantes de los misterios del orden superior, capaces de abandonar su cuerpo físico y adquirir el conocimiento suprasensible afuera de él, pueden aprender algo respecto a Vulcano.

De ese modo, las siete etapas de conciencia se expresan en la evolución de la humanidad en siete fases evolutivas planetarias. En cada grado, la conciencia ha de pasar por siete estados subordinados, que se realizan en los ciclos menores mencionados (llamados "rondas" en los escritos teosóficos). Esos estados menores se conocen en la ciencia iniciática de Occidente con el nombre de "estados de vida" en contraste con los "estados de conciencia" superiores. También podemos expresarlo, diciendo que cada estado de conciencia se mueve a lo largo de siete "reinos". Según este cálculo, hemos de diferenciar siete veces siete, es decir, cuarenta y nueve ciclos menores o "reinos" en todo el desarrollo de la humanidad. A su vez, cada ciclo menor (o "ronda") ha de pasar por otros siete ciclos aún menores, llamados "de forma" (conocidos como "globos" en el lenguaje teosófica). En el ciclo global de la humanidad, eso asciende a siete veces cuarenta y nueve, es decir, trescientos cuarenta y tres diferentes "estados de forma".

Las exposiciones siguientes tratarán de esa evolución y mostrarán que el examen del conjunto no es tan complicado como podría parecer, cuando mencionamos trescientos cuarenta y tres estados. Veremos cómo el hombre sólo puede comprenderse a sí mismo si conoce su propia evolución.

CAPITULO XIV

LA VIDA DE SATURNO

En una de las anteriores descripciones, comparamos el gran desarrollo de la humanidad a lo largo de los siete niveles de conciencia, desde Saturno a Vulcano, con el curso de la vida entre nacimiento y muerte, que se desenvuelve en infancia, niñez, etc., hasta la vejez. Esa comparación podemos ampliarla aún más. Igual como entre la humanidad contemporánea, los hombres de distintas edades no se siguen uno al otro, sino que existen uno al lado del otro, lo mismo sucede con el desarrollo de los niveles de conciencia. El hombre de edad avanzada, el hombre maduro, el joven, van por la vida *unos al lado de otros*. Por ello los antecesores del hombre existieron en Saturno, no sólo como seres dotados de la oscura conciencia saturnal, sino que a su vez convivían con otros que ya habían desarrollado los niveles superiores de conciencia.

Cuando comenzó la evolución de Saturno ya existían naturalezas con conciencia solar, otras con conciencia en imágenes (conciencia lunar), otras con una conciencia semejante a la actual conciencia humana, un cuarto grupo con conciencia en imágenes (psíquica) autoconsciente, un quinto grupo con conciencia de objetos (suprapsíquica) autoconsciente, y un sexto dotado de conciencia creativa (espiritual). Pero esa serie no agota todavía los niveles de entidades. Después de la etapa de Vulcano el hombre se desarrollará aún más y ascenderá a niveles de conciencia aún superiores. Igual como el ojo externo mira hacia las brumosas lejanías grises, el ojo interno del vidente contempla otras cinco formas de conciencia, tan lejanas como los distantes espíritus respectivos, cuya descripción nos es, sin embargo, totalmente imposible. En conjunto se puede hablar de *doce* niveles de conciencia.

El hombre saturnal se hallaba rodeado de otros once tipos de seres. Los cuatro superiores habían cumplido sus tareas en etapas evolutivas anteriores a la vida de Saturno. Cuando comenzó esa existencia saturnal, esos seres ya habían alcanzado un nivel evolutivo tan elevado, que su posterior existencia tuvo lugar en mundos que van más allá de los reinos del hombre. Por ello, no podemos ni necesitamos hablar aquí de ellos. Mas los otros tipos de seres (siete además del hombre saturnal) tienen que ver con el desarrollo humano. En esa tarea actúan como poderes creativos, cumpliendo sus servicios del modo en que describiremos en las páginas siguientes.

Al empezar el desarrollo de Saturno, los más elevados de estos seres ya habían alcanzado un nivel de conciencia, que el hombre sólo alcanzará después de su existencia en Vulcano, es decir, la elevada conciencia creativa (supraespiritual). Esos "creadores" también tuvieron que pasar

por las etapas del hombre, que se realizaron en cuerpos celestes anteriores a Saturno. Sin embargo, la relación de estos seres con el desarrollo de la humanidad duró hasta la mitad de la existencia de Saturno. A causa de su sublime y sutil cuerpo de rayos, en la ciencia iniciática se los llama "Vidas Irradiantes" o "Llamas Irradiantes". Y puesto que la sustancia de que estaba hecho ese cuerpo tenía una lejana semejanza con la voluntad humana, también se les llama "Espíritus de la Voluntad". Estos espíritus son los creadores del hombre de Saturno. De sus cuerpos se derrama la sustancia que se convierte en portadora de la conciencia saturnal humana. El período evolutivo en el que ello tiene lugar, es llamado el primer ciclo menor de Saturno. El cuerpo sustancial que el hombre recibe de esa manera es el primer rudimento de su futuro cuerpo físico. Puede decirse que el germen del cuerpo físico humano es implantado durante el primer ciclo saturnal por los Espíritus de la Voluntad y que en ese período ese germen tiene la oscura conciencia de Saturno.

A ese primer ciclo menor de Saturno le siguen otros seis, a lo largo de los cuales el hombre no alcanza un grado superior de conciencia, pero va siendo elaborado el cuerpo sustancial que ha recibido. Los otros tipos de seres antes mencionados participan en esa elaboración de las maneras más diversas.

A los "Espíritus de la Voluntad" le siguen seres con una conciencia creativa (espiritual), similar a la que el hombre alcanzará en Vulcano. Se los llama "Espíritus de la Sabiduría", mientras que la ciencia iniciática cristiana los llama "Dominaciones" (Kyriotes) y llama "Tronos" a los "Espíritus de la Voluntad"*. Durante el segundo ciclo de Saturno avanzan hasta un cierto punto su propio desarrollo y al mismo tiempo operan sobre el cuerpo humano, implantando en él una "ordenación sabia", una estructura racional. Para ser más exactos, su labor sobre el hombre ya empieza un poco después de la mitad del primer ciclo y se completa aproximadamente a mitad del segundo ciclo.

Si los teólogos y maestros de religión, accedieran a estudiar la ciencia espiritual deberían, en bien del cristianismo, encontrar en ella la mejor ayuda del presente.

** Quien conozca realmente la doctrina cristiana, sabe que las concepciones relativas a esos seres espirituales, por encima del hombre, forman parte integral de ella, sin embargo han desaparecido desde hace un tiempo de una religión superficial. Quien profundiza las cosas podrá reconocer que, por parte del cristianismo, no hay ningún motivo para combatir la ciencia espiritual, sino todo lo contrario; esta ciencia espiritual está en total concordancia con el verdadero cristianismo.*

Sin embargo, muchos teólogos piensan en forma muy materialista y es significativo que hoy en día, en un escrito popular dedicado al fomento del conocimiento cristiano se puede leer, que los "ángeles" son para "niños" .

Esta aseveración surge de un total desconocimiento del verdadero espíritu cristiano. Sólo quien sacrifica el cristianismo, en aras de una así llamada "ciencia" progresista, puede afirmar tal cosa. Pero vendrá un día en el que una ciencia superior superará la infantilidad de estas afirmaciones.

El tercer tipo de espíritus, los dotados con conciencia de objetos (suprapsíquica) autoconsciente es denominado el de los "Espíritus del Movimiento" o "de la Actividad".

En la ciencia iniciática cristiana se les llama "Virtudes" (Dynamis)*. Desde la mitad del segundo ciclo Saturnal en adelante, combinan con el progreso de su propio desarrollo, la elaboración siguiente del cuerpo humano sustancial, en el que implantan la capacidad de movimiento y de actividad dinámica. Esa tarea concluye alrededor de la mitad del tercer ciclo de Saturno.

Pasado ese punto, comienza la labor del cuarto tipo de seres, los llamados "Espíritus de la Forma", que poseen una conciencia de imágenes (psíquica) autoconsciente. El esoterismo cristiano los denomina "Potestades" (Exusiai). Con su intervención, el cuerpo humano sustancial, que era previamente una especie de nube móvil, recibe una forma plástica con contornos. Esa actividad de los "Espíritus de la Forma"; se completa sobre la segunda mitad del cuarto ciclo saturnal. Le sigue la actividad de los "Espíritus de la Oscuridad", llamados también "Espíritus de la Personalidad" o de la "Yoidad" (egoísmo). En esa etapa tienen una conciencia similar a la actual conciencia humana terrestre. Habitan el cuerpo sustancial humano como "almas", de una forma similar a la que el alma humana hoy habita en su cuerpo. Lo que hacen ellos es implantar una especie de órganos sensorios, gérmenes de los órganos sensorios que se desenvuelven más tarde en el cuerpo humano a lo largo del desarrollo de la Tierra.

Hay que hacerse cargo, no obstante, que esos "gérmenes sensorios" son aún esencialmente distintos de los actuales instrumentos sensorios del hombre. El hombre terrestre no podría percibir con esos "gérmenes sensorios"; para él las imágenes de los instrumentos sensoriales han de pasar primero por un cuerpo etéreo más delicado, que sólo comienza a formarse en el período solar, y por un cuerpo astral que debe su existencia a la etapa evolutiva lunar. (Todo ello se clarificará en los capítulos siguientes).

* En la literatura teosófica llamados **Mahat**.

Pero los "Espíritus de la Personalidad" pueden elaborar las imágenes de los "gérmenes sensorios" en su propia alma, de modo que con ayuda de éstas puedan percibir objetos externos, como lo hace el hombre durante su desarrollo terrestre. En su intervención sobre el cuerpo humano, los "Espíritus de la Personalidad" pasan por su propia "etapa humana". Por ello, ellos son "hombres" desde la mitad del cuarto ciclo saturnal hasta la mitad del quinto.

Esos Espíritus implantan la yoidad, el egoísmo en el cuerpo humano. Y como sólo alcanzan la etapa humana en Saturno, permanecen ligados al desarrollo de la humanidad durante mucho tiempo, teniendo también una importante tarea que realizar sobre el hombre en los ciclos posteriores. Su labor actúa siempre como una inoculación de yoidad. Las degeneraciones de la yoidad en egoísmo se deben a su actividad, mas ellos son también quienes engendraron todo lo que haya de independencia en el hombre. Sin ellos, el hombre nunca se hubiera convertido en una entidad contenida en sí mismo, en una "personalidad". La enseñanza esotérica cristiana usa la expresión "Principados" o "Principios Primordiales" (Arcai) para designarlos, y en la literatura teosófica se los llama "Asuras".

Al trabajo de estos espíritus le sigue alrededor de la mitad del quinto ciclo saturnal, el de los "Hijos del Fuego"* que, en esa etapa, poseen todavía una opaca conciencia de imágenes (psíquica) similar a la conciencia lunar del hombre. Ellos no alcanzarán la etapa de humanidad hasta el planeta siguiente, el Sol. Su trabajo en Saturno es, por lo tanto, en cierto grado inconsciente y onírico, pero gracias a ellos se vivifica la actividad de los "gérmenes sensorios" del ciclo anterior. Las imágenes luminosas producidas por los "Espíritus del Fuego" resplandecen hacia afuera a través de esos gérmenes sensoriales.

El antecesor del hombre se convierte así en una especie de entidad refulgente. Si la vida de Saturno es oscura en todo el resto, el hombre brilla en medio de la oscuridad general.

Los "Espíritus de la Personalidad", por otro lado, se hallaban todavía despiertos en su existencia humana en * En la literatura teosófica "Pitris Solares", en el esoterismo cristiano "Arcángeles" .

esa general oscuridad. El ser humano mismo no puede hacer uso de esa luminosidad de Saturno. El resplandor de esos rudimentos sensorios no podía expresar nada en sí mismo, pero gracias a ellos, seres más elevados pueden revelarse a la vida de Saturno. Por medio de las fuentes de luz de los antecesores del hombre, esos seres irradian algo de su naturaleza, vertiéndolo en el planeta. Esos seres excelsos se hallan en los cuatro rangos supremos, sobre los que dijimos que había trascendido toda vinculación con la existencia humana en su desarrollo. Sin que ellos necesiten hacerla, irradian, entonces, algo de su naturaleza por "libre voluntad". La doctrina esotérica cristiana habla, en

dicho caso, de la revelación de los Serafines, los "Espíritus del Amor". Esa condición se prolonga hasta la mitad del sexto ciclo saturnal. Seguidamente, comienza el trabajo de seres que, en esa etapa, poseen una conciencia semejante a la que hoy tiene el hombre cuando duerme profundamente y no tiene sueños. Esos seres son los "Hijos del Crepúsculo"

* (en los escritos teosóficos se les conoce como Pitris Lunares o Barhishad Pitris). No alcanzan el nivel humano hasta la etapa lunar. En la etapa actual, la terrestre, al igual que sus predecesores los "Espíritus del Fuego", ya se hallan en niveles superiores a los del hombre, a los que el cristianismo esotérico denomina "Angeles", llamando "Arcángeles" a los "Espíritus del Fuego". Los "Hijos del Crepúsculo" desarrollan, en el antepasado humano, una especie de comprensión, de la cual él mismo, en su conciencia oscura, aún no puede hacer uso. Pero a través de esa comprensión vuelven a revelarse excelsas entidades, como antes lo hicieron los Serafines a través de los gérmenes sensorios. A través de los cuerpos humanos, se * En el esoterismo cristiano "Angeles".

* R. Steiner, "Teosofía", Edit. Antroposófica Argentina.

derrama comprensión sobre el planeta, vertida por aquellos espíritus que la doctrina esotérica cristiana llama Querubines. Sobre la mitad del séptimo ciclo de Saturno comienza una nueva actividad. El hombre ha alcanzado un punto en el que puede actuar inconscientemente sobre su propio cuerpo. Con dicha actividad que se realiza en la oscuridad de la existencia saturnal, ~1 hombre produce la primera predisposición germinal para el "Hombre Espíritu" (ver mi (Teosofía"*), que sólo alcanzará su pleno desarrollo al final de la evolución de la humanidad. En la literatura teosófica se conoce ese miembro con el nombre de Atma, el miembro supremo de la llamada mónada humana. En esa etapa es absolutamente oscuro e inconsciente. Pero igual como los Serafines y Querubines se revelan con plena libertad en los dos ciclos humanos precedentes, son los Tronos los que se revelan entonces, los mismos seres que, en el principio de la existencia saturnal, irradiaron el cuerpo humano, derramándolo desde sí mismos. La predisposición germinal del "Hombre Espíritu" (Atma) es penetrada completamente por el poder de esos "Espíritus de la Voluntad" y retiene ese poder a lo largo de todas las posteriores etapas de la evolución. En su conciencia oscura de esa etapa, el hombre aún no puede saber nada de esa predisposición germinal; pero en su posterior desarrollo se hará consciente de ella. Esa labor no se ha completado todavía al final de la existencia de Saturno y continúa actuando en el primer ciclo del Sol. Hay que considerar que la actividad de los Espíritus Superiores hasta aquí

descrita, no coincide con el principio y el final de un ciclo menor, (una ronda), sino que continúa desde la mitad del uno a la mitad del siguiente. Mas su actividad más intensa se lleva a cabo *en los períodos de descanso entre los ciclos*.

Crece desde la mitad de un ciclo (Manvantara) en adelante, llega a su clímax en la mitad de un período de descanso (Pralaya) y luego vuelve a descender hasta la mitad del ciclo siguiente. (Ya se dijo en capítulos anteriores que la vida, de ningún modo cesa, durante los períodos de descanso).

Por lo dicho anteriormente, es evidente en qué sentido habla la ciencia esotérica cristiana cuando dice que en el "principio del tiempo" los Serafines, Querubines y Tronos comenzaron a revelarse.

Con todo esto hemos seguido el curso de Saturno hasta el momento en que su existencia pasa por un período de descanso, para re-emergir luego en el período del Sol. De ello hablaremos en las siguientes disquisiciones.

En vistas a una mayor claridad, haremos una breve sinopsis de los hechos evolutivos del primer planeta.

1- En este planeta se desarrolla la conciencia más oscura del hombre (una conciencia de trance profundo). Al mismo tiempo, se forma la primera predisposición para el cuerpo físico del hombre.

II - Esa evolución pasa por siete etapas subsidiarias (ciclos menores o "rondas") en cada una de las cuales comienzan su labor Espíritus Superiores sobre el desarrollo del cuerpo humano, a saber, en el:

- 1er. ciclo, los Espíritus de la Voluntad (Tronos).
- 2do. ciclo, los Espíritus de la Sabiduría (Dominaciones).
- 3er. ciclo, los Espíritus del Movimiento (Virtudes).
- 4to. ciclo, los Espíritus de la Forma (Potestades).
- 5to. ciclo, los Espíritus de la Personalidad (Principados).
- 6to. ciclo, los Espíritus de los Hijos del Fuego (Arcángeles).
- 7mo. ciclo, los Espíritus de los Hijos del Crepúsculo (Angeles).

III - En el cuarto ciclo, los Espíritus de la Personalidad se elevan al nivel de humanidad.

IV - Desde el quinto ciclo en adelante, se revelan los Serafines.

V - Desde el sexto ciclo en adelante se revelan los Querubines.

VI - Desde el séptimo ciclo en adelante, se revelan los Tronos, los verdaderos "creadores del hombre".

VII - Con esta última revelación, se desarrolla en el séptimo ciclo del primer planeta, la predisposición del "Hombre Espiritu", de Atma.

CAPITULO XV

LA VIDA DEL SOL

Después de la gran era cósmica de Saturno que hemos descrito en las páginas anteriores, se sucede la del Sol. Entre ambas se halla el período de reposo (Pralaya), durante el cual todo lo humano que se ha desarrollado en Saturno, adquiere un carácter que se relaciona con el futuro hombre solar, del mismo modo que la semilla se relaciona con la planta que habrá de brotar de ella. El hombre de Saturno, diríamos, dejó tras de sí su semilla que se sumerge en una especie de sueño, después del cual se transformará en hombre solar.

En el Sol, el hombre pasa por su segundo estado de conciencia, que se asemeja al que tiene el hombre actual cuando se sumerge en un dormir pacífico y sin sueños.

Ese estado que hoy día interrumpe el estado vigílico del hombre, es una especie de reminiscencia, un recuerdo de la época solar. Se lo puede comparar también con ese estado de conciencia subliminal* en que se halla hoy el mundo vegetal. De hecho habría que considerar a la planta como un ser que duerme. Para entender el desarrollo de la humanidad, hay que tener en cuenta que en ese segundo gran ciclo, el Sol era *Se ha preferido utilizar este término para designar esa oscura conciencia propia de los procesos vegetativos puros. (N. del T.)*

todavía planeta y sólo más tarde alcanzó el nivel de estrella fija. En el sentido de la ciencia iniciática, es estrella fija todo astro capaz de enviar fuerzas de vida a uno o varios planetas, situados a cierta distancia. Durante ese segundo ciclo el Sol todavía no lo fue. En dicho período se hallaba unido aún con seres a los que daba su fuerza, estos seres -entre los que se hallaba el hombre en su nivel de entonces- vivían en el Sol. Todavía no existía la Tierra planetaria y una Luna separada del Sol. Todo lo que hoy existe sobre la Tierra, en cuanto a sustancias, fuerzas y entidades, igual como lo que hoy hay en la Luna, se hallaba todavía dentro del Sol, formaba parte de sus sustancias, fuerzas y entidades. No sería hasta el tercer gran período en que se separaría del Sollo que la ciencia iniciática llama la *Luna*, que no es la Luna actual, sino el predecesor de nuestra Tierra, digamos, en su anterior encarnación. Esa "Luna" se convirtió más tarde en nuestra Tierra, cuando se desprendió de parte de su sustancia y expulsó lo que hoy llamamos la Luna. En el tercer gran ciclo, pues, en lugar del anterior Sol planetario, existieron dos cuerpos, es decir, la estrella fija Sol y la Luna planetaria desprendida de él. El hombre y los demás seres que habían evolucionado como compañeros suyos durante el período solar, habían salido del Sol acompañando a la Luna. El Sol entonces suministró a los

seres lunares, *desde afuera*, las fuerzas que antes obtenían directamente de él, como lugar en que se hallaban inmersos. Después del tercer gran ciclo, el de la Luna, se produjo otro período de reposo (Pralaya), durante el cual los dos cuerpos celestes separados (Soly Luna) se volvieron a unir y pasaron conjuntamente por el estado de semilla durmiente. En el cuarto gran período cíclico, en un principio, el Sol y la Luna planetaria emergieron de la oscuridad del sueño como un *cuerpo único*. Durante la primera mitad de ese ciclo, nuestra Tierra ya la vez el hombre y sus compañeros, se separaron del Sol. Un poco más tarde, la Tierra se desprendió de la Luna actual, de modo que hoy existen tres miembros que descienden del antiguo planeta solar. En dicho planeta solar, el hombre y los demás seres mencionados al hablar de Saturno, pasaron por otro nivel evolutivo en la segunda gran era cósmica. Al principio del ciclo solar, el rudimento del posterior cuerpo físico del hombre, que se fue desarrollando en Saturno, emerge, entonces, como lo hace una planta de su semilla, pero en ese ciclo ya no permanece en el mismo estado en que se hallaba anteriormente. Se halla impregnado de un segundo cuerpo más sutil, pero de por sí mucho más poderoso, el cuerpo etéreo. Mientras el cuerpo saturnal del hombre era una especie de autómata, absolutamente sin vida, en el ciclo solar, al estar penetrado cada vez más por el cuerpo etéreo, se convierte en un ser viviente. Con ello, el hombre se convierte en una especie de planta. Su apariencia, sin embargo, no es la de las plantas actuales, pues en sus formas ya se asemeja de alguna manera al hombre de hoy. Pero el rudimento de la cabeza, como lo hace la raíz actual, está orientado hacia abajo, hacia el centro del Sol, y los rudimentos de los pies se extienden hacia arriba como la flor de una planta. Ese organismo del hombre vegetal no es capaz todavía de movimiento voluntario".

* Para el hombre regido por la percepción sensoria, es naturalmente difícil representarse que el hombre haya vivido, como ser vegetal, en el mismo Sol. Parece impensable, que un ser viviente pueda existir en las condiciones físicas que deben suponerse en aquella situación. Pero sólo la planta actual está adaptada a la Tierra física del presente, y se ha desarrollado de esta manera porque su entorno es el correspondiente. El ser vegetal solar tenía otras condiciones de vida, adaptadas a las circunstancias físicas solares de aquel tiempo.

No obstante, el hombre alcanza esa forma sólo durante el segundo de los ciclos menores (rondas) por los que pasa el Sol, pues en el primero de esos ciclos menores no estaba presente todavía el cuerpo etéreo en el organismo. Todo lo que ocurrió durante la era de Saturno se repite abreviadamente en ese primer ciclo menor. El cuerpo físico humano todavía tiene su carácter automático, pero modifica de algún modo su anterior forma, porque si tuviera que permanecer totalmente tal y como era en Saturno, no sería capaz de acoger un cuerpo etéreo. Su

modificación, pues, obedece a esa finalidad, la de hacerse portador de él. Durante los siguientes seis ciclos menores, el cuerpo etéreo se va desarrollando más y más, y por sus fuerzas, que actúan sobre el cuerpo físico, éste adopta una forma cada vez más perfecta.

La labor de transformación que se realiza en el hombre, la llevan a cabo espíritus que ya mencionamos en relación con el hombre, en nuestro estudio de la evolución de Saturno.

Los espíritus llamados "Vidas Irradiantes" o "Llamas" (Tronos) ya no llevan la iniciativa. Su labor a este respecto la han realizado durante la primera mitad del primer ciclo de Saturno. En el primer ciclo del Sol (ronda), lo que podemos observar es la labor de los "Espíritus de la Sabiduría" (Dominaciones o Kyriotetes). Ellos habían intervenido en el desarrollo del hombre desde la mitad del primer ciclo saturnal. En el primer ciclo Solar continúan su tarea, repitiendo en etapas sucesivas, la sabia ordenación del cuerpo físico. Un poco más tarde se le añade a dicha labor la de los "Espíritus del Movimiento" (Dynamis o Virtudes). Con ello se recapitula aquel período de Saturno en que el cuerpo humano había recibido la capacidad del movimiento, y por ello vuelve ahora a hacerse móvil. Del mismo modo, los "Espíritus de la Forma" (Exusiai), los de la "Oscuridad" (Arcai), los "Hijos del Fuego" (Arcángeles) y finalmente los "Hijos del Crepúsculo" (Angeles) repiten sucesivamente su labor correspondiente. Así hemos caracterizado seis pequeños períodos dentro del primer ciclo del Sol.

En el séptimo de esos pequeños períodos vuelven a intervenir los "Espíritus de la Sabiduría". Si en su anterior período de actividad habían dotado al cuerpo humano de una sabia estructura, lo que hacen ahora es otorgarle a los miembros, que se han hecho móviles, la capacidad de hacer que ese movimiento sea sabiamente dirigido.

Anteriormente sólo la estructura era expresión de sabiduría interior, ahora también recibe ese sello el movimiento.

De ese modo, concluye el primer ciclo del Sol, que ha constituido en siete mini-ciclos que recapitulaban, cada uno de los siete ciclos de Saturno (una ronda saturnal). En la literatura teosófica, se acostumbra denominar "globos", a estos siete mini-ciclos que en su conjunto conforman una "ronda". Seguidamente, tras un período de reposo (Pralaya), el primer ciclo solar es sucedido por el segundo. Los mini-ciclos o globos individuales, que componen ese ciclo menor del Sol, los estudiaremos más tarde en detalle. Por ahora, nos limitamos al curso progresivo del ciclo solar.

Al final del primer ciclo solar, el cuerpo humano ya se halla preparado para acoger el cuerpo etéreo, porque los "Espíritus de la Sabiduría" le han dado la posibilidad de movimiento sabiamente dirigido.

Pero al mismo tiempo, los "Espíritus de la Sabiduría" han evolucionado ellos mismos gracias a la labor realizada, merced a la cual se hacen

capaces de derramar su propia sustancia desde sí mismos, igual como hicieron los "Llamas" (Tronos) en el principio del ciclo saturnal, dándole al cuerpo físico su base sustancial. Mas la sustancia de los "Espíritus de la Sabiduría" es el "éter", es decir, sabiduría móvil y llena de poder, en otras palabras, "vida". El cuerpo etéreo o de vida del hombre es, pues, una emanación de los "Espíritus de la Sabiduría".

Esa emanación continúa hasta más o menos la mitad del segundo ciclo solar, cuando los "Espíritus del Movimiento" pueden volver a comenzar una nueva actividad.

Su tarea previamente sólo podía extenderse hasta el cuerpo físico del hombre, pero ahora se traslada al cuerpo etéreo mismo y le implanta una poderosa actividad, lo que continúa hasta la mitad del tercer ciclo solar. Comienza entonces la actividad de los "Espíritus de la Forma". Gracias a ellos, el cuerpo etéreo que hasta entonces no tenía sino una movilidad nebulosa, recibe una forma definida.

En la mitad del cuarto ciclo solar, esos "Espíritus de la Forma" alcanzan un estado de conciencia como el que el hombre alcanzará en "Venus", el segundo estado planetario posterior al actual de la Tierra. Se trata de la conciencia suprasíquica, que dichos seres adquieren como fruto de su actividad durante el tercer y cuarto ciclos del Sol. Con ello, se capacitan para transformar los gérmenes sensorios desarrollados durante y después del ciclo saturnal y que hasta entonces eran sólo instrumentos físicos, convirtiéndolos en *sentidos vivientes* por medio de la sustancia etérea. Por un proceso similar, los "Espíritus de la Oscuridad" (Arcais-Asuras) han alcanzado en esa época el nivel de conciencia psíquica que el hombre sólo desarrollara en Júpiter, como conciencia imaginativa consciente. Con ello se hacen capaces de actuar conscientemente desde el mundo astral.

El cuerpo etéreo de un ser puede ser influenciado desde el mundo astral, y los "Espíritus de la Oscuridad" lo hicieron, interviniendo en el cuerpo etéreo del hombre e implantando en él el espíritu de la yoidad (independencia y egoísmo), como ya habían hecho antes en el cuerpo físico. Podemos observar cómo dichas entidades implantaron el egoísmo en todos los miembros del ser humano, sucesivamente. Al mismo tiempo, los "Espíritus del Fuego", alcanzaron el nivel de conciencia que hoy posee el hombre como conciencia vigílica. Puede decirse que entonces se convierten en *hombres*. Pueden hacer uso del cuerpo físico humano para establecer una especie de intercambio con el mundo exterior. De modo similar, los "Espíritus de la Personalidad" utilizaron el cuerpo físico desde la mitad del cuarto ciclo Saturnal en adelante, pero habían utilizado los gérmenes sensorios para establecer una especie de percepción. Sin embargo, la naturaleza de los "Hijos del Fuego" es tal, que derraman el calor de su alma hacia el entorno. El cuerpo físico

humano ya está tan avanzado que ellos pueden hacer eso gracias a él. Su calidez actúa aproximadamente como lo hace el calor de una gallina que incuba su huevo, es decir, ejerciendo un poder que despierta la vida. Todo lo que el hombre y sus compañeros tengan de ese poder de despertar vida, fue implantado en el cuerpo etéreo en aquella época por los "Hijos del Fuego". Nos referimos al origen de ese calor que es condición previa para la reproducción de todos los seres vivos. Más tarde veremos qué tipo de transformación sufrió dicho poder calórico cuando la Luna se separó del Sol. Hacia la mitad del quinto ciclo solar, los "Hijos del Fuego" habían evolucionado hasta poder injertar en el cuerpo etéreo, la capacidad que ellos antes ejercían por medio del cuerpo físico humano. Sustituyen entonces a los "Espíritus de la Personalidad" en su tarea sobre ese cuerpo etéreo que comienza a realizar una actividad reproductiva. En ese período, dejan el cuerpo físico a los "Hijos del Crepúsculo" (Angeles) que mientras tanto han adquirido una conciencia imaginativa onírica como la que el hombre tendrá en la Luna. En Saturno ellos le habían dado al antecesor del hombre una especie de órgano para la comprensión, ahora van perfeccionando los instrumentos físicos del espíritu humano, que él utilizará conscientemente en posteriores etapas de su evolución. Con ello, a partir de la mitad del quinto ciclo solar, los Serafines pueden revelarse en el Sol, mediante el cuerpo humano, de un modo más completo a como pudieran hacerla en Saturno. Desde la mitad del sexto ciclo solar en adelante, el hombre mismo ha llegado a poder actuar inconscientemente sobre su cuerpo físico. A este respecto, sustituye a los "Hijos del Crepúsculo". Con esta actividad en inconsciencia, crea la primera disposición germinal del ser espiritual viviente denominada "Espíritu de Vida" (Budi).

Sólo en etapas posteriores de su evolución se hará consciente de ese "Espíritu de Vida". Igual como desde el séptimo ciclo saturnal en adelante los Tronos derramaron voluntariamente su poder en la predisposición del "Hombre Espíritu" que se formó entonces; ahora los Querubines vierten su sabiduría que, desde ese momento, queda preservada para el "Espíritu de Vida" del hombre, a lo largo de todas las subsiguientes etapas de su evolución. Desde la mitad del séptimo ciclo del Sol en adelante, vuelven a aparecer el germen del "Hombre-Espíritu" (Atma) ya formado en Saturno, y se combina con el "Espíritu de Vida" (Budi), con ello comienza la mónada viviente (Atma-Budi), Mientras en esa época el hombre opera inconscientemente sobre su cuerpo, los "Hijos del Crepúsculo" se hacen cargo de lo que hay que hacer entonces en el cuerpo etéreo para seguir desarrollándolo. A este respecto son los sucesores de los "Hijos del Fuego". Irradian las imágenes de su conciencia dentro de ese cuerpo etéreo y con ello, en una especie de estado onírico, disfrutan del poder de reproducción de ese cuerpo, que 1

había sido estimulado por los "Hijos del Fuego". Al hacerla, preparan el desarrollo del placer en esa energía, que más tarde, (en la Luna) aparecerá en el hombre y sus compañeros.

En Saturno se había formado el cuerpo físico del hombre, que carecía absolutamente de vida. A todo cuerpo sin vida se lo llama mineral en la ciencia iniciática. Se puede decir, por tanto, que en Saturno, el hombre era mineral, o que pasó por el reino mineral. Ese mineral humano no tenía la forma del mineral actual. Los minerales tal como los conocemos hoy, no existían entonces.

Como ya se ha visto, ese mineral humano que volvió a emerger desde la oscuridad del sueño, como saliendo de una semilla, fue dotado de vida en el Sol. Se convirtió en una planta humana; el hombre pasó por el reino vegetal. Pero no todos los minerales humanos recibieron la vida de esta manera; ello no era posible porque el hombre-vegetal necesitaba la base mineral para su vida. Y si hoy no puede haber vegetales sin un reino mineral del que extraen sus sustancias, lo mismo sucedía en el Sol con respecto al hombre vegetal. En razón de su posterior desarrollo, el hombre vegetal tuvo que dejar atrás una parte de los rudimentos humanos en un nivel mineral. Y como en el Sol, las condiciones eran totalmente distintas de las de Saturno, esos minerales que habían sido abandonados, adoptaron formas muy distintas de las que habían tenido en Saturno. Así pues, junto al reino vegetal humano, surgió un segundo reino, un reino mineral especial. Vemos que el hombre asciende a un reino superior, desechando a una parte de sus compañeros hacia un nivel inferior. Veremos repetirse ese proceso muchas veces en las siguientes etapas de desarrollo. Se trata de una ley evolutiva fundamental.

Nuevamente, en aras de una mayor claridad, daremos un sumario de los hechos evolutivos del Sol.

I- El Sol es el planeta donde se desarrolla el segundo estado de conciencia del hombre, el de dormir sin sueños. El cuerpo físico humano se eleva a una existencia vegetal con la incorporación de un cuerpo etéreo.

II - Esa evolución pasa por siete etapas subsidiarias (ciclos menores o "rondas").

1º) En el primero de estos ciclos se repiten las etapas evolutivas de Saturno, con respecto al cuerpo físico humano, si bien de una forma ya algo distinta.

2º) Al final del *primer ciclo* comienza la emanación del cuerpo etéreo que efectúan los "Espíritus de la Sabiduría".

3º) A la mitad del *segundo ciclo* empieza el trabajo de los "Espíritus del Movimiento" sobre dicho cuerpo.

4º) A la mitad del *tercer ciclo* comienza la labor sobre el cuerpo etéreo por parte de los "Espíritus de la Forma".

- 5º) Desde la mitad del *cuarto* ciclo en adelante, dicho cuerpo recibe una especie de egoidad de los "Espíritus de la Personalidad".
- 6º) Mientras tanto, el cuerpo físico ha avanzado de tal modo, con la acción de las fuerzas que han trabajado sobre él hasta entonces, que desde el *cuarto* ciclo en adelante, los "Espíritus del Fuego" pueden elevarse al nivel de humanidad gracias a él.
- 7º) A la mitad del *quinto ciclo*, los "Espíritus del Fuego", que antes habían pasado por la etapa humana, se hacen cargo del trabajo sobre el cuerpo etéreo. Y en ese período los "Hijos del Crepúsculo" se hallan activos sobre el cuerpo físico.
- 8º) Alrededor de la mitad del *sexto ciclo*, la labor que se realiza sobre el cuerpo etéreo, es transferida a los "Hijos del Crepúsculo" y el hombre mismo trabaja sobre su propio cuerpo físico.
- 9º) En el curso del *séptimo ciclo* aparece la mónada viviente.

CAPITULO XVI

LA VIDA DE LA LUNA

Durante la era cósmica de la *Luna*, que sucede a la del Sol, el hombre desarrolla el tercero de sus siete estadios de conciencia. El primero se había formado durante los siete ciclos saturninos, el segundo durante la evolución solar; el cuarto es el que el hombre elabora progresivamente aquí en la Tierra; otros tres irán surgiendo en los próximos planetas. El grado de conciencia en Saturno, más bajo que el del sueño sin imágenes, no es, pues, comparable con ninguna otra de las formas de conciencia del hombre actual. Por el contrario, la conciencia solar es comparable a este estado de dormir sin sueños o a la actual conciencia del adormecido reino vegetal.

Ciertamente, siempre se trata sólo de similitudes. Sería falso creer que en el curso de grandes períodos cósmicos un fenómeno se puede repetir con igual precisión. Es con este espíritu que hay que ver las cosas cuando comparamos la conciencia lunar al fenómeno similar que constituye el dormir animado por el ensueño (imágenes). Se trata de lo que se denomina la *conciencia imaginativa*, a la cual el hombre accede en la Luna. La similitud consiste en el hecho que, para la conciencia lunar, al igual que para la del sueño, son *imágenes* que surgen en el interior del ser, imágenes que tienen una cierta relación con las cosas y los seres de un mundo exterior. Sin embargo, estas imágenes no son, como en el hombre actual en estado de vigilia, *réplicas* de las cosas y de los seres. Las imágenes del sueño son algo así como ecos de experiencias diurnas o expresiones simbólicas de procesos que se han desarrollado en el entorno del que sueña, o incluso experiencias íntimas vividas por el individuo que sueña. Es fácil encontrar en la experiencia del sueño, ejemplos para estos tres casos. Todo el mundo conoce la clase de sueños que no son otra cosa que imágenes desordenadas de experiencias diurnas más o menos antiguas. En cuanto a la segunda variante, podemos citar el ejemplo de alguien que sueña que cree ver el paso de un tren y que, al despertarse, se da cuenta que es el tic-tac del reloj que se ha simbolizado en la imagen del sueño. Para el 3er. caso se podría citar el ejemplo de un personaje que cree encontrarse en una habitación cuyo techo está cubierto de animales horribles; cuando sale de este sueño, se da cuenta que es su migraña que se ha expresado de esta forma. Para hacerse una representación de la conciencia lunar, a partir de estas confusas imágenes de sueño, es preciso saber que el carácter imaginativo es igualmente válido para esta última, pero que un orden perfecto sustituye a la arbitrariedad y a la confusión. Ciertamente, las imágenes producidas por la conciencia lunar, tienen menos semejanza con los objetos a los que se refieren, que las imágenes del sueño; pero por ello existe una *concordancia* perfecta entre imagen y

objeto. En el cuadro actual de la evolución de la Tierra se trata de tener representaciones que sean la réplica del objeto, por ejemplo la representación "mesa" que debe ser la réplica de la verdadera "mesa". Este no es el caso para la conciencia lunar.

Supongamos, por ejemplo, un hombre lunar aproximándose a un objeto que le es simpático y benéfico. En este caso surge en el interior de su alma una imagen coloreada de un tinte claro; si encuentra alguna cosa nociva y antipática engendra una imagen oscura y fea. La representación no es una réplica, sino un *símbolo* del objeto, y su correspondencia responde a una ley bien definida. Por esto, el ser que tiene tales representaciones simbólicas puede regular su vida en consecuencia. La vida del alma en el antepasado lunar se desarrollaba, pues, en imágenes que tenían en común con el sueño actual, la fugacidad, el aspecto indeterminado y el simbolismo, pero que se distinguían por el carácter ordenado de su desarrollo. El desarrollo de esta conciencia imaginativa en el antepasado humano en la Luna, tenía por base la formación, además, del cuerpo físico y del cuerpo etéreo, de un tercer elemento constitutivo. Se le denomina el cuerpo astral. Pero esta formación sólo se realiza en el curso del 3er. pequeño ciclo lunar (3a. "ronda" lunar). Los dos primeros ciclos lunares son simples repeticiones de lo que había pasado en Saturno y en el Sol; sin embargo, no hay que imaginar estas repeticiones como si todos los acontecimientos en Saturno y en el Sol se desarrollaran una segunda vez. La repetición se basa en la elaboración de un cuerpo físico y de un cuerpo etéreo, pero experimenta una transformación tal, que estos dos elementos de la naturaleza humana podrán, en el transcurso del tercer ciclo lunar, estar unidos al cuerpo astral; esto todavía no había podido hacerse sobre el Sol.

Durante el 3er. período lunar -aunque el proceso comienza ya en la mitad del 2do.-, los Espíritus del Movimiento transmiten el astral, *desde su propia naturaleza* lo infunden al cuerpo humano. Durante el 4to. ciclo, a partir de la mitad del 3ro.-, los Espíritus de la Forma modelan este cuerpo astral de tal manera que su estructura y toda su organización puedan desarrollar procesos interiores. Estos procesos tienen el carácter de lo que se llama actualmente, tanto en el hombre como en el animal, el instinto, apetito y deseo. Desde la mitad del 4to.

ciclo lunar, se inicia el trabajo de los "Espíritus de la Personalidad", trabajo que constituirá su misión principal durante el 5to. ciclo lunar; infunden al cuerpo astral el egoísmo, como lo habían hecho durante las precedentes eras cósmicas para el cuerpo físico y el cuerpo etéreo. Pero para que en el momento indicado, en plena mitad del 4to. ciclo lunar, los cuerpos físico y etéreo estén bastante avanzados para albergar un cuerpo astral que ha llegado a ser autónomo, deben haberse preparado en el curso de etapas de evolución sucesivas, con la

ayuda de los "Espíritus Formadores". Esto sucede en la forma siguiente: durante el 1er. ciclo lunar (ronda) son los "Espíritus del Movimiento", durante el 2do. Los "Espíritus de la Forma", durante el 3ro. los "de la Personalidad", durante el 4to. los "del Fuego" y durante el 5to. los "Espíritus del Crepúsculo" que trabajan el cuerpo físico para llevarlo al grado de madurez requerido.

Para ser más precisos, el trabajo de los "Espíritus del Crepúsculo" comienza desde la mitad del 4to. Ciclo lunar, de manera que los "Espíritus del Crepúsculo" elaboran el cuerpo físico en el mismo momento en que los "Espíritus de la Personalidad" actúan sobre el cuerpo astral. En cuanto al cuerpo etéreo, las cualidades que necesita le son implantadas durante el 1er. ciclo lunar por los "Espíritus de la Sabiduría", durante el 2do. Por los "del Movimiento", durante el 3ro. por los "de la Forma", en el 4to. por los "de la Personalidad" y en el 5to. por los "del Fuego". Visto más de cerca, esta actividad de los "Espíritus del Fuego" se desarrolla en el mismo momento en que el trabajo de los "Espíritus de la Personalidad" está dirigido sobre el cuerpo astral, o sea a partir de la mitad del 4to. ciclo lunar y hasta el 5o.

Contemplando entonces el antepasado humano en su conjunto, tal como está formado en la Luna, puede decirse:

a partir de la mitad del 4to. ciclo lunar el hombre está compuesto de un cuerpo físico en el que trabajan los "Hijos del Crepúsculo", de un cuerpo etéreo en el que trabajan los "Espíritus del Fuego", y finalmente de un cuerpo astral en el que trabajan los "Espíritus de la Personalidad". El hecho de que durante este período de evolución los "Espíritus del Crepúsculo" actúen sobre el cuerpo físico, significa para ellos que se elevan ahora al nivel de "*humanidad*", al igual como lo habían hecho en el curso del mismo ciclo sobre Saturno, los "Espíritus de la Personalidad", y sobre el Sol los "Espíritus del Fuego". Es preciso representarse que los "gérmenes sensoriales" del cuerpo físico que han seguido su desarrollo, desde la mitad del 4to. ciclo lunar, sirven de soporte a los "Espíritus del Crepúsculo" para percibir los objetos y las manifestaciones exteriores en la Luna. En cuanto al hombre, sólo en la Tierra, a partir de la mitad del 14to. ciclo, será capaz de servirse de estos sentidos. Por el contrario, hacia la mitad del 10to. ciclo lunar (ronda), llegó al punto de poder trabajar *inconscientemente* en el cuerpo físico.

* R. Steiner, "*Teosofía*", Edit. Antroposófica Argentina.

Gracias a esta actividad, y en la opacidad de su conciencia, forma los primeros gérmenes de lo que se denomina "Yo Espiritual" o Manas (ver mi libro Teosofía). Este "Yo Espiritual" alcanzará su pleno desarrollo en el curso de la evolución de la humanidad. Se trata de lo que más tarde, unido al Atma, "Hombre Espiritu" y al Budi, "Espiritu de Vida", formará

la parte superior espiritual del hombre. Sobre Saturno son los "Tronos o Espíritus de la Voluntad" que han penetrado el "Hombre Espiritu" (Atma); y al igual como en el Sollos *Querubines*" lo han hecho con la sabiduría en relación al Espiritu de Vida" (Budi), son ahora "los Serafines", quienes lo hacen con el "Yo Espiritual" (Manas), lo penetran y le infunden lo que en las fases evolutivas venideras sobre la Tierra, se convertirá en la facultad de representación, gracias a la cual el hombre podrá establecer relaciones entre él, ser *pensante*, y el mundo que lo rodea. Digamos seguidamente, que a partir de la mitad del 6to. ciclo lunar, reaparece el "Espiritu de Vida" (Budi), y a partir de la mitad del 7mo. el "Hombre Espiritu" (Atma), que se unen al "Yo Espiritual", a fin de que, al término de la era cósmica de la Luna, "El Hombre Superior" esté preparado. Este, así como todo lo que se ha desarrollado sobre la Luna, entra en sueño, pasa por un período de reposo (Pralaya) para reanudar sobre el Planeta Tierra su camino de desarrollo.

A partir de la mitad del 5to. ciclo lunar y hasta el 6to., el hombre con un estado de conciencia muy bajo trabaja en su cuerpo físico; durante este tiempo, los "Espíritus del Crepúsculo" despliegan su actividad en su cuerpo etéreo. Como ya hemos dicho, es gracias a su trabajo sobre el cuerpo físico, en el curso de la época (ronda) precedente, que se han preparado para tomar el relevo de los "Espíritus del Fuego" obrando en el cuerpo etéreo; a su vez, éstos sustituyen a los "Espíritus de la Personalidad" actuando sobre el cuerpo astral; en este intervalo estos últimos se han elevado hacia esferas superiores. El trabajo que los "Espíritus del Crepúsculo" realizan en el cuerpo etéreo, significa que vinculan sus propios estados de conciencia a las imágenes de conciencia del cuerpo etéreo. Por este hecho, le imprimen la facultad de sentir el placer y el dolor ligados a las cosas. En el Sol, es el cuerpo físico que en este aspecto experimentaba su actividad.

Esto explica por qué el placer y el dolor estaban ligados a las funciones de este cuerpo, y a sus dos estados. Ahora esto cambia, el placer y el dolor se relacionan con los signos que nacen en el cuerpo etéreo. En el seno de la conciencia crepuscular del hombre, los "Espíritus del Crepúsculo", tienen la experiencia de un mundo de sentimientos que el ser humano conocerá a su vez cuando posea la conciencia terrestre. Al mismo tiempo, los "Espíritus del Fuego" actúan sobre el cuerpo astral. Lo hacen capaz de sensibilidad frente al mundo que le rodea. La alegría y la pena, tal como son provocados en el cuerpo etéreo por los "Espíritus del Crepúsculo", tienen un carácter pasivo, de inmovilidad; se trata más bien de proyecciones inertes del mundo exterior. Por el contrario, lo que los "Espíritus del Fuego" provocan en el cuerpo astral corresponde a afectos vivos, amor y odio, cólera, miedo, terror, pasiones tempestuosas, instintos, deseos, etc. Por el hecho que

anteriormente los "Espíritus de la Personalidad" (Asuras) habían infundido a este cuerpo su entidad, estos afectos aparecen actualmente marcados por el sello del egoísmo, de la particularidad.

Es bueno representarse el aspecto que tenía el antepasado del hombre en esta época lunar. Posee un cuerpo físico, gracias al cual desarrolla oscuramente un "Yo Espiritual" (Manas). Dispone de un cuerpo etéreo, por medio del cual los "Espíritus del Crepúsculo" experimentan la alegría y la pena. Luego, finalmente, posee un cuerpo astral, que los "Espíritus del Fuego" animan de instintos, afectos y pasiones.

Pero estos tres elementos constitutivos del hombre lunar, todavía están totalmente desprovistos de conciencia de objetos. El cuerpo astral está repleto de imágenes que surgen y se desvanecen, y que están dominadas por el tipo de sentimientos ya mencionados. En la Tierra, cuando surja la conciencia de objetos pensantes, este cuerpo astral será el soporte subalterno o el instrumento de las representaciones formadas por el pensar. Pero ahora, sobre la Luna, despliega su propia y total autonomía. Es, en cuanto a sí mismo, mucho más activo y vivo de lo que será más tarde en Tierra. Para caracterizarlo, puede decirse de él, que es un hombre animal. En tanto que tal, está, en su género, a un nivel más elevado que el del animal terrestre actual. Posee más intensamente todas las cualidades de los animales. En un cierto sentido, estas cualidades son más salvajes, más indisciplinadas que las de los animales actuales. Por ello, en este estadio de su existencia, el hombre puede ser considerado como un ser situado a mitad de camino entre el animal actual y el ser humano actual. Si el hombre continuara en línea recta esta evolución se convertiría en un ser salvaje y desbocado. La evolución sobre la Tierra significa moderar, dominar el carácter animal en el hombre. Es el resultado de un estado de conciencia ligado al pensamiento.

Habíamos dicho del hombre, tal como se ha desarrollado en el Sol, que era un hombre-vegetal; de la misma forma se puede llamar al de la Luna un *hombre-animal*. La evolución de un ser así, presupone la transformación del mundo circundante. Habíamos mostrado que el hombre vegetal del Sol, no habría podido desarrollarse si otro reino independiente, el del mineral, no se hubiera instalado junto al reino de ese hombre-vegetal. Durante los dos primeros ciclos lunares (rondas), esos dos reinos, el vegetal y el mineral, vuelven a surgir de las tinieblas. La única modificación que los caracteriza es que uno y otro se han vuelto más materiales y densos. Durante el tercer ciclo lunar, se desprende una parte de ese reino vegetal y no participa en esa solidificación. Por ello, suministra la sustancia a partir de la cual se puede formar la entidad animal del hombre. Es precisamente esa entidad animal la que, unida al cuerpo etéreo más evolucionado y al

cuerpo astral nuevamente elaborado, constituye la triple entidad humana que hemos mencionado anteriormente.

El reino vegetal formado sobre el Sol no puede en su totalidad, elevarse al nivel del animal. En efecto, para poder existir, el género animal necesita de la planta. El mundo vegetal es la base del mundo animal. Para que el hombre solar pudiera elevarse al nivel vegetal, tuvo que rechazar a una parte de sus compañeros hacia el reino mineral más denso; ahora sucede lo mismo para el hombre-animal lunar. Abandona en el estadio del reino vegetal más denso una parte de los seres que sobre el Sol pertenecía aún a la misma naturaleza que la suya, al reino vegetal. Al igual que el hombre-animal lunar no es idéntico al animal actual, sino que se sitúa a mitad de camino entre el animal y el hombre actuales; de la misma forma, el mineral lunar se sitúa entre el mineral y el vegetal actuales. Hay algo de vegetal. Las rocas de la Luna no eran piedras del tipo que conocemos actualmente; tenían algo de vivo, una fuerza de germinación y crecimiento. A su vez, el vegetal lunar tenía algo de animal.

El hombre-animal lunar no posee todavía huesos sólidos. Su esqueleto es aún cartilaginoso. Comparado a la naturaleza actual, la suya todavía es tierna. En consecuencia, su motricidad es diferente de la actual. No se desplaza andando, sino más bien en pequeños saltos o planeando.

Esto era posible porque la Luna de entonces no tenía, como la Tierra actual, una atmósfera ligera y aérea; su envoltura era más bien densa, más densa incluso que nuestra agua. Es en este elemento líquido muy espeso en el que se movía adelante y atrás, hacia arriba y hacia abajo. Los animales y las plantas también vivían en este elemento del que extraían su alimentación, y que contenía, además, la fuerza transmitida más tarde enteramente a los seres terrestres: la fuerza de fecundación. En efecto, entonces el hombre todavía no era bisexuado, sino unisexuado y se formó a partir de ese aire acuosa. Lo que existe en el mundo comprende siempre formas de transición; esto también es válido aquí, donde, desde los últimos períodos lunares, se manifiesta en ciertos hombres-animales la bisexualidad, preparando así el estado terrestre futuro.

Los ciclos lunares sexto y séptimo conocen un declive progresivo de todos estos procesos, pero corresponden al mismo tiempo a la formación de un estado de madurez, de alguna manera excesivo, hasta que todo tome el camino del reposo (Pralaya) y sea sumergida en un sueño profundo que conducirá a la fase de la Tierra.

El desarrollo del cuerpo astral humano está ligado a un fenómeno cósmico que ahora conviene describir.

Cuando, después de la pausa que sucede a la era cósmica del Sol, éste emerge de nuevo de las tinieblas, todo lo que vive sobre el planeta así nacido habita entonces la totalidad de este planeta. Pero este Sol que

surge del sueño no es del todo igual al precedente. Su sustancia ya no tiene aquella antigua luminosidad perfecta, sino que contiene partes más oscuras. Estas se destacan, por así decir, de la masa uniforme. Y a partir del segundo ciclo (ronda), estas partes se constituyen más y más en elemento autónomo; el cuerpo solar comienza a parecer un bizcocho. Contiene dos partes, una netamente más voluminosa y otra más pequeña, pero las dos permanecen todavía unidas por un lado común. En el curso del tercer ciclo, estos dos cuerpos se separan definitivamente.

Desde entonces, el Sol y la Luna forman dos cuerpos independientes, y el segundo circula alrededor del primero. Al mismo tiempo que la Luna, todos los seres de los que hemos descrito la evolución, se retiran del Sol. El desarrollo del cuerpo astral sólo se hará sobre el globo lunar después de su separación del Sol. El acontecimiento cósmico que hemos relatado es la condición misma de la evolución mencionada. Mientras que los seres en cuestión, ligados al hombre, sacaban su fuerza de su propio lugar de estancia solar, su desarrollo no podía progresar hasta el nivel caracterizado. En el cuarto ciclo (ronda) la Luna es un planeta autónomo, y lo que hemos descrito de esa época se desarrolla sobre este planeta Luna.

Resumimos a continuación la evolución del planeta lunar y de sus seres.

1- La Luna es el planeta sobre el cual el hombre desarrolla una conciencia imaginativa de carácter simbólico.

II - Durante los dos primeros ciclos (rondas) una especie de repetición de los acontecimientos de Saturno y del Sol prepara la evolución lunar del hombre.

III - En el curso del tercer ciclo nace el cuerpo astral humano, emanación de los Espíritus del Movimiento.

IV - Al mismo tiempo que este proceso, la Luna se separa del cuerpo solar unitario salido del sueño, y se pone a circular alrededor de lo que queda del Sol. El desarrollo de seres ligados al hombre prosigue ahora en la Luna.

V - Durante el cuarto ciclo, los Espíritus del Crepúsculo habitan el cuerpo físico del hombre, y por ello se elevan al nivel de humanidad.

VI - Los Espíritus de la Personalidad (Principados) infunden la autonomía al cuerpo astral naciente.

VII - En el quinto ciclo el hombre, en un estado de opacidad, comienza a trabajar en su cuerpo físico. A la mónada que ya existía viene a añadirse el "Yo Espiritual" (Manas).

VIII - Durante la existencia lunar, una especie de placer y de pena, de naturaleza pasiva, se desarrolla en el cuerpo etéreo del hombre. Por el contrario, en el cuerpo astral se despliegan las emociones, la cólera, el odio, los instintos, las pasiones, etc.

IX - A los dos reinos precedentes, el del vegetal y el del mineral, rechazados a un nivel inferior, se añade el reino animal en el que se encuentra el ser humano.

Hacia el final de toda esta era cósmica, la Luna se aproxima más y más al Sol; en el momento que comienza el período de reposo (Pralaya) los dos cuerpos se han reunido de nuevo en uno solo, que pasará por el sueño para emerger de nuevo y entrar en una nueva era cósmica, la de la Tierra.

Capítulo XVII

LA VIDA DE LA TIERRA

Ya hemos visto cómo se forman sucesivamente los elementos constitutivos de lo que se denomina la "naturaleza humana inferior", es decir el cuerpo físico, el cuerpo etéreo y el cuerpo astral. Igualmente hemos descrito cómo, cada vez que se añade un nuevo cuerpo, los precedentes deben siempre transformarse a fin de poder servir de soportes y de instrumentos al siguiente. A este progreso se añade el que realiza la conciencia humana.

Mientras el ser humano inferior, sólo posee el cuerpo físico, su estado de conciencia es profundamente oscuro e incluso no alcanza el nivel del dormir sin sueños actual, aunque para el hombre moderno este último estado sea ya de alguna manera "inconsciente". En la época en que aparece el cuerpo etéreo, el hombre accede a una conciencia igual a la del actual dormir sin sueños; con la formación del cuerpo astral se manifiesta una conciencia imaginativa crepuscular, que no iguala pero se asemeja a la que posee el hombre cuando sueña. Ahora describiremos el 4to. estado de conciencia, el del hombre terrestre actual. Se forma en el curso de la 4ta. era cósmica, la de la Tierra, que sucede a las de Saturno, Sol y Luna.

Sobre Saturno, la formación del cuerpo físico se ha hecho por etapas progresivas. En esta época, todavía no habría podido servir de soporte al cuerpo etéreo. Este sólo empieza a añadirse durante la época solar. Durante los ciclos sucesivos sobre el Sol, el cuerpo físico fue transformado de manera que pudiera servir de soporte a este cuerpo etéreo, es decir, para que el cuerpo etéreo pudiera trabajar en el cuerpo físico. Durante evolución lunar vino a añadirse el cuerpo astral; de nuevo los cuerpos físico y etéreo fueron transformados para servir de envolturas y de instrumentos adecuados al cuerpo astral. Por este hecho, en la Luna, el hombre es un ser compuesto de un cuerpo físico, de un cuerpo etéreo y de un cuerpo astral. Por su cuerpo etéreo puede sentir tanto la alegría como la pena; su cuerpo astral le hace un ser emotivo, capaz de cólera, de odio, de amor, etc.

Ya se dijo que Espíritus Superiores trabajaban en los diferentes elementos constitutivos de su ser. Es así como, en la Luna, el cuerpo etéreo ha recibido de los "Espíritus del Crepúsculo" la facultad de experimentar el placer y el dolor. Los "Espíritus del Fuego", por su parte, han dotado al cuerpo astral de emotividad.

Al mismo tiempo, tenía lugar otro proceso durante los tres grandes ciclos, sobre Saturno, Sol y Luna. Durante el último ciclo saturnal, el "Hombre Espíritu" (Atma) fue formado con la ayuda de los "Espíritus de la Voluntad" (Tronos). En el curso del penúltimo ciclo solar se le añadió,

gracias a la asistencia de los Querubines, el "Espíritu de Vida" (Budi). Y durante el antepenúltimo ciclo de la era lunar, el "Yo Espiritual" (Manas) pudo, gracias a la ayuda de los Serafines, unirse a los otros dos. En el transcurso de estos tres grandes ciclos, se han formado, de alguna manera, dos ramas de la humanidad: un hombre inferior compuesto de cuerpo físico, etéreo y astral, y luego un hombre superior, compuesto de "Hombre Espíritu" (Atma), de "Espíritu de Vida" (Budi) y de "Yo Espiritual". En un primer tiempo, la naturaleza inferior del hombre y su naturaleza superior tomaron caminos diferentes.

La evolución de la Tierra tiene por misión reunir estos dos principios humanos separados. Después del séptimo ciclo menor, toda la existencia lunar entra en una especie de sueño (Pralaya). Esto tiene por efecto mezclarlo todo y hacer una masa uniforme.

Incluso el Sol y la Luna, que desde el último gran ciclo estaban separados, se amalgaman durante los últimos ciclos lunares. Cuando todo emerge de nuevo del sueño, es esencial que se produzca durante un primer ciclo menor, una repetición del estado saturnal, durante un segundo ciclo, el del estado solari y durante un tercer ciclo, el de la evolución lunar. En el curso de este tercer ciclo, los seres que viven sobre esta Luna, que se ha separado de nuevo del Sol, recobran poco a poco el modo de existencia que tenían en la Luna. El hombre inferior aparece como un ser intermedio entre el hombre actual y el animal; las plantas se sitúan entre las actuales naturalezas animal y vegetal; los minerales sólo tienen en una mitad el carácter inerte que hoy conocemos, en la otra mitad son vegetales.

Durante la segunda parte de este tercer ciclo, otra cosa comienza a prepararse: Los minerales se solidifican y los vegetales pierden poco a poco el lado animal de su sensibilidad; el género único hombre-animal engendra dos categorías. Una permanece al nivel de la animalidad, y la otra ve el cuerpo astral dividirse en dos. Se forma una parte inferior que continúa sirviendo de envoltura a las emociones, y una parte superior que adquiere una cierta autonomía, haciéndose así capaz de ejercer una especie de dominio sobre los elementos constitutivos inferiores, sobre el cuerpo físico, el cuerpo etéreo y el cuerpo astral inferior. Luego intervienen los "Espíritus de la Personalidad" que se apoderan de este cuerpo astral superior para imprimirle la autonomía, al mismo tiempo que egoísmo. Desde entonces, el trabajo de los "Espíritus del Fuego" se limita al cuerpo astral inferior del hombre. Mientras que los "Espíritus de la Personalidad" actúan en el cuerpo etéreo; en el cuerpo físico se establece la acción de la entidad a la que se puede designar como el verdadero antepasado humano. Con la ayuda de los Tronos, esta misma entidad había formado sobre Saturno el "Hombre Espíritu" (Atma); con la ayuda de los Querubines, sobre el Sol, el "Espíritu de Vida" (Budi); y con la ayuda de los Serafines, sobre la Luna, el "Yo Espiritual" (Manas).

En lo sucesivo esto cambia. Los Tronos, los Querubines y los Serafines se elevan hacia esferas superiores; y el ser humano espiritual es asistido ahora por los "Espíritus de la Sabiduría", "del Movimiento" y "de la Forma". Están unidos con el "Yo Espiritual", el "Espíritu de Vida" y el "Hombre Espíritu" (Manas, Budi, Atma). Con la ayuda de estos seres, la entidad humana, que hemos descrito, elabora su cuerpo físico en el curso de la segunda mitad del tercer ciclo de la Tierra. La acción más significativa viene de los "Espíritus de la Forma". Dan al cuerpo físico humano una forma que constituye una especie de precursor del futuro cuerpo humano del cuarto ciclo (el actual o la cuarta ronda). Únicamente los "Espíritus del Fuego" continúan actuando en el cuerpo astral de los seres animales retardados; en el cuerpo etéreo de los vegetales son los "Espíritus del Crepúsculo". Por el contrario, los "Espíritus de la Forma" participan en la transformación del reino mineral. Son ellos quienes lo endurecen, le dan una forma sólida y rígida. Sería falso pensar que el radio de acción de los espíritus mencionados se limita a lo que hemos caracterizado. Lo que hemos dicho sólo apunta a las orientaciones principales de estas actividades. De una forma secundaria todas las entidades espirituales actúan en todas partes. Así, por ejemplo, durante este período, la actividad de los "Espíritus de la Forma" se extiende igualmente sobre los cuerpos físicos de los vegetales y de los animales, etc.

Una vez terminado esto, hacia el final del tercer ciclo terrestre, todas las entidades, incluidos el Sol y la Luna, se amalgaman y pasan por un corto período de sueño (pequeño Pralaya). Todo se funde entonces en una masa uniforme (caos); al final de este período comienza el cuarto ciclo terrestre en el que nos encontramos actualmente.

Al principio, todo lo que, del reino mineral, vegetal, animal y humano, tenía anteriormente su carácter propio, comienza a germinar y a distinguirse de esta masa indiferenciada. Al principio, sólo son los ancestros del hombre que reaparecen en forma de gérmenes autónomos, ancestros cuyo cuerpo astral superior, en el curso del precedente ciclo menor, se habían beneficiado de la acción de los "Espíritus de la Personalidad". Todos los otros seres de los reinos mineral, vegetal y animal aún no tienen aquí ninguna existencia autónoma. (En efecto, en este estadio, todo se encuentra todavía en un grado altamente espiritual que se denomina "informe" o "Arupa". En el nivel actual de la evolución sólo los pensamientos humanos más elevados, por ejemplo, los conceptos matemáticos y los ideales morales, están tejidos de esta sustancia a la que pertenecen todos los seres situados en el estadio del que hablamos). Lo que está por debajo de estos ancestros humanos sólo puede aparecer como actividad de un ser superior. Así los animales sólo existen como estados de conciencia

propios de los "Espíritus del Fuego", y las plantas bajo la forma de estados de conciencia de los "Espíritus del Crepúsculo". En cuanto a los minerales, tienen una doble existencia reflejada en el pensamiento. Primero existen como gérmenes de pensamiento en los antepasados humanos mencionados antes, y luego como pensamientos en el seno de la conciencia de los "Espíritus de la Forma". El "ser humano superior" (Hombre-Espíritu, Espíritu de Vida, Yo Espiritual) también existe en la conciencia de los "Espíritus de la Forma". Todo experimenta entonces una especie de densificación gradual. En el próximo estadio esta densidad no sobrepasa, sin embargo, la de los pensamientos. Los seres animales formados durante el ciclo precedente podrán ya manifestarse. Se desprenden de la conciencia de los "Espíritus del Fuego" y se convierten en seres de pensamientos autónomos. Este estadio es el que se denomina "de forma" o "Rupa". El hombre evoluciona aquí, en el sentido de que su cuerpo hecho de pensamientos, antes informe y autónomo, es envuelto por los "Espíritus de la Forma" por un cuerpo hecho de sustancia de pensamientos, más denso.

Los animales, como seres autónomos, sólo existen aquí bajo la forma de esta sustancia. Una nueva densificación se impulsa. El estadio que aquí se alcanza es comparable al que se teje por las representaciones sacadas de la conciencia imaginativa de sueño. Es el nivel que se denomina "astral". Luego, el antepasado del hombre inicia de nuevo su progresión. Su ser recibe todavía un cuerpo hecho de esa sustancia y que viene a añadirse a los otros dos cuerpos. Posee pues ahora un núcleo interior sin forma, un cuerpo de pensamiento y un cuerpo astral. Los animales reciben un mismo cuerpo astral, y las plantas, en tanto que entidades astrales autónomas, se desprenden de la conciencia de los "Espíritus del Crepúsculo".

El paso siguiente de la evolución consiste en una densificación aún más intensa que conduce al estadio llamado físico. Primero se está confrontado a un estado físico extremadamente sutil, el del éter más fino. El antepasado del hombre recibe de los "Espíritus de la Forma" el cuerpo etéreo más fino que viene a añadirse a los elementos constitutivos precedentes. Está constituido, pues, de un núcleo de pensamientos sin forma, de un cuerpo de pensamientos estructurado, de un cuerpo astral y un cuerpo etéreo. Los animales tienen un cuerpo de pensamiento estructurado, un cuerpo astral y un cuerpo etéreo. Las plantas tienen un cuerpo astral y un cuerpo etéreo. Los minerales aparecen aquí por primera vez en su forma etérea autónoma. En este nivel de la evolución nos encontramos, pues, con cuatro reinos, el mineral; el vegetal, el animal y el reino humano. En el curso de la evolución pasada, otros tres reinos han visto igualmente la luz.

En la época en que los animales en estado de pensamiento (Rupa) se separaron de los "Espíritus del Fuego", los "Espíritus de la Personalidad", a su vez, también eliminaron ciertas entidades hechas de su sustancia de pensamiento indeterminado que se condensa como una nube, se disuelve, surge y fluye. En realidad, no debería hablarse de entidades autónomas, sino solamente de una masa global irregular. Se trata del primer reino elemental. En el nivel astral; algo semejante se desprende de los "Espíritus del Fuego". Se trata de imágenes o esquemas fantasmales que se asemejan a las representaciones producidas por la conciencia imaginativa de sueño. Forman el segundo reino elemental. Finalmente, al inicio del estado físico, entidades con carácter de imágenes indeterminadas se desprenden de los "Espíritus del Crepúsculo". Tampoco son autónomas, pero saben expresar fuerzas que se asemejan a las pasiones y emociones humanas y animales. Estas emociones no autónomas que se mueven sin cesar forman el tercer reino elemental. A los seres dotados de una conciencia imaginativa de sueño, o a los que poseen conciencia imaginativa lúcida, estas criaturas del tercer reino elemental pueden aparecer bajo la forma de luz fluyente, de copos de color, de olores, de sabores, sonidos y ruidos de toda clase. Pero todas estas percepciones tienen algo de fantasmal.

Luego, la Tierra, emanando del conjunto astral precedente, se densifica en un cuerpo etéreo sutil; hemos de representárnoslo como un conglomerado compuesto de una masa a la vez etérea y mineral, vegetales, animales y seres humanos en estado etéreo. Las criaturas de los tres reinos elementales están igualmente presentes, llenando de alguna manera los espacios intermedios y penetrando incluso a los otros seres.

Este cuerpo terrestre está habitado por las entidades espirituales superiores que participan, de la manera más variada, en estos reinos. Forman, por decirlo así, una comunidad espiritual, un Estado espiritual, y el cuerpo terrestre que llevan, al igual que el caracol lleva su cáscara globular, les sirve de domicilio y de lugar de trabajo. En este estadio, el Sol y la Luna, que hoy están separados de la Tierra, todavía son parte integral de ella. Estos dos cuerpos celestes no se desprendieron de la Tierra hasta más tarde. En ese estadio, el ser humano superior ("Hombre-Espíritu", "Espíritu de Vida", "Yo Espiritual", Atma, Budi, Manas) no es autónomo. Todavía es uno de los componentes de este Estado espiritual y queda por el momento ligado a los "Espíritus de la Forma", de la misma manera que la mano forma parte del organismo humano y por tanto no es autónoma.

Así se presenta la formación progresiva de la Tierra hasta el momento en que se torna física. Expondremos a continuación el progreso que realiza durante ese estado.

Se comprobará que la descripción del desarrollo recorrido reunirá lo que ya hemos evocado en el curso de los precedentes capítulos de esta Crónica Akáshica concerniente a la evolución de la Tierra.

Los estados evolutivos que hemos denominado informe, con forma, astral o físico, y que se diferenciaban en el seno de cada ciclo menor (ronda), se llaman "globos", en lenguaje teosófico. Se habla en este caso de un globo Arupa, de un globo Rupa, de un globo astral y de un globo físico. Algunos han estimado que estas denominaciones eran inadecuadas. Pero no se trata de iniciar aquí una discusión sobre este asunto, pues lo único que cuenta son los hechos como tales. En lugar de inquietarse demasiado por el asunto de la denominación, es preferible intentar describir las cosas lo mejor posible. De todas formas, la terminología será siempre más o menos inadaptada. Cuando se trata de aplicar a los hechos del mundo espiritual nombres sacados del mundo sensible, está claro que sólo puede tratarse de comparaciones.

Nuestra exposición relativa a la evolución de la humanidad alcanza el punto en que la Tierra entra en su proceso de condensación física.

Intentemos representarnos esta etapa evolutiva del género humano. Lo que más tarde será el Sol, la Luna y la Tierra, constituye todavía un solo cuerpo hecho de una sustancia etérea muy fina.

La existencia de seres que ulteriormente serán los hombres, los animales, los vegetales y los minerales, se desarrolló por completo en esta sustancia. Para permitir un nuevo progreso de la evolución, este cuerpo cósmico debe primeramente convertirse en dos, uno que será el futuro Sol, y otro conteniendo aún reunidas la futura Tierra y la futura Luna. Este segundo cuerpo cósmico no se escindiré hasta más tarde, lo que será la Luna se desprende y abandona la Tierra, lugar, este último, en donde residirán el ser humano y las otras criaturas.

El que esté familiarizado con los escritos de ciencia oculta, debe saber que la división de este cuerpo cósmico *unico* en dos cuerpos, se desarrolló en la época que corresponde a la del desarrollo de la segunda raza principal de hombre. Los antepasados humanos de esta raza son descritos como formas en cuerpos etéreos sutiles. Sería un error creer que éstos habrían podido desarrollarse sobre la actual Tierra, una vez que se desprendió del Sol y hubo eliminado la Luna. Después de esta separación, tales cuerpos etéreos ya no podían existir. Siguiendo la evolución de la humanidad durante el ciclo descrito en nuestro estudio y que lleva hasta la época presente, se puede constatar una serie de estados principales, de los cuales el actual es el quinto. Nuestros relatos, sacados de la Crónica Akáshica, ya han tratado estos estados, Aquí simplemente recordamos lo que es necesario para profundizar

nuestro estudio. El primer estadio principal muestra los antepasados humanos como entidades hechas de una sustancia etérea muy fina. Con una cierta imprecisión, la literatura teosófica corriente dice, de estas entidades, que constituyen la primera raza principal. En lo esencial, este estado se mantiene todavía durante la segunda época, en la que esta literatura sitúa la segunda raza principal. Hasta este estadio de la evolución, el Sol, la Luna y la Tierra forman todavía un solo cuerpo cósmico. Luego el Sol se desprende para convenirse en un cuerpo autónomo, sustrayendo a la Tierra, todavía unida a la Luna, todas las fuerzas que habían permitido al antepasado humano mantenerse en este estado etéreo. La separación del Sol condujo a una solidificación de las formas humanas y de las de los otros seres ligados al hombre. Estos seres deben, de alguna manera, instalarse en su nuevo lugar de residencia. Sin embargo, no sólo se alejan de esta morada las fuerzas materiales. También hay entidades espirituales que parten en ese momento, aquellas de las que hemos dicho que formaban en el seno de este cuerpo cósmico, todavía unido, una comunidad espiritual. Su existencia mantiene con el Sol relaciones más íntimas que con el cuerpo cósmico excretado por el Sol. Si estas entidades hubieran quedado unidas a las fuerzas que más tarde se desarrollaron sobre la Tierra y sobre la Luna, no habrían podido evolucionar hasta los niveles que se les había asignado. Para proseguir su desarrollo, necesitaban un nuevo lugar de permanencia.

Este les es ofrecido por el Sol después de que, de alguna manera, se ha purificado de las fuerzas terrestres y lunares. En el nivel en que se encuentran ahora estas entidades, sólo pueden influenciar a las fuerzas de la Tierra y de la Luna desde el exterior, a partir del Sol. Se comprende ahora el significado de esta separación.

Ciertas entidades superiores al hombre habían realizado su evolución en este *único* cuerpo cósmico; ahora reivindican una parte de él para sus propias necesidades y ceden el resto a los hombres y a las otras criaturas.

La separación del Sol tuvo la consecuencia siguiente: se produjo una revolución radical en la evolución del hombre y de las otras criaturas que cayeron, de alguna manera, de una forma de vida avanzada a una forma inferior. Se vieron obligados porque perdieron el contacto inmediato con estas entidades superiores. Pero su desarrollo se habría perdido en un callejón sin salida, si otros acontecimientos cósmicos no hubieran venido a reanimar la evolución y orientada hacia otros caminos. Apoyándose en las fuerzas que en la época permanecían todavía en el seno de la Tierra, y que actualmente se encuentran unidas a la Luna que se ha desprendido, hubiera sido imposible todavía progresar. Estas fuerzas no habrían permitido el nacimiento de la humanidad actual, sino solamente el de una especie de seres capaces

de llevar a una animalidad desmesurada las cualidades de emotividad, de cólera, de odio, etc., desarrolladas en el transcurso del tercer gran ciclo lunar. Además, esto se produjo durante un cierto tiempo. La separación del Sol tuvo por consecuencia directa la formación del tercer estadio principal en el antepasado humano, del que la ciencia espiritual dice que es la tercera raza principal, la lemur. Aquí la palabra "raza" todavía no es muy afortunada para caracterizar este grado de evolución. En efecto, estos antepasados del hombre no pueden ser comparados a lo que designamos actualmente con la palabra "raza". Es importante saber que las formas de evolución tanto para el pasado lejano como para los tiempos futuros, son realmente diferentes de lo que conocemos actualmente, que nuestra terminología sólo es un mal sucedáneo, desprovisto de todo sentido, cuando se trata de épocas tan alejadas. No se puede comenzar a hablar de "razas" hasta el segundo tercio de la evolución del tercer estadio principal (el lemur). Allí comienza a formarse lo que actualmente denominamos una "raza". Durante la evolución atlante este "carácter de raza" se mantiene durante el cuarto estadio principal hasta el quinto estadio principal, el nuestro. Pero a partir del fin de nuestra quinta época la palabra "raza" perderá todo el significado. En el futuro la humanidad será dividida en fracciones que ya no se podrán llamar "razas". Sobre este punto la literatura teosófica corriente ha creado mucha confusión.

Ello es imputable sobre todo a la obra de Sinnet "El Buddhismo esotérico", que por otra parte tuvo el gran mérito de haber sido, en nuestra época, la primera obra que hacía populares las concepciones teosóficas. En ella, la evolución cósmica es presentada como si en el curso de los ciclos cósmicos las "razas" se repitieran al infinito y siempre de la misma manera. Pero este no es el caso. Incluso lo que merece ser llamado "*raza*" *nace y desaparece*.

La palabra "raza" debería servir para designar solamente un cierto período de la evolución humana. Antes y después de este período las formas de evolución son muy diferentes de las de las "razas". El riesgo que corremos al hacer esta afirmación se basa en el descifrado auténtico de la Crónica Akáshica. El autor sabe que está en perfecta conformidad con la verdadera investigación oculta. Sin esta seguridad, no se habría permitido jamás emitir tales objeciones destinadas a obras teosóficas meritorias. Permítaseme añadir la observación siguiente, aunque en el fondo sea superflua: las inspiraciones del gran maestro mencionado en "El Buddhismo esotérico" no están en contradicción con lo que hemos expuesto aquí; el malentendido es imputable solamente al hecho de que el autor de esa obra ha transpuesto, a su manera, en nuestro lenguaje humano corriente, la sabiduría difícilmente expresable de esas inspiraciones.

El tercer estadio principal del desarrollo de la humanidad se comprueba que es el del nacimiento de las "razas".

Este acontecimiento fue provocado por la Luna al desprenderse de la Tierra; separación que tuvo por consecuencia la aparición de dos sexos. Este estadio de la evolución humana es frecuentemente mencionado en la "Crónica del Akasha". Cuando la Tierra, todavía unida a la Luna, se desprendió del Sol, la humanidad no distinguía todavía entre el sexo masculino y el sexo femenino. Cada ser humano contenía en su cuerpo, hecho de una sustancia muy sutil, los dos sexos. Simplemente es preciso saber que estos antepasados bisexuados estaban en un nivel de desarrollo mucho más bajo que el hombre moderno.

Los instintos inferiores actuaban con una energía desmesurada, y no existía el mínimo rastro de un desarrollo espiritual. El incentivo de este desarrollo, así como el mantener en ciertos límites los instintos inferiores, están ligados al hecho de que, en la época en que la Tierra y la Luna se separaron, la primera se encontró en la zona de influencia de otros planetas. La actividad común de la Tierra y de otros planetas, su encuentro con estos nuevos planetas, constituye un hecho de la más alta importancia; esto concierne a la época que la Teosofía denomina lemur. Será tema de un próximo capítulo de la Crónica del Akasha.

Es bueno evocar una vez más, pero bajo un ángulo diferente, este camino de la evolución. Hay una razón muy precisa para ello, Nunca se estudiarán bastante las verdades concernientes a los mundos superiores, y esto a partir de las perspectivas más variadas. Debería verse que con cada punto de vista sólo se suministra finalmente un esbozo muy fragmentario. Solamente poco a poco, cuando han observado los fenómenos desde diversos lados, las impresiones recogidas se completan y forman un *cuadro* cada vez más vivo. Para acceder a los mundos superiores, el hombre tiene necesidad de tales imágenes y no de esquemas rígidos. Cuando más llenas de vida y color estas imágenes, más puede esperarse una aproximación a la realidad superior. Es evidente que son precisamente estas imágenes de los mundos superiores las que suscitan actualmente en muchos de nuestros contemporáneos una cierta desconfianza. Se aceptan de buen grado los esquemas de conceptos y clasificaciones conteniendo el mayor número posible de nombres relativos al Devacan, a la evolución planetaria, etc., pero se hacen remilgos cuando alguien se permite describir los mundos suprasensibles como un viajero caracterizaría los paisajes de América del Sur. Y sin embargo, hay que saber que, comparados a las imágenes llenas de vida, los nombres y las clasificaciones abstractos no son de ninguna utilidad.

CAPITULO XVIII

EL HOMBRE CUATRIPARTITO EN LA TIERRA

En esta descripción tomaremos al hombre como punto de partida. Tal como el hombre vive en la Tierra, consta actualmente de cuerpo físico, cuerpo etéreo o vital, cuerpo astral y "yo". Esta naturaleza humana cuatripartita contiene en sí misma gérmenes para su desarrollo superior. El "yo", por propia iniciativa, transforma los cuerpos "inferiores" y con ello les incorpora partes superiores de la naturaleza humana. El ennoblecimiento y purificación del cuerpo astral por parte del "yo" crea el desarrollo del "Yo Espiritual" (Manas), la transformación del cuerpo etéreo o vital crea el "Espíritu de Vida" (Budi) y la transformación del cuerpo físico origina el verdadero "Hombre Espíritu" (Atma). La transformación del cuerpo astral está en pleno proceso en el actual período evolutivo de la Tierra; la transformación consciente de los cuerpos físico y etéreo forman parte de épocas futuras; actualmente sólo ha empezado entre los iniciados, los instruidos en la ciencia del espíritu y sus discípulos.

Esa transformación triple del hombre es consciente, pero fue precedida por otra más o menos inconsciente durante el desarrollo anterior de la Tierra. En esa transformación inconsciente de los cuerpos astral, etéreo y físico hemos de buscar el origen del alma sensible, del alma racional y del alma consciente.

Hemos de dilucidar ahora cuál de estos tres cuerpos del hombre (el físico, el etéreo y el astral) es a su manera el más perfecto. Fácilmente podemos caer en la tentación de considerar el cuerpo físico como el más inferior y, por tanto, el menos perfecto, pero estaríamos en un error. Es cierto que el cuerpo astral y el etéreo alcanzarán un elevado grado de perfección en el futuro, pero actualmente el cuerpo físico, *a su manera*, es más perfecto que ellos, a la suya. El error mencionado sólo ha podido surgir porque el hombre tiene su cuerpo físico en común con el reino más inferior en la naturaleza, el reino mineral. El hombre tiene el cuerpo etéreo en común con el reino vegetal y el cuerpo astral con el reino animal.

Es cierto que el cuerpo físico humano está compuesto de las mismas sustancias y fuerzas que las existentes en el más amplio reino mineral, pero el modo en que esas fuerzas y sustancias actúan en el cuerpo humano es expresión de sabiduría y perfección estructural. Pronto nos convenceremos de la verdad de esa afirmación si nos ponemos a estudiar su estructura no sólo con el reseo intelecto, sino con toda nuestra alma afectiva. Podemos tomar cualquier parte del cuerpo físico humano como

objeto de contemplación, por ejemplo, la parte superior del fémur. Si lo miramos bien, veremos que no es una masa amorfa de sustancia, sino que está constituida de una forma complejísima, de radios diminutos que van en diferentes direcciones. Ninguna ingeniería moderna podría construir un puente o algo similar con tal sabiduría. Esas cosas están hoy todavía más allá del alcance de la más perfecta sabiduría humana. El hueso está construido de esa forma sabia a fin de que, con la distribución de esos haces, se alcance la necesaria capacidad de transporte para el soporte del torso humano con el mínimo de sustancia necesaria. Se utiliza la mínima sustancia necesaria para lograr el efecto mayor posible en términos dinámicos. Frente a esa "obra de arte de la arquitectura natural", sólo podemos llenarnos de admiración. No es menor lo que sucede al admirar la milagrosa estructura del cerebro o del corazón humanos, o de la totalidad del cuerpo físico humano. Debíamos comparar con ello el grado de perfección logrado, por ejemplo, por el cuerpo astral en el actual nivel evolutivo de la humanidad. El cuerpo astral es el portador del placer y el dolor, de las pasiones, impulsos, deseos, etc. Pero lo que ataca a ese cuerpo astral tiene un efecto nocivo contra la sabia estructura del cuerpo físico. Una gran parte de los estimulantes que consumimos son venenos para el corazón.

Con ello puede verse que la actividad que produce la estructura física del corazón actúa de manera más sabia que la actividad del cuerpo astral, que incluso se contrapone a esa sabiduría. Es cierto que en el futuro, el cuerpo astral avanzará a grados de mayor perfección, pero actualmente no es tan perfecto, *a su manera*, como el cuerpo físico. Algo semejante podría decirse con respecto al cuerpo etéreo y al "yo"; ente, este último, que ha de luchar en cada momento abriéndose paso a tientas, por entre el error y la ilusión, hacia la sabiduría.

Si comparamos los niveles de perfección de las partes del ser humano, descubriremos con facilidad que actualmente el cuerpo físico es el más perfecto a su manera, que el cuerpo etéreo lo es ya menos, el cuerpo astral lo es aun menos y que, en su nivel, el "yo" es el menos perfecto de los cuatro miembros. Ello se debe a que en el curso del desarrollo planetario de la Tierra el cuerpo físico humano es el que ha sido elaborado por más tiempo. Lo que el hombre lleva hoy como cuerpo físico ha pasado por todas las etapas evolutivas de Saturno, SoL Luna y Tierra hasta el presente de ésta. Todas las fuerzas de esos cuerpos planetarios se han ido grabando sucesivamente en ese cuerpo, de modo que poco a poco ha logrado alcanzar su actual nivel de perfección. Es por tanto la parte más antigua de la actual entidad humana.

El cuerpo etéreo, tal como hoy se nos aparece en el hombre, no existía en el período de Saturno, sólo se agregó en el período evolutivo del Sol. Por ello, las fuerzas de cuatro cuerpos planetarios han actuado sobre el

cuerpo físico, pero sólo las de tres, Sol, Luna y Tierra, lo han hecho sobre el etéreo. Por ello sólo en el futuro llegará a ser tan perfecto, a su nivel, como lo es el físico actualmente.

El cuerpo astral se unió al cuerpo físico y al etéreo en el período lunar y el "yo" no lo hizo hasta el ciclo terrestre.

Hemos de imaginarnos que el cuerpo físico humano alcanzó un cierto grado de desarrollo en Saturno y que se fue perfeccionando en el Sol, de tal modo que pudiera convertirse entonces en portador del cuerpo etéreo. En Saturno, ese cuerpo físico había llegado al punto de convertirse en un mecanismo de enorme complejidad, pero que carecía totalmente de vida. Mas la complejidad de su estructura hizo precisamente que acabara desintegrándose, ya que había alcanzado tal grado, que dicho cuerpo físico ya no podía seguir manteniéndose mediante las fuerzas meramente minerales que actuaban en él. Fue a raíz de ese colapso de los cuerpos físicos humanos que se produjo el declive del Antiguo Saturno.

De los cuatro reinos actuales, el mineral, vegetal, Animal y humano, Saturno sólo constaba de humano. Lo que hoy llamamos animales, vegetales y minerales aún no existían. De los cuatro reinos naturales sólo existía en ese cuerpo celeste el hombre en su cuerpo físico, que era, de hecho, una especie de mineral muy complejo. Los otros reinos vinieron a existencia porque no todos los seres pudieron lograr su pleno desarrollo en los cuerpos celestes sucesivos. De ese modo, sólo una parte de los cuerpos humanos desarrollados en Saturno alcanzaron el completo objetivo Saturnal. Los cuerpos humanos que lograron esa meta despertaron a una nueva existencia durante el período solar y su forma fue penetrada e impregnada por el cuerpo etéreo. Con ello, se desarrollaron hacia un nivel más elevado de perfección, convirtiéndose en una especie de hombres-planta. Pero aquella parte de los cuerpos humanos que no habían podido alcanzar la meta de pleno desarrollo en Saturno, tuvieron que seguir realizando en el período Solar lo que no habían completado en Saturno, si bien lo hicieron en condiciones mucho más desfavorables que las que existían en Saturno para *ese tipo* de desarrollo. De esa manera quedaron rezagados con respecto a quienes habían alcanzado la meta completa en Saturno. En el Sol, surgió así un segundo reino natural además del humano.

Sería erróneo suponer que todos los órganos del actual cuerpo humano ya empezaron a desarrollarse en Saturno. No es así. En realidad son sobre todo los órganos sensorios los que se originaron en aquel período. Los primeros rudimentos de los ojos, oídos, etc., tuvieron ese origen tan remoto; los que en Saturno se formaron como cuerpos minerales, de la misma manera como ahora en la Tierra los "cristales sin vida", son ahora dichos órganos, que alcanzaron su forma actual transformándose una y otra vez, en mayor perfección, durante cada período planetario

sucesivo. En Saturno sólo eran instrumentos físicos, nada más. En el Sol, sufrieron una transformación porque los impregnaba un cuerpo etéreo, y así penetraron en el proceso vital, convirtiéndose en instrumentos físicos *vivientes*. A ellos se le agregaron aquellas partes del cuerpo físico humano que sólo pueden desenvolverse bajo la influencia de un cuerpo etéreo; los órganos de crecimiento, nutrición y reproducción. Es evidente que los primeros rudimentos de dichos órganos, tal como se desarrollaron en el Sol, no se parecen en nada a la forma perfecta que hoy en día poseen.

Los órganos superiores que el cuerpo humano adquirió en el Sol por la interacción entre los cuerpos físico y etéreo, fueron los que hoy han llegado a ser nuestras *glándulas*. El cuerpo físico-humano en el Sol es un sistema de glándulas sobre las que se hallan impresos órganos sensorios de un nivel evolutivo correspondiente.

El desarrollo continuó en la Luna. Al cuerpo físico y al etéreo se les añadió el cuerpo astral. Con ello, se integran los primeros rudimentos de un sistema nervioso en el cuerpo glandular sensorio. Podemos ver que el cuerpo físico humano se va haciendo cada vez más complejo en los sucesivos períodos planetarios de evolución. En la Luna, está compuesto de nervios, glándulas y sentidos.

Los sentidos tienen tras de sí un proceso doble de transformación y perfección, mientras que los nervios están en su primera etapa. Si contemplamos al hombre lunar como un conjunto, veremos que consiste de tres partes: un cuerpo físico, un cuerpo etéreo y un cuerpo astral. El cuerpo físico es tripartito; esa partición es el resultado de la acción de las fuerzas de Saturno, Sol y Luna. El cuerpo etéreo es bipartito, sólo posee el efecto de la actividad del Sol y de la Luna y el cuerpo astral está hecho de un solo nivel porque sólo las fuerzas de la Luna han actuado en él. Con la incorporación del cuerpo astral en la Luna, el hombre se ha hecho capaz de tener sensaciones y una cierta interioridad. Dentro de su cuerpo astral puede formarse *imágenes* de lo que sucede en su entorno. En cierta manera, podemos comparar esas imágenes con las imágenes oníricas de la actual conciencia humana, pero son más vivaces y cromáticas, y, lo que es más importante, se relacionan directamente con los acontecimientos del mundo externo, mientras que las actuales imágenes de los sueños son meras resonancias de la vida diurna o son reflejos *distorsionados* de sucesos interiores o exteriores.

Las imágenes de la conciencia lunar se correspondían plenamente con los fenómenos externos relacionados con ellas. Supongamos, por ejemplo, que un hombre lunar como lo hemos descrito, dotado de cuerpo físico, etéreo y astral se aproximara a otro ser lunar.

Sibien es cierto que no podría haberlo percibido como un objeto espacial, como sucede sólo en la posterior conciencia terrestre del

hombre, en su cuerpo astral surgía una imagen que en su forma y color expresaba exactamente si el otro ser tenía buenas o malas intenciones con respecto a él, si le ayudaría o perjudicaría. Como resultado de ello, el hombre lunar podía regular su comportamiento totalmente de acuerdo con las imágenes que surgían en su conciencia pictórica. Esas imágenes eran un medio completo de orientación para él. El instrumento físico que necesitaba el cuerpo astral para relacionarse con los reinos naturales inferiores era el sistema nervioso integrado en el cuerpo físico.

Para que se pudiera producir la transformación descrita durante el período lunar, fue necesaria la intervención de un importante acontecimiento cósmico. La integración del cuerpo astral y el desarrollo consecuente del sistema nervioso en el cuerpo físico, fue posible gracias a que lo que antes era *un solo* cuerpo cósmico, el *Sol*, se separara en *dos partes*, en *Sol* y en *Luna*. El Sol avanzó al estado de estrella fija, y la Luna siguió siendo un planeta, como había sido hasta entonces también el Sol, y empezó a orbitar, alrededor del Sol del que se había separado. A raíz de ello se produjo una importante transformación en todo lo que habitaba en el Sol y en la Luna.

Por el momento, seguiremos ese proceso de transformación en lo que se refiere a la vida de la Luna. El hombre, consistente en cuerpo físico, etéreo y astral, permaneció unido a la Luna cuando ésta se separó del Sol y por ello, entró en condiciones distintas de vida, ya que la Luna se llevó consigo sólo una parte de las fuerzas que contenía en el Sol, parte que ahora actuaba sobre el hombre desde su propio cuerpo celeste, mientras .el Sol había retenido las fuerzas restantes. A partir de entonces, éstas se irradiaban desde fuera hacia la Luna y por tanto a su habitante, el hombre. Si hubieran continuado las condiciones precedentes, si las fuerzas solares hubieran continuado llegando al hombre desde su propio escenario de actividad, la vida interior que se muestra en la aparición de imágenes del cuerpo astral no se habría desarrollado. La fuerza solar continuó su actividad sobre el cuerpo físico y el etéreo *desde afuera*. Ya había actuado en ambos anteriormente, pero liberó una parte de esos dos cuerpos para que quedaran expuestos a influencias que emanaban de la Luna, el cuerpo celeste recién creado por separación.

De ese modo, en la Luna, el hombre se hallaba sometido a una doble influencia, la del Sol y la de la Luna. A esta última se debe que en los cuerpos físico y etéreo se desarrollaran aquellas partes que permitieron la grabación del cuerpo astral. El cuerpo astral sólo puede crear imágenes si las fuerzas del Sol le llegan desde afuera, no desde su propio planeta. Las influencias lunares transformaron los rudimentos sensorios y el sistema glandular para que pudiera añadirseles un sistema nervioso las influencias solares hicieron que las imágenes, cuyo

instrumento era el sistema nervioso, se correspondieran con los eventos lunares externos de la manera antes descrita.

La evolución sólo pudo seguir adelante de este modo hasta un límite. Si hubiera seguido indefinidamente en esas condiciones, el hombre lunar se habría endurecido en su vida interior de imágenes y hubiera perdido toda conexión con el Sol. Tiempo después, el Sol volvió a reabsorber a la Luna de modo que, durante un intervalo, ambos volvieron a ser *un* cuerpo celeste único. Esa unión duró hasta que el hombre estuvo suficientemente avanzado para que una nueva etapa evolutiva pudiera prevenir el endurecimiento que tenía que haberse producido en la Luna. Entonces se produjo una nueva separación, pero esta vez la Luna se llevó consigo fuerzas solares que antes no había recibido. Ello llevó a que más tarde se produjera aún otra separación. Lo que últimamente se había separado del Sol era un cuerpo celeste que contenía todas las fuerzas y seres, hoy presentes en la Tierra y en la Luna. Es decir, la Tierra contenía todavía en su interior a la Luna que hoy orbita a su alrededor. Si ésta hubiera permanecido dentro, la Tierra nunca se hubiera convertido en escenario de ningún desarrollo humano, incluido el actual, fuerzas de la Luna actual tuvieron primero que ser expulsadas y el hombre tuvo que permanecer en el escenario terrestre purificado por la salida de la Luna y continuar su desarrollo terrestre. De este modo, se formaron tres cuerpos celestes desde el antiguo Sol. Las fuerzas de dos de ellos, el nuevo Sol y la nueva Luna irradian ahora sobre la Tierra desde afuera.

Con este adelanto en el desarrollo de los cuerpos celestes se hizo posible la integración de un *cuarto miembro*, el "yo", en la naturaleza tripartita que poseía desde la etapa lunar. Esa integración del yo implicaba un perfeccionamiento de los cuerpos físicos, etéreo y astral. El perfeccionamiento del físico consistió en la incorporación del sistema cardíaco como preparador de la *sangre caliente*.

Es evidente que el sistema sensorio, el glandular y el nervioso tenían que modificarse para ser compatibles con el nuevo sistema de la sangre caliente. Los órganos sensorios se transformaron de tal modo que, desde la mera conciencia pictórica de antigua Luna, se pudo desarrollar la conciencia *de objetos* que permite la percepción de objetos *externos*; es la conciencia que posee hoy el hombre desde que se despierta por la mañana hasta que se duerme por la noche. En la antigua Luna, los sentidos no estaban abiertos todavía hacia afuera; las imágenes de la conciencia surgían desde dentro; esa apertura de los sentidos hacia lo exterior es el logro de la evolución terrestre.

Se dijo antes que no todos los cuerpos formados en Saturno alcanzaron la meta asignada y que en el Sol, conjuntamente con el reino humano en su forma de entonces, se generó un segundo reino natural. Hemos de, hacemos la imagen que en las siguientes etapas evolutivas, en Sol,

Luna y Tierra hay seres que permanecieron retrasados y que, a raíz de ello, surgieron los reinos naturales inferiores. El reino animal, el más cercano al hombre, había ya quedado atrasado en Saturno, pero logró remontar parcialmente su desarrollo en el Sol y en la Luna en condiciones desfavorables, de manera que si en la Tierra no estaba tan avanzado como el hombre, en parte todavía pudo recibir sangre caliente, porque ésta no existió en *ninguno* de los reinos naturales previos a la Tierra. Los actuales animales de sangre fría (o de color variable) y ciertas plantas surgieron porque algunos seres del reino solar inferior volvieron a quedar retardados con respecto a los demás seres de su propio reino. El actual reino mineral surgió el último; de hecho, sólo durante el período terrestre.

El hombre *cuatripartito* en la Tierra recibe de la Luna y del Sol las influencias de aquellas fuerzas que quedaran ligadas a dichos cuerpos celestes. Del Sol llegan las fuerzas que promueven el progreso, crecimiento y transformación.

Si el hombre estuviera influenciado sólo por el Sol, se disolvería en un aceleradísimo proceso de crecimiento. Por esa razón, tuvo que abandonar el Sol en un momento determinado para recibir por medio de la Luna, que se había separado, un freno a ese progreso demasiado rápido.

Pero si hubiera permanecido siempre ligado a la Luna, el retardo en su crecimiento lo hubiera endurecido en una forma rígida. Por ello, tuvo que seguir adelante hacia la evolución terrestre, donde las dos influencias opuestas se equilibran adecuadamente. Al mismo tiempo, se alcanza el punto en que algo superior, el alma, se integra como entidad interior dentro del hombre cuatripartito.

En su forma, actividades, movimientos, etc., el cuerpo físico es expresión y efecto de lo que sucede en otros miembros, en el cuerpo etéreo, el astral y el "yo". En las descripciones de la Crónica Akáshica que hemos dado hasta ahora, hemos visto que, en el transcurso de la evolución, esos otros miembros de la entidad humana intervinieron gradualmente en la formación del cuerpo físico.

En el desarrollo saturnal, ninguno de esos miembros se hallaba todavía asociado con el cuerpo físico humano y, sin embargo, ya se hizo el primer inicio de su desarrollo. No hay que pensar que las fuerzas que más tarde actuarían sobre el cuerpo físico, partiendo del cuerpo etéreo, del astral y del yo, no actuaran ya en el período de Saturno. De hecho, ya estaban activas, si bien en cierto modo desde afuera, no desde adentro. Los otros miembros no se habían formado todavía, no se habían unido con el cuerpo físico humano como entidades individuales; pero las fuerzas que luego estarían unidas en ellos actuaban desde el entorno, desde la atmósfera de Saturno y configuraban los primeros esbozos de su cuerpo.

Este fue transformado más tarde en el Sol, porque una parte de dichas fuerzas constituyeron entonces el cuerpo etéreo humano autónomo y actuaron sobre el cuerpo físico ya no desde afuera, sino desde adentro. Lo mismo ocurrió en la Luna con respecto al cuerpo astral. En la Tierra, el cuerpo físico fue transformado por cuarta vez haciéndose templo del "yo", que ahora actúa dentro de él.

Podemos decir que, a los ojos del investigador espiritual, el cuerpo físico no es algo fijado o permanente en su forma ni en su manera de actuar. Está sujeto a un constante proceso de transformación que, también, tiene lugar en el período terrestre en su desarrollo. Podremos comprender la vida humana si logramos hacernos una idea de esa transformación.

La aproximación a los órganos humanos, desde el punto de vista de la ciencia espiritual, muestra que cada uno de ellos se encuentra en etapas distintas de su evolución. Hay órganos en el cuerpo humano que, en su forma actual, están en evolución descendente y otros en proceso de ascenso. En el futuro, los primeros irán perdiendo valor para el hombre, pues ya pasó la época de florecimiento de sus funciones, y acabarán atrofiándose y desapareciendo del cuerpo humano. Otros órganos se hallan en un proceso ascendente, contienen muchos aspectos hoy aún germinales; en el futuro, se irán convirtiendo en formas más perfectas con una función superior.

Entre los órganos del primer tipo nos encontramos, por ejemplo, con los que sirven a la reproducción, a la propagación de seres de la misma especie. Pero, en el futuro su función pasará a otros órganos y ellos mismos se hundirán en el olvido. Llegará un tiempo en que estarán presentes en el cuerpo humano en condición de atrofia, y se los tendrá que considerar como evidencia del anterior desarrollo humano.

Otros órganos como, por ejemplo, el corazón y las formaciones vecinas, se hallan en el inicio de su evolución en algunos aspectos. Lo que hoy se halla en ellos en estado germinal llegará a su máxima floración en el futuro.

Porque para el enfoque de la ciencia espiritual, el corazón y su relación con la circulación sanguínea se descubren como algo muy distinto a lo que nos dice la fisiología contemporánea que depende, en este sentido, de los conceptos materialistas, mecanicistas. Al darles ese otro enfoque, la ciencia espiritual logra echar luz sobre hechos muy conocidos en la ciencia actual, pero que con los medios de que dispone ésta última, no puede dar una explicación satisfactoria. La anatomía muestra que, en su estructura, los músculos del cuerpo humano son de dos tipos: los lisos y los estriados. Los músculos lisos generalmente ejercen movimientos involuntarios. Los músculos del intestino, por ejemplo, van transportando la nutrición en movimientos regulares en los que no interviene la voluntad humana. Los músculos del iris son también lisos,

producen los movimientos que amplían la pupila cuando está sometida a poca luz y la contraen cuando hay mucha luz. Son también movimientos involuntarios.

Por otro lado, los músculos estriados llevan a cabo movimientos ligados a la voluntad, por ejemplo, los que nos permiten mover los brazos y las piernas. El corazón, que, en el fondo, es un músculo, es una excepción a la regla. En el actual período evolutivo del hombre, el corazón no depende de nuestra voluntad en sus movimientos y sin embargo es un músculo estriado. La ciencia espiritual nos aclara el por qué. El corazón no va a ser siempre igual a lo que es hoy, en el futuro tendrá una forma muy distinta y una función diferente; está en proceso de convertirse en músculo voluntario. En el futuro realizará movimientos resultantes de impulsos anímicos del hombre.

Su configuración actual muestra ya, la importancia que tendrá en el futuro, cuando los movimientos cardíacos serán expresión de la voluntad humana, como hoy lo son el levantar la mano o poner el pie delante al caminar.

Esa concepción del corazón se relaciona con una visión abarcante de la ciencia<lespiriblal en 10 referente al vínculo entre el corazón y la denominada *fl* "circulación" sanguínea.

La doctrina materialista-mecanicista de la vida considera al corazón como una bomba que lleva la sangre al organismo de una forma regular*. Pero la visión de la ciencia espiritual muestra algo muy distinto; para ella, la palpitación de la sangre y toda su movilidad interna son expresión y efecto de procesos del alma. El alma es el origen del comportamiento de la sangre. El ponerse pálido cuando se siente temor, el enrojecer cuando sentimos vergüenza, son efectos muy burdos del alma sobre la sangre.

Pero en realidad todo lo que sucede en la sangre es tan sólo expresión de 10 que acontece en la vida del alma. No obstante, la relación entre la pulsación de la sangre y los impulsos anímicos no deja de ser un profundo misterio.

Los movimientos del corazón no son la causa, sino la consecuencia de la pulsación de la sangre. En el futuro, el corazón llevará al mundo exterior lo que sucede en el alma humana, por medio de movimientos voluntarios.

* Para ella el corazón es la causa del movimiento sanguíneo.

Otros órganos que se hallan también en evolución ascendente son los de la respiración en su función de instrumentos del habla. Con ellos, el hombre actualmente puede transformar sus pensamientos en ondas aéreas. Al hacerla, imprime en el mundo exterior lo que vivencia en su propio interior, transformando sus experiencias internas en ondas aéreas. Ese movimiento ondular del aire es una especie de escritura de

lo que sucede dentro del hombre. En el futuro, podrá con ello dar forma externa a facetas cada vez mayores de su ser interior.

El resultado final, en ese sentido, llevará a que, con sus órganos del habla ya perfeccionados del todo, el hombre produzca otros seres de su misma especie. Por ello, los órganos verbales de hoy contienen germinalmente los futuros órganos de reproducción. El hecho del cambio de voz que sucede en el varón en la pubertad es consecuencia de la misteriosa relación que existe entre los instrumentos del habla y la reproducción.

Todo el cuerpo físico humano puede enfocarse de este modo desde el punto de vista de la ciencia espiritual. Aquí sólo se pretende dar algunos ejemplos. En la ciencia del espíritu existen la fisiología y la anatomía. Esas dos disciplinas, tal como existen hoy, habrán de ser fecundadas por la anatomía y la fisiología procedentes de la ciencia espiritual en un futuro no muy lejano y acabarán incluso transformándose en esta última.

En esa área, se evidencia que resultados como los mencionados no han de conseguirse por meras inferencias o especulaciones resultantes de la analogía, sino que han de proceder de la verdadera investigación de la ciencia espiritual. Eso hay que recalcarlo, porque suele suceder con frecuencia que una vez logrados algunos vislumbres, los devotos seguidores de la ciencia espiritual siguen tejiendo sus ideas en el aire. No es de extrañar que de ese modo sólo se produzcan fantasías, que abundan en esas áreas de estudio.

Se podría, por ejemplo, intentar llegar a la siguiente descripción basándose en lo que hemos dicho antes: como que los órganos reproductores humanos en su estado actual serán los primeros en perder su importancia en el futuro, son, por lo tanto, los primeros en recibirla en el pasado y por lo tanto, son los órganos más antiguos en el cuerpo humano. Y sin embargo lo correcto es lo contrario, porque esos órganos fueron los últimos que tomaron su forma actual y serán los primeros en perderla.

A la investigación de la ciencia espiritual se le presenta el hecho de que, en el Sol, el cuerpo físico humano había avanzado en cierto sentido hasta el nivel de existencia vegetal. En aquel tiempo estaba impregnado sólo por un cuerpo etéreo. En la Luna tomó el carácter de cuerpo animal, porque fue interpenetrado por el cuerpo astral. Más no todos los órganos participaron en esa transformación al carácter animal y algunas partes permanecieron en el nivel vegetal. En la Tierra, tras la integración del "yo", cuando el cuerpo humano ascendió a su forma actual, varios órganos llevaban un carácter decididamente vegetal, aunque no hay que imaginar que dichos órganos se parecieran exactamente a nuestras plantas actuales. A estos pertenecían los órganos de la reproducción. Todavía mostraban un carácter vegetal al

principio de la evolución terrestre; lo cual era conocido por la sabiduría de los Misterios.

El arte antiguo, que retuvo tanto de las tradiciones de los Misterios, representa a hermafroditas con órganos reproductores parecidos a hojas vegetales. En realidad son precursores del hombre que tenían todavía el tipo antiguo de órganos de reproducción (que eran bisexuales).

Eso podemos verlo, por ejemplo, en la figura hermafrodita en la colección del Capitolio de Roma. Si contemplamos estos asuntos, comprenderemos también la verdadera razón de la presencia de la hoja de parra en Eva.

Aceptaremos entonces verdaderas explicaciones para muchas antiguas representaciones. Mientras que las interpretaciones actuales no dejan de ser el mero resultado de un pensar no consecuente.

Diremos, tan sólo, que la figura hermafrodita mencionada muestra también otros apéndices vegetales. Cuando fue realizada originalmente, todavía existía la tradición de que en un pasado remoto, ciertos órganos humanos cambiaron de un carácter vegetal adoptando un carácter animal.

Todos esos cambios del cuerpo humano son simple expresión de las fuerzas de transformación que residen en los cuerpos etéreo, astral y en el yo. Las transformaciones del cuerpo físico humano acompañan a los actos de los miembros superiores del hombre. Podemos, por lo tanto, comprender la estructura y la actividad de este cuerpo humano sólo si penetramos en la Crónica Akáshica, que nos muestra cómo tienen lugar las modificaciones superiores de los miembros espirituales y anímicos del hombre. Todo lo físico y material se explica a partir de lo espiritual. Si estudiamos lo espiritual iluminamos incluso el futuro de lo físico.

CAPITULO XIX

PREGUNTAS y RESPUESTAS

Pregunta: Si hemos de adquirir nuevas capacidades por medio de *encarnaciones sucesivas en las razas sucesivas*. si además no se debe perder nada de lo que el alma ha adquirido con esa experiencia, ¿cómo se explica que en la humanidad actual no quede nada de las capacidades de voluntad, imaginación y dominio de las fuerzas naturales que estuvieron tan altamente desarrolladas en aquellos períodos?

Respuesta: Es un hecho que de las capacidades que el alma *ha adquirido en su paso por cada etapa evolutiva* nada se pierde. Pero cuando se genera una nueva capacidad, la lograda anteriormente asume una forma distinta. Ya no se manifiesta en su propia característica, sino como *base* para la nueva capacidad. Entre los atlantes, por ejemplo, lo que se adquirió, sobre todo, fue la facultad de la memoria. El hombre actual puede hacerse tan sólo una vaga imagen de lo que la memoria del atlante podía realizar. No obstante, todo lo que aparece en forma de conceptos *innatos* en nuestra época postatlante, se fue adquiriendo en la Atlántida mediante la memoria. Los conceptos de espacio, tiempo, número, etc., presentarían dificultades muy distintas si el hombre contemporáneo se viera obligado a ser el primero en adquirirlos, porque la facultad que el hombre actual ha de lograr es el entendimiento combinatorio.

La lógica no existía entre los atlantes. Pero cada poder adquirido anteriormente por el alma ha de retirarse en su propia forma, sumergirse bajo el umbral de la conciencia a fin de que podamos adquirir uno nuevo. Por ejemplo, si el castor tuviera que convertirse de repente en un ser pensante, habría de modificar su capacidad de erigir intuitivamente sus habilidosas construcciones en algo distinto. Los atlantes, por ejemplo, podían controlar en cierto modo la fuerza vital y construían maravillosas máquinas con dicha fuerza. Mas por otra parte, no tenían el don de contar historias, que poseen los hombres de la quinta raza-raíz. Aún no habían mitos ni cuentos de hadas entre ellos. El poder de dominar lo vital por parte de los atlantes apareció luego, entre los miembros de nuestro período postatlante, en forma de mitología. De esta forma podía convertirse en base para la actividad intelectual de nuestra raza. Los grandes inventores entre nosotros son encarnación de "videntes" atlantes. En sus geniales inspiraciones se manifiesta lo que se basa en otra cosa: una especie de poder generador de vida que poseían en su encarnación atlante. Nuestra lógica, nuestro conocimiento de la naturaleza, tecnología, etc., crecen partiendo de un fundamento que se cimentó en la Atlántida. Si, por ejemplo, un ingeniero pudiera transformar su facultad combinatoria en lo que fue

antes, se encontraría con algo que los atlantes poseían. Toda la jurisprudencia romana no era sino el poder volitivo transformado, de un tiempo pretérito. En ella, la voluntad, como tal, permanece en el trasfondo y, en lugar de que ella asuma *formas*, se transforma en formas de pensamiento que se manifiestan en conceptos legales. El sentido estético de los griegos se cimentó en base a las fuerzas directamente activas que, entre los atlantes, se manifestaban en una magnífica cría de formas animales y vegetales. En la imaginación de Fidias vivía algo que el atlante usaba directamente para transformar a seres vivos reales.

Pregunta: ¿Qué relación existe entre la ciencia del espíritu y las ciencias llamadas secretas?

Respuesta. Las ciencias secretas siempre han existido y se cultivaron en las llamadas Escuelas de Misterios. Sólo el que pasaba por ciertas pruebas podía aprender algo de ellas. Siempre se le decía sólo lo apropiado a sus facultades intelectuales, espirituales y morales. Eso tenía que ser así, porque, al utilizarlas adecuadamente, las visiones superiores son la clave para un poder que sería mal utilizado en manos inexpertas. Algunas de las enseñanzas elementales de la ciencia iniciática han sido divulgadas por la ciencia espiritual. Ello se debe a las condiciones que prevalecen en nuestra época. En cuanto al desarrollo del intelecto, la humanidad actual en sus miembros más avanzados, ha progresado hasta el punto en que pronto o tarde acabaría logrando por sí misma algunas concepciones que antes formaban parte del conocimiento secreto, pero lo haría de una forma atrofiada, caricaturesca y peligrosa. Por ello, algunos de los iniciados en el conocimiento secreto decidieron comunicar una parte de él al público. De ese modo, se hace posible valorar los avances humanos que tienen lugar en el transcurso del desarrollo cultural, con el patrón de la verdadera sabiduría.

Nuestro conocimiento de la naturaleza, por ejemplo, nos conduce a ideas sobre las causas de las cosas, pero sin una profundización por medio de la ciencia iniciática, esas ideas sólo pueden ser distorsiones. Nuestra tecnología se acerca a etapas de desarrollo que sólo pueden repercutir para el bien de la humanidad si las almas humanas se han profundizado en el sentido de la concepción científico-espiritual de la vida. Mientras la gente no poseía nada del conocimiento moderno de la naturaleza, ni de la tecnología moderna, aún era saludable la forma en que las enseñanzas superiores se transmitían en imágenes religiosas, apelando sólo al nivel emocional. Hoy la humanidad necesita las mismas verdades de una forma racional. El enfoque del mundo de la ciencia espiritual no es algo arbitrario, procede de la comprensión del hecho histórico mencionado.

No obstante, incluso hoy en día, algunas partes del conocimiento secreto sólo pueden comunicarse a quienes pasan las pruebas de la iniciación. Sólo podrán hacer uso de la parte divulgada de esa ciencia, quienes no se limiten a una mera acumulación de información externa de la misma, sino que asimilen esos hechos internamente y los conviertan en el contenido y principio director de sus vidas. No se trata de aprenderse las enseñanzas de la ciencia espiritual con el intelecto, sino de impregnar los sentimientos, las emociones, toda la *vida* con ellas. Sólo así se puede aprender algo de su verdad. De otro modo, no dejan de ser algo que "uno puede creer o no". Cuando se las comprende adecuadamente, las verdades de la ciencia espiritual le darán al hombre un verdadero fundamento para su vida, le permitirán reconocer su propio valor, su dignidad y su esencia humana, y le darán el mayor coraje para vivir. Porque esas verdades le iluminan en su relación con el mundo que le rodea, le muestran sus objetivos supremos, su verdadero destino. Y lo hacen de un modo adecuado a las exigencias del presente, no necesitando así quedarse atrapado en la contradicción entre fe y conocimiento. Se puede ser a la vez científico moderno y científico del espíritu, pero ambas cosas hay que serlas en el verdadero sentido.

CAPITULO XX

PREJUICIOS PROCEDENTES DE LA LLAMADA CIENCIA

Es cierto que muchos aspectos de la vida intelectual del presente le hacen difícil, a quien busca la verdad, el aceptar los descubrimientos de la ciencia espiritual. Lo que se dijo en los ensayos sobre las "Cuestiones Vitales del Movimiento Teosófico" (Lebensfragen der theosophischen Bewegung) puede tomarse como indicación de los motivos que existen especialmente en el escrupuloso investigador de la verdad en este aspecto. Muchas afirmaciones del científico espiritual le han de parecer fruto de la fantasía a quien las compare con las conclusiones que se siente obligado a sacar de los hechos investigados por la ciencia natural. A eso se añade el que esa investigación natural puede mostrarnos las enormes bendiciones que ha aportado y aportará al progreso humano. Cuán efectivo es cuando una personalidad que quiere ver el mundo, basándose exclusivamente en los resultados de esa investigación, pronuncia las palabras:

"Porque hay un abismo entre estas dos concepciones de la vida: una para este mundo, la otra para el cielo. Pero hasta hoy, no se han encontrado rastros de un paraíso, de una vida después de la muerte o de un Dios personal por parte de la ciencia humana, de esa ciencia inexorable que lo comprueba y disecciona todo, que no se asusta ante ningún misterio, que explora el cielo más allá de las nebulosas estelares que analiza los diminutos átomos de las células vivas y de los cuerpos químicos, y descompone la sustancia del Sol, que licuifica el aire, que pronto telegrafiará sin hilos de un extremo a otro de la Tierra, que hoy ya puede ver a través de los cuerpos opacos, que navega bajo el agua y por el aire, y nos abre nuevos horizontes con el radium y otros descubrimientos; la ciencia que, tras haber mostrado la verdadera relación mutua entre todos los seres vivos y sus graduales metamorfosis, hoy hace penetrar el cerebro, órgano del alma humana, en la esfera de su incisiva investigación". (Prof. Augusto Forel, *Leben und Tod* [La vida y la muerte] Munich 1908). La certeza con la que se cree posible hallar una base en esos fundamentos se traiciona en las palabras que Forel agrega a las observaciones anteriores: "Al partir de una concepción monista de la vida, *la única que tiene en cuenta todos los hechos científicos*, dejamos de lado lo sobrenatural y nos volvemos hacia el libro de la naturaleza".

De ese modo, el serio buscador de la verdad se enfrenta a dos cosas que le ponen obstáculos en el camino de aceptar la verdad de las comunicaciones de la ciencia del espíritu. Si en él vive la sensibilidad ante esas comunicaciones, incluso si siente su coherencia interna por la

lógica más sutil, puede sentirse apartado de dichos impulsos si llega a decirse dos cosas: en primer lugar, las autoridades que conocen la necesidad de los hechos positivos consideran que todo lo "suprasensible" sólo es fruto de ensoñaciones y superstición anticientífica. En segundo lugar, al dedicarme a esos temas trascendentales, corro el riesgo de convertirme en persona poco práctica, inútil en la vida. Porque todo lo que se realiza en la vida práctica ha de estar firmemente arraigado en el terreno de la realidad" .

No todos los que se hallan en ese dilema lograrán salirse y descubrir cómo están las cosas en lo que respecta a los dos puntos citados. Si pudieran solucionar el primer punto, se encontrarían por ejemplo, con que los resultados de la ciencia espiritual, en ninguna parte están en conflicto con la investigación de los hechos de la ciencia natural. Dondequiera que uno observe la relación entre ambas, de un modo *desprejuiciado*, verá surgir algo muy distinto. Descubrirá que esa investigación de los hechos se mueve hacia una meta que, en un futuro no muy lejano, se armonizará plenamente con lo que la investigación espiritual averigua en ciertas áreas, partiendo de sus fuentes suprasensibles. De los cientos de casos que pueden aducir se como prueba de ese aserto, citaremos uno característico.

En mis conferencias sobre la evolución de la Tierra y de la humanidad, se dijo que los antecesores de los actuales pueblos vivieron en una zona situada en lo que hoy llamamos el océano Atlántico. En estos escritos De la Crónica del Akasha hemos indicado sobre todo las cualidades anímico-espirituales de nuestros antepasados atlantes. En las exposiciones orales se habló de cómo se veía la superficie terrestre en la antigua Tierra atlante. Se dijo que en aquel entonces el aire estaba saturado de vapores acuosos. El hombre vivía en las nieblas que en ciertas regiones nunca llegaban a levantarse hasta dejar límpido el aire. No se podían ver el Sol y la Luna como los vemos hoy, sino tan sólo envueltos en una especie de coronas cromáticas. Tampoco existía una distribución entre lluvia y tiempo soleado como sucede hoy. Se puede explorar esa Tierra con la clarividencia y descubrir que el fenómeno del arco-iris no existía, y que sólo apareció en el período post-atlante. Nuestros ancestros vivían en un país de nieblas. Esos hechos se averiguaron por medio de la pura observación suprasensible, y hay que decir incluso que el investigador espiritual hace bien si renuncia a las deducciones basadas en su conocimiento de la ciencia natural, porque con ellas se enturbia fácilmente su sentido interno para la investigación espiritual. No habría que comparar dichas observaciones con ciertas ideas hacia las que tienden actualmente algunos científicos. Hoy los hay que se ven forzados a admitir, por los hechos, que en un determinado período evolutivo, la Tierra estaba envuelta en una masa nubosa. Señalan que hoy incluso los ciclos nublados sobrepasan aún a los despejados, de

modo que la vida está influenciada en una gran extensión por la luz solar debilitada por las formaciones nubosas, y por eso no se puede decir que la vida no se haya desarrollado en la época atlante bajo la envoltura de nubes. Luego señalan que los organismos más antiguos del mundo vegetal son de un tipo que se desarrolla también sin la luz solar directa. Por ello, entre las formas de aquel antiguo mundo vegetal no existen las plantas de tipo desértico, que necesitan la luz directa del Sol y el aire seco. Lo mismo sucede con el mundo animal. El investigador Hilgard señaló que los ojos gigantes de animales extintos, por ejemplo, los del ictiosaurio, indican que debía haber una luz atemperada en la Tierra de su época. No quiero decir que tales puntos de vista no necesiten ser corregidos, pero no dejan de interesar al investigador espiritual, porque señalan la *dirección* hacia la que se ve obligada la investigación de los hechos. Incluso la revista Kosmos, con un punto de vista más o menos haeckeliano, publicó hace un tiempo un artículo digno de consideración que, a raíz de ciertos factores del mundo animal y vegetal, indicaba la posibilidad de un antiguo continente Atlante.

Si reuniéramos un mayor número de temas de ese tipo, se podría mostrar cómo la verdadera ciencia natural se mueve en una dirección que provocará, en el futuro, la unión con la corriente que actualmente ya llevan las aguas que brotan de la investigación espiritual. Nunca recalcaremos lo suficiente que la investigación espiritual no está en contradicción con los hechos de la ciencia natural. Cuando sus adversarios descubren una contradicción, no lo está con los hechos, sino con las *opiniones* que se han hecho y que *creen* que son resultado necesario de los hechos. Pero en realidad no existe la más mínima relación entre la citada opinión de Forel, por ejemplo, y los hechos de las nebulosas estelares, de la naturaleza de las células, de la licuefacción del aire, etc. Esa *opinión* no es otra cosa que la fe que muchos se han formado por la necesidad de creer que está aferrada a lo sensorio real y que la colocan *al lado* de los hechos. Esa creencia es muy deslumbrante para el hombre actual, porque le dota de una intolerancia interna muy especial. Sus adherentes están cegados hasta el punto en que consideran su propia opinión como la única científica" y consideran las opiniones de otros como mero prejuicio y superstición.

Por eso es extraño que podamos leer las frases siguientes, en un libro recientemente publicado sobre los fenómenos de la vida anímica (Hermann Ebbinghaus, *Abriss der Psychologie*): "Como una ayuda contra la impenetrable oscuridad del futuro y la insuperable fuerza de los poderes enemigos, el alma se crea la *religión*. Como sucede con otras experiencias que implican ignorancia o incapacidad, bajo la presión de la incertidumbre y del terror ante los grandes peligros, surgen en el hombre ideas de cómo protegerse en esa esfera, de la misma manera

como pensamos en el agua cuando estamos ante el peligro de incendio, o en el compañero que nos socorra en los peligros del combate. En las etapas culturales inferiores, en que el hombre se siente aun del todo impotente y rodeado de siniestros peligros a cada paso, emergen con facilidad el sentimiento de temor y la creencia en espíritus malignos y demonios.

Por otro lado, en etapas superiores, en que la comprensión más madura de la interrelación de las cosas y un mayor dominio sobre las mismas, producen una cierta auto-confianza y esperanzas mayores, se hace manifiesto un sentimiento de confianza en poderes invisibles y con él, la creencia en espíritus buenos y benévolos. Pero en conjunto, tanto el temor como el amor, siguen siendo característicos del sentimiento del hombre ante sus dioses, sólo que su relación mutua varía según las circunstancias. Esas son las raíces de la religión; temor y necesidad son sus madres y aunque se perpetúe, sobre todo por autoridad, una vez que ha nacido, hace ya tiempo que se habría extinguido si no renaciera constantemente de esos dos factores".

Todo lo que dicen estas afirmaciones fue desviado y desordenado, y a ese desorden se lo ilumina desde enfoques erróneos. Y quien mantiene esa opinión es un firme convencido de que ella ha de ser una verdad vinculante.

En primer lugar, se confunde el *contenido* de las concepciones religiosas con la naturaleza de los sentimientos religiosos*. Al sentimiento religioso, por ejemplo, el temor o el amor a los seres suprasensibles, se lo transforma en creador de ese contenido y se asume sin dudar que no hay nada real, en las concepciones religiosas. No se piensa ni remotamente que pudiera existir una verdadera *experiencia* de los mundos suprasensibles y que los sentimientos de temor y amor se aferren luego a la realidad que suministra dicha experiencia; del mismo modo que a nadie se le ocurre pensar en el agua cuando está amenazado por el fuego, en el compañero que nos socorra en el peligro del combate, si no ha conocido antes el agua o a un camarada así. Desde esa visión, a la ciencia espiritual se la considera un mero "soñar despierto", porque se convierte el sentimiento religioso en creador de las entidades que se consideran inexistentes. Ese modo de pensar carece totalmente de la conciencia de que es posible experimentar el contenido del mundo suprasensible, igual como Sepuede, con los sentidos externos, vivenciar el mundo sensorial común.

Lo curioso que suele suceder con esas concepciones es que, para sostener *su* creencia, recurren al tipo de deducción que ellos consideran impropia en sus adversarios.

Por ejemplo, en la mencionada obra de Forel encontramos la frase: "¿No vivimos de un modo cien veces más verídico, cálido y más interesante

cuando nos basamos en nuestro yo y nos volvemos a encontrar en el * El contenido de las concepciones religiosas es extraído de los mundos suprasensibles alma de nuestros descendientes, que en el frío y nebuloso fuego fatuo de un cielo hipotético, rodeados de canciones hipotéticas y sonidos de trompetas de supuestos Angeles y Arcángeles que somos incapaces de imaginar y que no nos dicen nada ". Pero ¿qué tiene que ver eso que uno encuentra "más cálido", "más interesante", con la verdad?

Si es cierto que habríamos de deducir una vida espiritual partiendo del temor y la esperanza. ¿Es correcto entonces negar esa vida espiritual porque la encuentra "fría" y "carente de interés"? En cuanto a aquellas personalidades que dicen estar sobre el "firme terreno de los hechos científicos" el investigador espiritual se halla en la posición siguiente. El les dice: nada de lo que vosotros producís, como son *los hechos* de la geología, paleontología, biología, fisiología, etc., nada de eso lo niego. Es cierto que muchas de vuestras afirmaciones necesitan ser corregidas por otros hechos, pero esa corrección la hará la propia ciencia natural.

Aparte de eso, yo digo " sí" a lo que avanzáis. No se me ocurre luchar con vosotros cuando avanzáis hechos, pero vuestros hechos son sólo una parte de la realidad. La otra parte la constituyen los hechos *espirituales*, gracias a los cuales se hace comprensible lo que ocurre en los hechos sensorios. Estos hechos no son hipótesis, no son algo que "uno" no pueda imaginar, sino algo *vivido y experimentado* por la investigación espiritual. Lo que decís más allá de los hechos que habéis observado no es sino la *opinión* de que esos hechos espirituales no pueden existir. De hecho no decís nada que demuestre vuestra afirmación, tan sólo el que esos hechos espirituales os son desconocidos. De ahí deducís que no existen y que los que dicen saber algo de ellos no son más que visionarios y soñadores. El investigador espiritual no os quita nada de vuestro mundo, lo único que hace es agregar el suyo al vuestro. No obstante, no os satisface que actúe de ese modo; generalmente soléis decir, aunque no siempre con claridad, que "uno no habría de hablar de nada de lo que nosotros hablamos; que sólo se nos hable de aquello que conocemos, y exigimos que aquello que desconocemos sea declarado mera fantasía". A quien quiera vincularse con esa "lógica" no se le puede ayudar por ahora. Con esa lógica puede entender la frase. "Nuestro yo vivió anteriormente en nuestros antepasados humanos y seguirá viviendo en nuestros descendientes directos o indirectos". (Forel. Vida y Muerte). Sólo que no tendría que añadir: "la ciencia lo *demuestra*" como se hace en esa obra, porque en ese caso la ciencia no "prueba" nada; lo que hace es establecer el dogma de una creencia encadenada al mundo sensorial, según la cual "todo aquello que yo no sea capaz de imaginar ha de considerarse ilusión, y quien peque contra mi afirmación ofende a la verdadera ciencia".

Quien conozca el desarrollo del alma humana, comprende que las mentes humanas están alucinadas actualmente por el enorme progreso de la ciencia natural y que les es hoy difícil abrirse paso entre las formas en que se transmiten tradicionalmente las grandes verdades. La ciencia del espíritu devuelve esas formas a la humanidad, muestra, por ejemplo, cómo los Días de la Creación según la Biblia, representan acontecimientos develados al ojo clarividente. La mente encadenada al mundo sensorio considera que los Días de la Creación contradicen los resultados de la geología, etc. Al comprender las profundas verdades implícitas en esos Días de la Creación, la ciencia espiritual está muy lejos de hacer que se evaporen en mera "poesía mítica" y de emplear cualquier tipo de métodos alegóricos o simbólicos para explicarlos. El modo en que ella lo hace es absolutamente desconocido, a quienes todavía fantasean en torno a la contradicción entre esos Días de la Creación y la Ciencia. Por otra parte, no se piense que la Ciencia Espiritual extrae su conocimiento de la Biblia. Ella tiene sus propios métodos, descubre dichas verdades con independencia de los documentos y sólo después las reconoce en ellos. Ese método es necesario para muchos actuales buscadores de la verdad, porque exigen una investigación espiritual que en sí misma lleva el mismo carácter que la ciencia natural. Y sólo allí donde no se reconoce la índole de esta ciencia del espíritu se queda uno confuso cuando hay que proteger los hechos del mundo suprasensible de las opiniones que aparentan estar basadas en la ciencia natural. Ese estado mental lo anticipó ya un hombre de gran calidez que no pudo encontrar, sin embargo, el contenido suprasensible de la ciencia del espíritu. Hace casi ochenta años dicha personalidad, Schleiermacher, le escribió al mucho más joven Lücke: "Cuando consideras el estado actual de la ciencia, que asume cada vez más la forma de una descripción global del mundo, ¿qué sientes que traerá el futuro, no digo ya para nuestra tecnología, sino para nuestro cristianismo evangélico? .. Siento que tendremos que habérnoslas sin mucho de aquello a lo que estamos acostumbrados a considerar indisolublemente unido con la naturaleza del Cristianismo. No hablaré ya de la Obra de los Seis Días, sino del *concepto de creación*, como suele interpretarse.

¿Cuánto tiempo será capaz de resistir al poder de una visión del mundo basada en los razonamientos científicos que nadie puede ignorar? ¿Qué va a pasar, amigo mío? Yo no veré ese tiempo y puedo recostarme pacíficamente y dormir, pero tú, mi amigo, y tus contemporáneos, ¿qué vais a hacer?" (Theologische Studien und Kritiken van Ullmann und Umbreit - Estudios Teológicos y Crítica por Ullmann y Umbreit, 1829). Esa afirmación se basa en la opinión de que "los *razonamientos* científicos" son el resultado necesario de los hechos. Si así fuera, "nadie" podría ignorarlos y a quien se sienta cerca del mundo

suprasensible puede pedir que le permitan "acostarse y dormir pacíficamente" ante el asalto de la ciencia contra el mundo suprasensible. La predicción de Schleiermacher se ha cumplido en la medida en que los "razonamientos científicos" se han establecido en amplios círculos. Pero al mismo tiempo, existe hoy una posibilidad de llegar a conocer el mundo suprasensible de una manera tan "científica" como se conocen las interrelaciones de los hechos sensorios. Quien se familiarice con la ciencia espiritual del modo que hoyes posible, quedará protegido con ella frente a muchas supersticiones y se hará capaz de acoger los hechos suprasensibles en su contenido conceptual, saliéndose así de la superstición de que el temor y la necesidad inventaron ese mundo suprasensible. Quien pueda abrirse paso a esa visión, ya no se sentirá retenido por la idea de quedarse ajeno a la realidad y a la vida práctica, por el hecho de ocuparse de la ciencia del espíritu. Comprenderá entonces cómo la ciencia del espíritu no empobrece la vida, sino la enriquece. Realmente no le llevará a despreciar los teléfonos, la tecnología del ferrocarril y la aviación; sino que además de estos últimos adelantos, verá muchas más cosas prácticas que hoy en día no se tienen en cuenta, al creer sólo en el mundo sensorio y reconocer por tanto sólo una parte de la verdad y no toda ella.